

GENESIS Y EVOLUCION DEL MOVIMIENTO
OBRERO CHILENO HASTA EL FRENTE
POPULAR

Universidad Central de Venezuela
Caracas 1979

De Luis Vitale, Ed. UCV, Caracas 1979

“A la memoria de Humberto Valenzuela dirigente del proletariado chileno, que dejó como obra póstuma, bajo la dictadura militar, la primera historia del movimiento obrero escrita por un obrero”.

INDICE

Introducción

CAPITULO I : LOS ORIGENES Y LAS PRIMERAS LUCHAS DEL PROLETARIADO

- La participación del proletariado y los sectores populares en las guerras de la Independencia
- La evolución del proletariado bajo los primeros decenios de la República
- La influencia de la ideología liberal
- La Sociedad de la Igualdad
- La participación de artesanos y obreros en la guerra civil de 1851
- La intervención del proletariado en la guerra civil de 1859

CAPITULO II : EL PERIODO DE CONSOLIDACION DEL PROLETARIADO MINERO

- Las sociedades mutuales
- El movimiento obrero
- La huelga general de 1890
- La lucha callejera(1888)
- Primeros núcleos del Proletariado industrial
- El proletariado rural
- El pensamiento social y las primeras organizaciones obreras

CAPITULO III : LA ERA DE LA INDEPENDENCIA DE CLASE

- Estructura de la clase obrera
- Organización y luchas del movimiento obrero
- Las Sociedades en Resistencia
- Las Mancomunales
- La rebelión de los trabajadores de Valparaíso en 1903
- El levantamiento popular de Santiago en 1905
- La masacre de Iquique
- Fundación de la FOCH
- La toma del poder local en Puerto Natales (1919)
- La Asamblea Obrera de la Alimentación (1918-19)
- La influencia del anarquismo
- Recabarren y el POS
- Las luchas del proletariado rural
- La participación de la mujer
- Las luchas del proletariado bajo el gobierno de Alessandri
- La masacre de San Gregorio
- La fundación del Partido Comunista
- El movimiento anarquista. El Código del Trabajo y el sindicalismo legal
- La clase obrera bajo la dictadura militar de Ibáñez

- La candidatura popular de José Santos Salas(1925) Represión estatización sindical bajo Ibáñez
- La República "Socialista"
- El Movimiento obrero durante el segundo gobierno de Alessandri
- La CTCH
- El movimiento campesino
- Las mujeres trabajadoras
- El viraje del PC
- La Izquierda Comunista
- Fundación y desarrollo del Partido Socialista
- La Convención del Frente Popular

INTRODUCCION

La mayoría de las historias del movimiento obrero chileno confunden la historia del movimiento obrero con la historia de sus organizaciones. Comienzan con la estructuración de las primeras Sociedades Mutuales y continúan con las Sociedades en Resistencia, sindicatos y partidos Obreros.

A nuestro juicio, una verdadera historia del movimiento obrero debería comenzar con la aparición de los primeros núcleos proletarios, especialmente mineros, en el último siglo de la Colonia, y continuar con el surgimiento de los asalariados rurales, ferroviarios, portuarios y otras capas proletarias surgidas durante el siglo XIX. Lo fundamental es estudiar no solamente las estructuras orgánicas del movimiento obrero sino también los principales conflictos de clase que se produjeron en los primeros enfrentamientos del naciente proletariado con la burguesía criolla.

Durante el siglo XX, las organizaciones sindicales y políticas del proletariado jugaron un papel decisivo. Pero no basta narrar la historia de esas organizaciones sino poner de relieve los acontecimientos esenciales de la lucha de clases.

Esta consideración metodológica es importante para poder interpretar los procesos en que la clase obrera desborda sus organizaciones sindicales y políticas, sobre todo cuando los aparatos burocráticos tratan de frenar el ascenso del movimiento obrero.

Un problema metodológico difícil es formular una periodización, sin incurrir en la unilateralidad. No obstante, preferimos correr el riesgo para una mejor comprensión del proceso social. Proponemos la siguiente periodización tentativa para la historia del movimiento obrero chileno:

- 1) Los orígenes y las primeras luchas del proletariado (desde el siglo XVIII hasta la Revolución de 1859).
- 2) El período de consolidación del proletariado minero (1860-1900).
- 3) La era de la independencia de clase (de 1900 al Frente Popular de 1938).

Posteriormente, siguen otros períodos que estudiaremos en otro tomo. En el presente volumen analizaremos las tres primeras etapas, dejando para otro volumen las fases que van desde el Frente Popular hasta la Junta Militar.

En cada una de estas fases procuraremos hacer un análisis de la formación social de la época, remarcando las principales tendencias socio-económicas y políticas. No se puede comprender el origen, evolución y comportamiento obrero sin estudiar el sector de los dominantes, es decir, la burguesía, el imperialismo, el Estado, sus Instituciones e ideologías. Este enfoque globalizante de la totalidad social es uno de los principales fundamentos metodológicos para el estudio del movimiento obrero.

CAPITULO I

LOS ORIGENES Y LAS PRIEMRAS LUCHAS DEL PROLETARIADO

Los orígenes del proletariado chileno, y por extensión del latinoamericano, fueron distintos a los del proletariado europeo, como resultado de las características disímiles de ambas formaciones sociales. Mientras en Europa se desarrolló un capitalismo moderno manufacturero, generador del proletariado moderno, en nuestro continente, colonizado por España, se dieron embriones de capitalismo que originaron en el último siglo de la colonia un proletariado minero y rural.

Por consiguiente, una cuestión metodológica clave es determinar el tipo de formación social que se dio en América Latina. Esto nos permitirá explicar el surgimiento de sectores proletarios no industriales.

La colonización española de América Latina forma parte del proceso histórico de creación del mercado mundial capitalista. La economía indígena fue sustituida por la producción de metales preciosos y productores agropecuarios destinados al mercado internacional en formación.

Durante los dos primeros siglos de la colonia, esta economía de exportación estaba fundamentada en relaciones sociales de producción precapitalistas, como la economía y la esclavitud negra e indígena. A fines del siglo XVII, se implantan en algunas colonias relaciones sociales de producción capitalista.

Aquellos críticos que nos han atribuido un enfoque “circulacionista” parecen no advertir que siempre hemos puesto el acento en la producción y no en la mera circulación de mercancías. Nuestra apreciación de la existencia de un capitalismo embrionario en algunas colonias, como México y Chile, se basó precisamente en el hecho de que comprobamos la introducción del régimen del salario en las principales empresas mineras y un cierto desarrollo de las fuerzas productivas.

El hecho de que ciertas colonias comenzaran a regirse por las leyes de un capitalismo incipiente no significa desconocer la existencia de relaciones precapitalistas de producción ni la supervivencia de comunidades indígenas que siguieron viviendo en una economía de subsistencia. Sin embargo, lo que comandaba el proceso productivo eran las nuevas formas de explotación impuestas por la colonización española.

Los documentos más relevantes del siglo XVIII demuestran el surgimiento de un proletariado embrionario en Chile Colonial. La introducción del salariado estuvo directamente relacionada con el cambio significativo registrado en la producción de trigo y minerales durante el siglo XVIII. Para atender la creciente demanda de estos productos no bastaba la mano de obra indígena sometida al régimen de encomienda

La burguesía minera y los terratenientes debieron recurrir a los mestizos para cubrir sus necesidades de mano de obra. Estos trabajadores no pudieron ser sometidos al anterior régimen de esclavitud disimulada que se había practicado con los indígenas a través de la encomienda. Para

ganar los brazos que tanto necesitaban, los patrones mineros se vieron obligados a implantar un nuevo régimen de trabajo. Ese sistema fue el salariado.

Un investigador del tema sostiene: “esta nueva organización del trabajo se abastecerá de individuos que han sido enganchados en las faenas mineras, ya sea por un salario, que diferenciará del salario indígena por ser pagado en dinero y ser mayor; ya por concesiones precarias y gratuitas que le hará el empresario minero: préstamos mineros, que lentamente irán dejando paso al salariado (...). Lentamente, los empresarios irán eliminando los préstamos mineros y, tal vez, desde 1730 aproximadamente, el peonaje asalariado será la forma dominante (...). En los asientos mineros a principios del siglo XVIII, existían peones mineros indígenas contratados, “asentados”, con un salario anual que fluctuaba entre los treinta y los cincuenta pesos, y uno que otro mestizo contratado por seis pesos mensuales, es decir, setenta y dos pesos anuales. Esto indica la existencia de un sistema de atracción diferente: el aumento del salario. No se trata, en el caso de los mestizos, de “asentados” por carta y en forma anual sino por mensualidad, adquiriéndose el carácter de peón minero por el solo hecho de figurar en el libro de cuentas del empresario. Esta situación fue consagrada jurídicamente en las órdenes de Laya Bolívar”¹

De este modo, el salario anual llegó a transformarse en mensual. El salario minero bordeaba los diez pesos mensuales y era más de dos veces superior al que se pagaba a los peones agrícolas. Carmagnani presenta una tabla de salarios del siglo XVIII en la cual se observa que el salario de los barreteros aumentó de 1750 a 1789 en un 18% y el de los apires en un 8%..

En un informe presentado por un funcionario a la Capitanía General de Chile, representada por Ambrosio O’Higgins, se manifestaba: “Esta clase de gente se ocupa en trabajar a jornal en alguna mina, por 10 pesos al mes de treinta días de trabajo los barreteros y de seis en una parte, y ocho en otra, los apires o peones”.²

El régimen del salariado fue consagrado jurídicamente por las Ordenanzas de Minería de Francisco García Huidobro y por las Ordenanzas de Minería de Nueva España, aplicadas en Chile por Álvarez de Acevedo en 1781. El gobernador Agustín de Jáuregui dictó el 11 de noviembre de 1786 una nueva disposición: “Prohíbe a los Hacendados y Mineros admitir para sus trabajos y faenas sin que traigan papel del anterior Minero o Hacendado a quien sirvieron en que conste tener cumplida la contrata”³

A fines del siglo XVIII, gran parte del peonaje minero se componía de mestizos. Los nuevos centros de producción hicieron surgir poblados mineros en el Norte Chico. Allí se levantaron pulperías, cuyo número era superior a cincuenta en Copiapó y diez en Huasco en 1781.

Aunque junto al salariado coexistieron otros regímenes del trabajo, como la esclavitud indígena y negra, y el sistema de encomiendas, la tendencia fue hacia relaciones de producción capitalistas.

Como resultado de este proceso, en el siglo XVIII se produjeron los primeros brotes de la lucha de clases entre la burguesía criolla y el proletariado minero. En algunos casos, las condiciones de trabajo y los abusos patronales originaron la protesta social. Un documento de la época señala: “Así, por ejemplo, habiéndoseles ordenado a algunos peones por parte del Mayordomo que botasen una porción de la tierra que se hallaba en el escarpe se sublevaron e injuriado de palabra de mayordomo con los que se mudaron dejando la faena parada, logrando, sin embargo, ser capturados por el subdelegado, quien identificó al que se estimó ser el cabecilla condenándosele a la cárcel.”⁴

En otras ocasiones, los trabajadores se defendieron combativamente de las acusaciones de robo formuladas por los patrones: “funcionarios reales en 1756, habían logrado rodear el recinto de una casa donde se había escondido un grupo de peones mineros que habían robado un” “ogito de

metal razonable”, quienes requeridos en nombre de la justicia se inmutaron -declara el teniente corregidor- y me respondieron que, que justicia ni justicia y que se abalansaron para mi diciéndome palabras injuriosas y luego agarraron piedras todo de tropel y nos maltrataron y nos retiramos siguiendonos siempre los dos diciendo, muera, muera”.⁵

En la mayoría de los casos, el problema de los salarios fue el motivo de la protesta social. En una “Representación de los mineros de Copiapó sobre peones mineros” (junio de 1780), se manifestaba: “nos vemos obligados a representar a Vm, la dificultad de continuarlo por el desorden de los Peones, en quienes crece cada día la insolencia, y falta de cumplimiento de sus obligaciones; es bien notorio que no pueden conseguir sin adelantarles el salario de dos y cuatro meses”.⁶

La lucha de clases llegó a adquirir caracteres de insurrección obrera cuando en 1723 se rebelaron los mineros de Copiapó, Huasco y Coquimbo por no haberseles cancelado sus jornales. Aunque este movimiento fue sofocado y reprimido en forma violenta por la burguesía criolla y española, su combatividad constituye el primer jalón clavado en la historia de la lucha de clases de Chile.

Los combates del proletariado embrionario de las minas a fines de la Colonia pueden ser considerados como los primeros antecedentes de la historia del movimiento obrero chileno. Esta historia no se inicia, como piensan algunos autores, en el momento en que los trabajadores, a mediados del siglo XIX, estructuran formalmente sus organizaciones gremiales. A nuestro juicio, la historia del movimiento obrero comprende todas las manifestaciones concretas de la lucha de clases, aunque los trabajadores no tengan constituidas sus organizaciones de clases. Por eso, sostenemos que los combates del proletariado embrionario de la época colonial abren el primer capítulo de la historia del movimiento obrero chileno.

LA PARTICIPACION DEL PROLETARIADO Y LOS SECTORES POPULARES EN LAS GUERRAS DE LA INDEPENDENCIA

El movimiento de 1810 no fue una revolución social sino una revolución política de carácter separatista.

La Revolución de 1810 cambió la forma de gobierno, no la estructura socio-económica heredada de la colonia, manteniendo el carácter dependiente de nuestra economía. No fue una revolución democrático-burguesa porque no realizó la reforma agraria ni fue capaz de crear las bases para una industria nacional.

Los sectores de la clase dominante criolla estaban todos comprometidos en la tenencia de la tierra y en una política económica cuyo denominador común era la exportación de productos agropecuarios y mineros. La burguesía criolla estaba incapacitada por estos motivos para realizar la reforma agraria e impulsar la industrialización, medidas que históricamente caracterizan a una revolución democrático-burguesa. La única tarea democrática que cumplió la burguesía criolla fue la independencia política formal al romper nuestra condición de colonia del imperio español.

Los sectores populares y el proletariado incipiente no tuvieron participación en el Cabildo Abierto que proclamó la Primera Junta de Gobierno el 18 de septiembre de 1810. Recién comienzan a tener una relativa participación en noviembre de 1811 con el advenimiento al gobierno de José Miguel Carrera, que canceló el período de vacilaciones de la burguesía criolla, encaminándose en forma resuelta hacia la independencia política.

Los escritores carrerinos atribuyen el ascenso vertiginoso de Carrera a su extraordinaria personalidad. Nosotros, sin desconocer las virtudes del caudillo, opinamos que el curso rupturista con España se debió, fundamentalmente, a la incorporación de sectores populares al proceso revolucionario. El mérito de Carrera fue haber comprendido que sólo la participación popular podría acelerar la lucha separatista con la monarquía española. Para uno de sus biógrafos, José Miguel Carrera fue “ese joven aristocrático, que dejando a un lado blasones, riquezas y honores, se lanzó en medio de las masas populares para imbuir en ellas las ideas republicanas”.⁷

La mayoría de los historiadores, incluido Barros Arana, coincide en que Carrera pudo desplazar a los sectores moderados de la clase dominante criolla porque fue capaz de apoyarse en los sectores populares.

En el seno del movimiento carrerino se fue gestando una corriente plebeya y jacobina, que no se conformaba solamente con la lucha por la independencia política, sino que comenzó a plantear por primera vez en Chile la “cuestión social”. El líder de esta tendencia, cuyo contenido programático rebasaba los límites burgueses de los Carrera, ya que aspiraba a combinar la revolución política con la revolución social, fue el franciscano Antonio Orihuela. Acaudilló el movimiento carrerino en 1811 en Concepción, estimulando la participación popular en los cabildos abiertos.

Antonio Orihuela lanzó una proclama revolucionaria que terminaba con la siguiente frase: “Con vosotros hablo, infelices, los que formais el bajo pueblo. Atended: Mientras vosotros sudáis en vuestros talleres; mientras gastáis vuestro sudor y fuerzas sobre el arado; mientras veláis con el fusil al hombro, al agua, al sol, y a todas las inclemencias del tiempo, esos señores, condes, marqueses y cruzados duermen entre limpias sábanas y en mullidos colchones, que les proporciona vuestro trabajo; se divierten en juegos y galanteos, prodigando el dinero que os chupan con diferentes arbitrios, que no ignorais; y que no tienen otros cuidados que solicitar, con el fruto de vuestros sudores, mayores empleos y rentas más pingües, que han de salir de vuestras miserables existencias, sin volveros siquiera el menor agradecimiento, antes sí desprecio, ultraje, baldones y opresión. Despertad, pues, y reclamad vuestros derechos usurpados. Borrada, si es posible, del número de los vivientes a esos seres malvados que se oponen a vuestra dicha, y levantad sobre sus ruinas un monumento eterno a la igualdad”⁸

Esta proclama constituye el primer documento de la historia social revolucionaria de Chile. Su autor formaba parte de una corriente minoritaria, que actuaba a la izquierda del propio Carrera. El movimiento carrerino, de carácter populista, no era ni podía ser en aquella época una corriente proletaria, sino que fue la expresión más consecuente de la izquierda burguesa en el cumplimiento de la tarea esencial del momento: la independencia política.

Los hermanos Carrera fueron derrotados por el ejército español que invalidó en 1813 a Chile desde la isla de Chiloé con tropas de refuerzo provenientes de Lima. De este modo se inauguró el período contrarrevolución, en esta etapa se incubaron las mejores voluntades para lograr la independencia política.

El estado de miseria en que se encontraba el pueblo, debido a la crisis económica surgida de la guerra, junto a las arbitrariedades cometidas por los españoles contra el campesinado y el artesanado determinaron un salto cualitativo en la conciencia del pueblo. Durante la Reconquista hubo una participación masiva de los sectores populares al proceso revolucionario por la independencia política. Esta participación popular se produjo más bien como fenómeno de reacción frente a los abusos de los españoles que como adhesión a sus patrones criollos.

La incorporación de los sectores populares, encarnada en el “roto No Cámara”, descrito por Alberto Blest Gana en su novela histórica Durante la Reconquista, dio un impulso decisivo a la

lucha por la liberación política de Chile. Los avances de la guerra de guerrilla de 1816 y 1817 sólo pueden explicarse por la incorporación de activos contingentes de obreros agrícolas y campesinos en las guerras de la independencia. El respaldo de los campesinos de la zona central fue la clave del éxito del guerrillero Manuel Rodríguez. Sus disfraces, su ocultamiento en los ranchos, sus increíbles fugas, sus contactos y su movilidad permanente eran, en cierta medida, fruto de su genio guerrillero, pero su labor fue indiscutiblemente facilitada por el decidido apoyo del movimiento campesino y por los obreros y artesanos de Santiago.

En síntesis, la incorporación de los sectores populares a la lucha por la independencia, durante el período de la Reconquista, fue un factor decisivo para derrotar a los españoles, hecho minimizado por aquellos historiadores que, con un criterio burgués de clase, pretenden ocultar el papel jugado por el proletariado naciente, el artesanado y el movimiento campesino, base social de la guerrilla, en las luchas por la Independencia.

LA EVOLUCION DEL PROLETARIADO BAJO LOS PRIMEROS DECENIOS DE LA REPUBLICA

El proletariado tuvo durante la primera mitad del siglo XIX un relativo desarrollo, especialmente en la zona minera del Norte Chico donde se consolidaron en el área de la minería las relaciones sociales de producción capitalistas.

Una vez consolidada la independencia en la década de 1820-30, los gobiernos de los llamados “decenios” (Prieto de 1831 a 1841, Bulnes de 1841 a 1851 y Montt de 1851 a 1861) procuraron afianzar el proceso de desarrollo capitalista incipiente generado en la Colonia. Las relaciones de producción adquirieron del régimen de asalariado minero, el surgimiento del proletariado carrillano y el aumento de los obreros agrícolas de trigo a California, Australia y Europa y el aumento significativo de la producción de plata y cobre reafirmaron el carácter de una economía estimulada en función del mercado mundial capitalista.

El desarrollo de las fuerzas productivas en la minería, expresado en la industria fundidora de cobre, y la introducción de una tecnología moderna para la explotación de la plata y los productos agropecuarios, revelaron el carácter capitalista de nuestra economía. Es obvio que no estábamos en presencia del capitalismo clásico de tipo industrial, sino de un régimen de producción capitalista incipiente basado en la explotación minera y agrícola, que había generado una burguesía que se regía por la ley del valor, la plusvalía y la cuota de ganancia. Hacia 1850, esta clase social introducía, como signo de los nuevos tiempos, medios modernos de comunicación, como el ferrocarril y el teléfono, e inaugurada el sistema bancario.

La introducción de maquinarias modernas para la explotación agrícola durante las décadas de 1840-50-60 y el surgimiento de la industria molinera demuestran un proceso de mecanización del agro, que trataba de superar su atraso para responder al aumento de la demanda del mercado mundial. El capitalismo agrario de Chile –y por extensión el latinoamericano- no comenzó como en Europa a raíz de la expansión del mercado interno y del desarrollo industrial, sino en estrecha relación con el mercado externo y las nuevas necesidades de las metrópolis.

Los gobiernos de los “decenios” representaron el período de consolidación de la burguesía comercial y terrateniente, que aspiraba a un gobierno fuerte, de corte “portaliano”, que garantizara un orden burgués diferente al de la época denominada “anarquía”. La política económica de los gobiernos se orientó a la construcción de obras de infraestructura que necesitaba la clase dominante.

Ferrocarriles, teléfonos, caminos, puertos y canales de riego se levantaron en función de la economía de exportación.

Además del aumento del proletariado minero, en la década de 1850-60 surgió un nuevo sector proletario, constituido por los obreros carrillanos, que trabajaban en la construcción de las primeras vías férreas del norte y de la región central. En esas faenas trabajaron miles de obreros. En el ferrocarril de Santiago a Valparaíso llegaron a trabajar más de 10.000 peones.

También surgieron nuevas capas proletarias en las explotaciones carboníferas, en el sector terciario de las ciudades, en la industria molinera y en algunas empresas agrícolas de la zona central.

El descubrimiento y explotación de nuevas minas de plata y el nacimiento de la industria fundidora del cobre permitió un acrecentamiento del proletariado minero. El sistema de ficha-salario, investigado con acuciosidad por Marcelo Segall, demuestra la generalización de las relaciones de producción capitalista. Este sistema facilitaba la acumulación originaria de capital porque mediante el pago de parte o de todo el salario en fichas, la burguesía obligaba al proletariado a comprar los alimentos y la vestimenta en las pulperías abiertas por los propios empresarios, quienes de este modo se apropiaban no sólo de la plusvalía o trabajo excedente, sino también de parte del trabajo necesario.

Los salarios del proletariado minero eran más altos que de otros sectores de trabajadores. Hacia 1850., los barreteros ganaban entre 25 y 50 pesos mensuales y los peones unos 10 pesos aproximadamente. Un aviso colocado por el Intendente de Copiapó, José Francisco Gana, con el objeto de obtener mano de obra, proporciona interesantes antecedentes acerca del régimen de salarios. El aviso decía: “Un peón gana en Copiapó un sueldo de diez y doce pesos por mes rayado, con almuerzo, comida y cena. En las obras por tareas gana más de doce pesos. Un peón barretero gana 25 y 50 pesos, trabajando por varas. El peón que es casado puede contar con la seguridad que su mujer ganará plata de lavandera, cocinera, costureras o vivandera”⁹

El régimen de trabajo y los abusos cometidos por la burguesía en las explotaciones mineras han quedado estampados en los relatos de varios escritores, como Jotabeche. En su Viaje alrededor del Mundo, Darwin, a su paso por Chile, comprobó este régimen brutal de explotación de los mineros, quienes “ganan 30 35 francos mensuales y no salen de la mina más que una vez cada tres semanas, muy bien vigilados para que no vayan a llevar oro entre las ropas”.¹⁰

Las huelgas y rebeliones del proletariado minero se manifestaron en forma reiterada durante la época de los decenios. Fueron motivadas principalmente por incumplimiento y postergación de la fecha de pago, mal trato, falta de viviendas y por una mayor seguridad en los laboreos más peligrosos de las minas. Una de las rebeliones más importantes fue la de Chañarcillo en 1834. “Dos grandes contratiempos –escribía Sayago- tuvo Chañarcillo en sus primeros años de explotación: el alzamiento de los peones y el cangalleo (...). Habitaciones rústicas, faenas sin cerco, y mucha riqueza en extracción, daban margen a esos desórdenes que más de una vez pusieron a la peonada casi en el señorío del mineral, haciéndose preciso mantener allí una fuerte guarnición que, andando el tiempo, se encomendó a tropa del ejército de líneas. Pero, si a fuerza de bayonetazos y de descargas de fusiles, se logró contener los desmanes de los operarios revueltos en masa, no fue posible contener el cangalleo”.¹¹

Otras rebeliones mineras fueron comentadas por el exiliado argentino Domingo Faustino Sarmiento en un artículo publicado por “El Nacional” de Santiago, en su edición del 14 de abril de 1841: “los alzamientos con el manifiesto designio de saquear las faenas y cometer todo género de excesos, empiezan a hacerse tan frecuentes no obstante la presencia del juez, que suele ser un

militar con fama de valiente para que sea respetado, y del destacamento de línea que reside en la Placilla, para mantener el orden, que los mayordomos temen por su vida”.¹²

Los Reglamentos, como el de Chañarcillo en 1837, que imponían castigos severos a los trabajadores que reclamaban o protestaban por el régimen de explotación, no lograron paralizar las luchas del proletariado minero. Las expresiones más relevantes de esta agudización de la lucha de clases fueron el conato de alzamiento de 1847 en Atacama, encabezado por Perines, Flores y Agüero y la participación política en las revoluciones de 1851 y 1859, en las que los obreros ocuparon numerosas minas del Norte Chico.

Las nuevas relaciones sociales de producción implantadas por algunas empresas agrícolas determinaron un relativo crecimiento del proletariado rural en la zona centro-sur. Los obreros que laboraban en la industria molinera, promovida en la década de 1950-60, fueron la expresión más relevante de este proceso. Sin embargo, estas relaciones sociales de producción nítidamente capitalistas, introducidas por unos grupos de empresarios, no constituía aún la tendencia predominante de la explotación agropecuaria, cuya base fundamental era el régimen del inquilinaje.

El sistema del salariado campesino fue implantado en las haciendas más modernas. El aumento de la demanda mundial de trigo y otros cereales determinó un cierto proceso de mecanización del agro que requería mano de obra especializada. Por otra parte, la incorporación de campesinos a las nuevas obras públicas, como los ferrocarriles, en calidad de obreros, obligó a los terratenientes a elevar los salarios para evitar la emigración de la fuerza de trabajo. “El obrero rural ganaba antes de 1850 entre cuatro y medio real, después subió su jornal al real y en 1857 a dos reales”.¹³

Claudio Gay señalaba a mediados del siglo pasado: “Los peones forman en Chile una no menos numerosa clase de la sociedad. Son los obreros al día, los verdaderos proletarios (...). La época en que los obreros agrícolas son mejor pagados es, como en otros países, la de las cosechas (...). Puede decirse que su ganancia es de 2 reales por día comprendida su manutención y 2 ½ a 3 reales cuando no la reciben, y son pagados por semana en la tarde del sábado”.¹⁴ Gay analizaba también la existencia de los obreros agrícolas mejor pagados: los arrieros y los pastores, entre los que distinguía a los vaqueros y a los ovejeros. Respecto del obrero “afuerino”, manifestaba: “Los peones rurales o forasteros van de una parte a otra y algunos patrones para retenerlos les hacen con frecuencia adelantos, lo que en efecto los retiene mucho más tiempo y hasta que se liberan de sus deudas”.¹⁵

El sabio Domeyko señalaba, en 1841, que en algunas haciendas “los peones fueron desplazando a los inquilinos. El señor Guerrero sigue el ejemplo de otros; expulsó de sus tierras a muchas familias de inquilinos y se está valiendo de los de la vecindad, o contrata para las faenas, peones”.¹⁶ En una cartilla sobre la situación de los campesinos, que circuló entre los agricultores desde 1846 a 1867, se manifestaba que el peón trabajaba por día o a trato en los trabajos más pesados; la tarea de siega de trigo se pagaba a 4 reales, además de pan y una libra de charqui al día; la de cortar leña se pagaba a 6 pesos mensuales”.¹⁷

Si bien es cierto que los obreros agrícolas no constituían la mayoría de los explotados del campo, durante los decenios hubo un crecimiento lento y progresivo del proletariado rural; a mediados del siglo XIX estaban ya configuradas las principales capas de este proletariado: los peones estables o “permanentes” y los “afuerinos”, cuyos salarios experimentaron un alza relativa, aunque siempre se mantuvieron inferiores a los que percibían los trabajadores mineros.

La falta de información suficiente no permite hacer todavía un análisis de las luchas, protestas, huelgas y rebeliones campesinas de esta época. Sin embargo, la ocupación de fundos

durante la guerra civil de 1851 y la participación activa de los campesinos en las guerrillas de la zona central en la guerra civil de 1859, son indicadores elocuentes de la presencia de sectores de vanguardia del campesinado en las luchas sociales.

LA INFLUENCIA DE LA IDEOLOGÍA LIBERAL

El liberalismo chileno, gestado en la década de 1820 y aplastado transitoriamente por las medidas represivas del gobierno de Prieto, resurgió a partir de 1842 con la creación de la Sociedad Literaria. Este movimiento fue la cobertura legal de ideas políticas reprimidas por los gobiernos conservadores. No era la primera vez en la historia que la literatura servía de vehículo para manifestar el descontento político y social. El movimiento literario sirvió de válvula de escape para que pudieran expresarse las aspiraciones democráticas de sectores de la intelectualidad y del artesanado de vanguardia que se resistían a seguir soportando el régimen totalitario de los gobiernos de ideología conservadora.

Este movimiento fue canalizado y transformado, posteriormente, en corriente política por la burguesía minera que había sido afectada por los gravámenes impuestos a la exportación de minerales y otras medidas de los gobiernos conservadores, representantes de los intereses de la burguesía comercial y terrateniente.

La sociedad Literaria, inspirada por José Victorino Lastarria, fue el polo de atracción de la juventud de la época. En el periódico “El Semanario” hicieron sus primeras “armas de la crítica” Eusebio Lillo, José Joaquín Vallejo (Jotabeche) y Benjamín Vicuña Mackena. En 1844, Francisco Bilbao publicó “Sociabilidad Chilena” uno de los primeros ensayos sociológicos de la historia de Chile. El liberalismo fue reforzado en octubre de 1845 con la creación de la Sociedad Democrática, encabezada por Pedro Félix Vicuña y Manuel Bilbao. La fundación de la “Sociedad Caupolicán”, promovida por Manuel Guerrero ese mismo año, facilitó la incorporación de sectores populares, provenientes de las filas del artesanado.

El movimiento de oposición hizo en 1846 una campaña de agitación política que el gobierno trató de aplastar mediante la aplicación del Estado de Sitio y el apresamiento de los dirigentes de las Sociedades “Caupolicán” y “Democráticas”. La reacción popular contra estas medidas represivas fue calificada de insurrección por el diario “Eco Nacional” de Concepción, que comentaba los sucesos de Santiago en los siguientes términos: “ha habido una insurrección general. Todas las familias respetables de la capital se han reunido para hacer una presentación pidiendo al gobierno un cambio en su política, apoyándose en la insurrección que amenaza a la plebe. El pueblo está insurreccionado con la declaración del estado de sitio. En este instante se están batiendo en la Cañada como dos mil rotos con los cazadores, una compañía de ganaderos y los vigilantes. El pueblo se aumenta hasta la plaza, enfurecido y dispuesto a todo. La imprenta Rengifo fue hecha pedazos por el populacho”.

Uno de los agitadores revolucionarios era el tipógrafo Santiago Ramos, quien, según Barros Arana, “se daba por apóstol de la más exagerada democracia; y en esta contienda había demostrado una implacable exaltación contra los poderosos, ya lo fueran por el ejército del mando, ya por la posesión de cuantiosos bienes de fortuna. En una pobrísima imprenta había publicado desde agosto de 1845, un peridiquillo titulado “El Duende”, del que alcanzaron a salir cuatro números. Reemplazándolo en seguida por otro que llamó “El Pueblo”. En el número 7 incitaba a la revuelta popular”.¹⁸ Para Segall, “El Duende” es el primer órgano popular. Contradictoriamente ácrata, peor redactado, es el primer paso del periodismo revolucionario obrero”.¹⁹ El liberalismo burgués, que había sido sobrepasado por este movimiento popular, en el que actuaron fundamentalmente los artesanos y un pequeño sector de obreros, junto a un pequeño sector de obreros, junto a la pequeña

burguesía intelectual radicalizada, condenó estas acciones, con los mismos epítetos utilizados por el gobierno de los conservadores.

LA SOCIEDAD DE LA IGUALDAD

La Sociedad de la Igualdad, creada a fines de 1850, fue la expresión del proceso de radicalización anteriormente mencionado, que aspiraba a rebasar el estrecho programa del movimiento liberal, limitado a meras reivindicaciones sobre las libertades públicas. La Sociedad de la Igualdad surgió precisamente de la ruptura de algunos artesanos e intelectuales con el “Club de la Reforma”, agrupación creada por la alta burguesía liberal con objetivos exclusivamente electorales.

Santiago Arcos, que en 1848 había vuelto de Europa influido por las nuevas ideas sociales, junto a Manuel Bilbao fueron los promotores de la Sociedad de la Igualdad. Sus primeros adherentes fueron artesanos de vanguardia, como el sombrero Ambrosio Larracheda, el zapatero Manuel Lúcares y los sastres Cecilio Cerda y Redencindo Rojas. Posteriormente, se incorporaron Manuel Guerrero, fundador de la mencionada “Sociedad Caupolicán”, numerosos artesanos y algunos obreros.

Los historiadores tradicionales han tratado de colocar la figura de Bilbao por encima de la de Arcos. En realidad, Arcos no sólo tuvo un pensamiento social más definido, sino que fue, como lo prueba José Zapiola, en un documento de la época, el verdadero fundador y motor de la Sociedad de la Igualdad. Francisco Bilbao, tribuno popular y autor del ensayo “Sociabilidad chilena”, que ya hemos destacado, regresó al país luego de haber presenciado la Revolución Francesa de 1848, las luchas callejeras y la combatividad de los trabajadores en las barricadas parisinas. Retornaba en un momento en que el ambiente santiaguino estaba agitado por una fuerte oposición al continuismo conservador; un período en el que los sectores de la juventud estaban enfervorizados con la lectura de la “Historia de los Girondinos” de Lamartine y en el que se habían abierto una polémica sobre el libro de Lamennais “Palabras de un creyente”. Bilbao aprovechó la polémica para publicar en mayo de 1850 su opúsculo “Boletines del Espíritu”, condenado por la Iglesia Católica, pero bien acogido por algunos curas agustinos, como Ortiz. “Así, pues, cuando Bilbao se vio perseguido y excomulgado, fueron los Agustinos quienes primeramente se habían de apresurar a manifestarle sus simpatías”.²⁰

El pensamiento de Bilbao, a pesar de sus ambigüedades y de su ingenua creencia de que por medio de la ampliación de las libertades públicas y de una nueva legislación, se podría cambiar la situación social de los explotados, influyó en importantes sectores de la intelectualidad de izquierda y del artesanado. Sus planteamientos, teñidos de ideas roussonianas y del pensamiento socialcristiano de la época, le impidieron concretar un programa de auténtica transformación social.

Los principios de la Sociedad de la Igualdad, creada en marzo de 1850, señalaban a la “soberanía del pueblo como base de toda política”. Establecía que la Sociedad no nació para servir a ninguna candidatura política. Establecía que la Sociedad no nació para servir “para sacar al pueblo de la vergonzosa tutela que se le tiene sujeto”. En el artículo 1º de los Estatutos se señalaba que la “Sociedad de la Igualdad se reunirá en grupos que no pasen de 24 individuos (...) Art. 4º: “todo grupo tiene igualdad de derechos. Art. 5º: “En cualquiera de los grupos pueden tener origen la proposición de una forma administrativa o social”.²¹

En menos de un mes de su fundación, la Sociedad de la Igualdad contaba con ocho núcleos que agrupaban a cerca de 2000 “ciudadanos”. Sus principales periódicos fueron “El Amigo del Pueblo”, que publicó 52 números, y “La Barra, del 1º de abril al 4 de junio de 1850 el primero, y del 4 de junio de 1850 al 20 de abril de 1851 el segundo. En un artículo de 11 de abril, probablemente

escrito por Arcos, se planteaba: “La clase obrera ha sido desapercibida por los hombres públicos de Chile; y ha llegado el tiempo de que esa clase obrera adquiera conciencia de su poder (...). Los artesanos al alistarse bajo las banderas de la guardia nacional, van a entregarse a la voluntad de algunos jefes que los explotan en beneficio de los que mandan (...). Dénle en buena hora un fusil y prepáresele en el ejercicio de las armas, pero hágase entender que esa arma no debe servirle para apoyar el poder, para conservar lo que los retrógrados llaman orden; que esa arma no ha de dirigirse jamás contra el corazón del pueblo, sino en su defensa y protección”.²²

José V. Lastarria anotaba en “Diario”, el 27 de agosto de 1850: “Continúa la alarma. Anoche se ha reunido la Sociedad de la Igualdad con más de 1.000 socios (...). El gobierno le teme y cree que de ella ha de salir la revolución”.²³

El 28 de octubre, la Sociedad de la Igualdad convocó a una concentración, donde según algunos autores se reunieron cerca de 3.000 personas. El gobierno de Montt detuvo a varios dirigentes y desterró a Bilbao y Arcos, que había adoptado el pseudónimo de Marat. Desde el exilio, Arcos escribía: “Puñal, hijo, puñal: y que la regeneración de Chile se escribía en el cuero de los pelucones”. Al regresar a Chile en septiembre de 1852, logró burlar la vigilancia policial de Valparaíso, pero fue apresado en Santiago al mes siguiente.

En la cárcel escribió una carta, el 29 de octubre de 1852, dirigida a Bilbao, que estaba desterrado en Lima. El análisis de las clases, de los partidos políticos y de la sociedad chilena, contenidos en esta carta, coloca a Santiago Arcos entre los más destacados precursores del pensamiento social chileno. En ese documento histórico, Arcos señalaba: “para curar a Chile no basta un cambio administrativo (...). Hay 100.000 ricos que labran los campos, laborean las minas y acarrean el producto de sus haciendas con 1.400.000 pobres sin duda por la miseria, mantenida en el respeto y en la ignorancia, trabajaba sin pudor por los capellanes de los ricos, es más inteligente que lo se quiere suponer. Los primeros tiempos de la Sociedad de la Igualdad son prueba de ello (...). Al pobre ¿qué le importaba las reformas que vagamente hablaba uno de los partidos? (...). No es por falta de inteligencia que el pobre no ha tomado parte en nuestras contiendas políticas (...). Un partido se llamó pipiolo o liberal –no sé por qué. El otro partido, conservador o pelucón. No la diferencia de principios o convicciones políticas. No las tendencias de sus prohombres hacen que los pelucones sean retrógrados y los pipiolos parezcan liberales. No olvidemos que tanto pelucones como pipiolos son ricos, son de la casta poseedora del sueldo (...) es preciso segregarse del partido pipiolo, y con ellos formar el partido nuevo, el partido grande, el partido democrático-republicano (...). Es necesario quitar sus tierras a los ricos y distribuirlos entre los pobres. Es necesario quitar sus ganados a los ricos y distribuirlos entre los pobres (...). La república promete solemnemente reconocer los derechos adquiridos, y de hecho quitar a los ricos. He dicho quitar, porque aunque la República compre a los ricos sus bienes, y aunque los ricos reciban una compensación justa, esta medida será tildada de robo por ellos, y a los que la proponen no les faltarán los epítetos de ladrones y comunistas”.²⁴

Más adelante, Arcos formulaba un proyecto concreto de reforma agraria y de medidas democrático-burguesas.

Santiago Arcos no era saintsimoniano, ni anarquista ni socialista utópico, como han afirmado varios autores, sino uno de los expositores chilenos más consecuentes de algunas tareas democrático-burguesas. A él le corresponde el mérito de haber sido el primero en plantear el proyecto de reforma agraria más completo de su tiempo. Los análisis sociológicos de Arcos era relevantes para su época, pero no daban una salida socialista, como han pretendido algunos escritores. Propugnó la creación de un “partido democrático-republicano” que garantizara las libertades públicas, la democracia burguesa y los derechos del pueblo. Su programa en defensa de los artesanos y del pueblo trabajador también se inscribe dentro de la concepción del reformismo burgués.

En síntesis, la Sociedad de la Igualdad fue la primera organización reformista con base popular en el artesanado y en algunos obreros, que intentó esbozar un programa avanzado democrático-burgués. Sus ilusiones en lograr cambios por medio de la educación popular y de proyectos de ley, no le permitieron concebir una estructura organizativa capaz de enfrentar la represión del gobierno. Sin embargo, la dinámica de la lucha de clases condujo a la Sociedad de la Igualdad a superar sus declaraciones escritas en torno a la no participación en política y a los métodos no violentos de lucha, como lo demuestra el papel jugado por sus miembros en el proceso revolucionario de 1851. La Sociedad de la Igualdad no sólo fue la organización precursora de los movimientos políticos reformistas sino también el centro de formación de cuadros que pronto dieron origen al movimiento mutualista chileno.

LA PARTICIPACION DE ARTESANOS Y OBREROS EN LA GUERRA CIVIL DE 1851

La guerra civil fue la expresión violenta de las contradicciones que se habían acumulado en la sociedad chilena de mediados del siglo pasado. El relativo desarrollo del capitalismo criollo puso de relieve algunos sectores de clase, como la burguesía minera del Norte Chico, que se había generado durante la Colonia, y otros de reciente formación, como los exportadores y habilitadores de Valparaíso y los molineros y mineros de la zona de Concepción, cuyos intereses habían sido afectados por los gobiernos conservadores.

La crisis económica mundial de 1848, que también afectó las exportaciones chilenas, fue el telón de fondo de la guerra civil de 1851.

Los impuestos a la minería decretados por los gobiernos de Prieto, Bulnes y Montt, representantes de la burguesía comercial y terratenientes, afectaron los intereses de los empresarios mineros. Mientras reiterados decretos aumentaron los derechos de exportación de los productos mineros, una ley de 1840 declaraba exentos de impuestos al trigo y la harina. En 1840 y 1851 se decretaron nuevos gravámenes a la exportación de cobre. Estas disposiciones acrecentaron el descontento de la burguesía minera.

Otra de las motivaciones que impulsaron el levantamiento de 1851 fue la postergación de las provincias por la Capital. El centralismo de Santiago ya había originado la crisis de poder en el período denominado “anarquía” o “federalismo” (1823-30). Los gobernantes de los “decenios” (1831-51), tras una apariencia de unidad nacional, continuaron favoreciendo los intereses de los terratenientes y de la burguesía comercial de la zona central. Las provincias del Norte Chico y de la zona de Concepción –que juntas, a mediados del siglo pasado, tenían más población que Santiago– protestaban porque la Capital se quedaba con la parte del león de las entradas aduaneras y fiscales de la Nación, y no las repartía proporcionalmente a la riqueza que entregaban las provincias. El descontento de las provincias estaba plenamente justificado porque Concepción era un importante centro de producción triguera y molinera y el Norte Chico proporcionaba todas las entradas fiscales provenientes de la exportación de los productos mineros, que constituían la base de la riqueza del país.

El conjunto de intereses diversos dio origen a un movimiento de oposición heterogéneo y policlasista. De burgueses mineros que protestaban por los impuestos al cobre y la plata, de una

pequeña burguesía y artesanado que reclamaban derechos democráticos; de trabajadores del campo y las minas descontentos por el régimen de explotación.

La guerra civil de 1851, iniciada como pugna interburguesa, cambió de fisonomía social con la incorporación masiva a la lucha de obreros, campesinos y artesanos. El carácter policlasista del movimiento sufrió una prueba de fuego cuando los campesinos, obreros y artesanos comenzaron a ocupar fundos y minas. Ante esta agudización de la lucha de clases, que podría sobrepasar los planes de la burguesía liberal opositora, más de un capitalista “democrático” se pasó a las filas del gobierno, que al fin de cuentas por encima de su autoritarismo “conservador” garantizaba el orden y el respeto a la propiedad privada.

Ante el fracaso de la rebelión de Aconcagua en noviembre de 1850, en la que tuvo activa participación la Sociedad de la Igualdad, y la derrota del motín de Santiago el 20 de abril de 1851, en el que participaron la intelectualidad liberal, los igualitarios de Arco y Bilbao y el batallón “Valdivia” al mando de Pedro Urriola, la oposición levantó la candidatura presidencial del general Cruz. El fraude montado por los conservadores facilitó el ascenso al poder de Montt. Agotadas las posibilidades legales, la oposición desencadenó la guerra civil en septiembre de 1851.

El Norte Chico se constituyó en uno de los principales focos revolucionarios. La Sociedad de la Igualdad de La Serena, orientada por el tribuno Pablo Muñoz y el periodista Juan Nicolás Álvarez, había contribuido al triunfo de la oposición en esa zona. La rebelión se inició en La Serena el 7 de septiembre de 1851. Trescientos miembros de la Sociedad de la Igualdad, dirigidos por Pablo Muñoz, los carpinteros José María Covarrubias y Rafael Salinas, el sastre Manuel Vidaurre y el herrero Ríos, armados de revólveres y puñales lograron apoderarse del cuartel. “La insurrección – narra Vicuña Mackena- se hizo general en todo el pueblo. Corrían por todas las veredas los soldados de la guardia nacional, los jóvenes de los colegios, grupos de campesinos a caballo, mineros que habían bajado la víspera al pago del sábado. Los arrieros mismos y los vendedores de legumbres dejaban sus cabalguras y corrían por la veredas, haciendo sonar sus espuelas y hasta los soldados de la guarnición de Yungay, se metían al cuartel de cívicos y pedían un fusil, sin que les importara medirse con sus camaradas, si éstos no habían de estar en ese día en las filas del pueblo”.²⁵

La insurrección dio origen a un organismo de poder popular, refrendado con el nombre de Consejo del Pueblo por un decreto firmado el 9 de septiembre de 1851 por el nuevo Intendente de La Serena, José Miguel Carrera, hijo del caudillo de la Independencia. Una de sus primeras medidas fue organizar las milicias populares a base de 300 cívicos y 200 trabajadores mineros.

Los revolucionarios ocuparon Elqui, Huasco, Ovalle, Combarbalá e Illapel, donde se vieron obligados a retroceder ante el avance del ejército gubernamental que obtuvo una significativa victoria en Petorca. A mediados de octubre, La Serena fue sitiada por el Ejército de Montt. Se levantaron barricadas y se pusieron minas explosivas o “infiernillo”, como se denominaba a los paquetes de pólvora que hacían volar a los soldados enemigos. Según Agustín Edwards, “las fuerzas de los sitiados no pasaban de 600 hombres de los cuales 100 eran changos (indios), 300 de batallón cívico y 200 mineros sublevados en el mineral de Brillador, que un tal Gaete había logrado traer de refuerzo a los sitiados”.²⁶ Después de casi tres meses de enconada resistencia, los insurgentes de La Serena se vieron obligados a capitular.

Mientras tanto, los obreros mineros de “El Tamaya”, la mina de cobre más importante del país, conducidos por el agitador social Francisco Sensano marcharon sobre Ovalle el 12 de diciembre. Elso Prado, al frente de los mineros y campesinos, ocupaba las haciendas y la ciudad de Illapel. El 9 de diciembre, los trabajadores mineros, dirigidos por Muñoz y Lagos, ocupaban el valle del Elqui, mientras sus compañeros de Chañarillo se apoderaban del mineral de plata más rico del

país en ese entonces. Estos hechos demuestran que los trabajadores mineros y campesinos lograron durante cerca de dos meses el control de importantes zonas del Norte Chico.

En Valparaíso, la insurrección fue caudillada por el franciscano José María Pascual, quien obtuvo el apoyo de 200 artesanos. El 28 de octubre, el cura Pascual logró tomar el cuartel del batallón 2, distribuir las armas al pueblo y organizar las guerrillas en los cerros del puerto. Días antes, el 14 de octubre, una montonera campesina había intentado apoderarse de San Felipe.

El proceso revolucionario alcanzó su apogeo en Copiapó, donde los sectores populares se mantuvieron en el poder desde el 26 de diciembre de 1851 hasta el 8 de enero de 1852. Los obreros carrillanos se constituyeron en el baluarte de la insurrección. Se apoderaron del ferrocarril, que había sido inaugurado el día anterior al estallido revolucionario, e impidieron el traslado de tropas enemigas cortando las vías férreas de Caldera a Copiapó. Esta ciudad fue tomada por los rebeldes el 26 de diciembre, quienes con las armas expropiadas de los cuarteles comenzaron a organizar el Ejército de los Libres.

Los revolucionarios nombraron como Intendente a Bernardino Varaona y exigieron contribuciones forzosas a los elementos burgueses de la zona. Una comunicación del 28 de diciembre de 1851, manifestaba: “Habiéndose establecido que todos los individuos pudientes de esta población contribuyan con alguna cantidad para pago y mantenimiento de las tropas y demás gastos de esta administración, ha cabido a Ud. La suma de \$ 5.000 que se servirá remitir a esta intendencia en el término de 24 horas.”²⁷

Los rebeldes publicaron un periódico que llevaba el sugestivo nombre de “El Diario de los Libres”. En el N° 2 del 30 de diciembre de 1851 apareció un documento en el que el gobierno revolucionario mostraba su decisión de hacerse cargo de la administración del primer ferrocarril chileno: “Atendiendo a que los ingenieros y principales directores del Ferrocarril se han ausentado del puerto de Caldera dejando abandonado el trabajo y paralizado el tránsito que proporcionaba la cómoda desconcentúan al gobierno actual de la provincia, he venido en acordar el decreto: 1° Se comisiona a D. Alberto Blest, para que ejerza y tesorero de ella. 2° Continúan corriendo y haciendo los viajes de ida y vuelta diariamente de la Caldera a esta ciudad. 3° El ingeniero extranjero o trabajador de la empresa que no se prestare a desempeñar en sus destinos, sufrirán la pena de una multa al arbitrio de esta Intendencia, y se les considera como cómplices enemigos que atacan al Gobierno de los Libres.”²⁸

Los revolucionarios conservaron el poder hasta el 8 de enero de 1852, fecha en que fueron derrotados en Linderos por la división al mando de Victorino Garrido. La experiencia de Copiapó marca un hito fundamental en la historia social de Chile porque constituye el primer caso de toma del poder por sectores populares y obreros de una zona importante de la República.

La Revolución de 1851 tuvo en algunas regiones un definido carácter de insurrección popular armada. La combatividad de los trabajadores chilenos hace recordar el papel que jugaron los obreros dirigidos por Roux y Leclerc en la Revolución Francesa de 1789 y los “levelers” de la Revolución Inglesa del siglo XVIII. Así como éstos fueron más allá de los límites sociales fijados por Robespierre y Cromwell, los trabajadores chilenos sobrepasaron en ciertos momentos el moderado programa democrático de la burguesía liberal.

El punto más débil del movimiento insurreccional de 1851 fue la falta de conexión entre los dos focos principales de la oposición: el Norte Chico y Concepción. Durante el proceso de la guerra civil, los rebeldes llegaron a controlar extensas zonas del Norte Chico y casi todo el sur, desde Chillán hasta la zona de la Frontera, pero en ningún momento fueron capaces de coordinar una estrategia nacional de combate contra el poder central.

En la zona de Concepción también se formaron milicias populares armadas. Donde actuó la heroína penquista Rosario Ortiz, apodada “la Monche”, periodista, vibrante oradora e incansable defensora de los derechos del pueblo. A la cabeza de los milicanos se batió “con el fusil en la mano en la batalla de Loncomilla, logrando con su audacia y arrojo tomar prisionero a un mayor gobernista”²⁹

El movimiento iniciado en Concepción se extendió en octubre de 1851 a San Carlos, Parral, Linares, Cauquenes, Santa Juana, Hualqui, Chillán y la zona de la Frontera. Importantes sectores de las tribus mapuches se plegaron a la lucha con el fin de recuperar sus tierras. Otras tribus indígenas permanecieron indiferentes a esta guerra entre blancos.

A pesar de que contaba con el apoyo del Ejército del Sur, de importantes fuerzas indígenas y de la gran mayoría de la población desde Chillán hasta la Frontera, el general Cruz tuvo vacilaciones, demorando el avance hacia la zona central. El 8 de diciembre de 1851, el general Cruz era derrotado en Loncomilla, una de las batallas más sangrientas de la historia de Chile, en la que cayeron 2.000 muertos y 1.500 heridos. Terminaba así la guerra civil, luego de cuatro meses de encarnizada lucha.

LA INTERVENCIÓN DEL PROLETARIADO EN LA GUERRA CIVIL DE 1859

La guerra civil de 1859 puso de manifiesto que las contradicciones que produjeron el movimiento revolucionario de 1851 no habían sido superadas durante el gobierno de Manuel Montt.

La contradicción Capital-Provincias involucraba profundos intereses de clase. Era el reflejo de la lucha entre un sector de la burguesía de provincias, como la minería del Norte Chico y la triguera y molinera del sur, que se sabía productora de la principal riqueza del país, que protestaba contra la Capital, Santiago, que prefería representar más los intereses de la burguesía comercial y terrateniente de la zona central que los de la Nación. Santiago se quedaba con la mayoría de los ingresos fiscales, realizaba obras públicas e inversiones que favorecían a los comerciantes y latifundistas santiaguinos y no repartía a las provincias las rentas aduaneras y estatales en forma proporcional a las riquezas que entregaban las diferentes regiones del país.

Otra de las causas que aceleró el movimiento revolucionario de 1859 fue el nuevo régimen impositivo decretado para la minería. El gobierno de Montt en 1852 estableció un nuevo gravamen de un 5% a la exportación de cobre en barra y de plata en barra, piña o chafalonía. La burguesía minera del Norte Chico no ocultó, a su debido tiempo, que está era una de las causas de la guerra civil de 1859. Uno de los primeros decretos de Pedro León Gallo, al tomar el poder en 1859 en el Norte Chico, fue reducir “a la mitad los derechos de exportación que pagaban las pastas beneficiadas y las metálicas que se enviaban al extranjero”.³⁰

La crisis económica mundial precipitó la guerra civil. Esta crisis repercutió en Chile determinando una baja de los precios del cobre, la harina y el trigo.

En la nueva combinación opositora figuraba el sector liberal de avanzada, encabezado por José Miguel Carrera, hijo y Benjamín Vicuña Mackena, junto a la burguesía minera, liderada por los Matta y los Gallo; la mayoría de la intelectualidad orientada por Lastarria, Barros Arana e Isidoro Errázuriz; los trigueros y empresarios molineros del sur y el sector de conservadores que se habían pasado a la oposición.

Estas capas burguesas lograron el apoyo de vastos sectores del proletariado minero del Norte Chico y del carbón, de los artesanos formados en las filas de la Sociedad de la Igualdad, de campesinos de la zona centro-sur y de un importante núcleo de pueblos.

El contenido policlaista se reflejó en posiciones sociales que lograban predominar en cada región; en algunas provincias, la burguesía liberal mantuvo la conducción política y militar del movimiento; en otras, como Vaparaíso, Talca, San Felipe y el centro-sur, la burguesía liberal fue rebasada por la lucha urbana de los obreros y artesanos y las guerrillas de los campesinos, montoneros e mapuches.

Los periódicos oficialistas de la época testimonian la preocupación de la clase dominante por la propiedad privada puesta en peligro por los obreros, artesanos y campesinos. “El Correo del Sur” manifestaba en uno de sus artículos: “Los trabajos de las ricas y abundantes minas de Copiapó paralizados; los mineros han abandonado sus faenas y entregados al pillaje asolaron el puerto de Caldera, saqueando la ciudad de Copiapó. La inseguridad de las propiedades y de las vidas, expuestas al capricho de los revoltosos”.³¹

Los principales frentes de lucha fueron Copiapó, La Serena, San Felipe, Valparaíso, Rancagua, Curicó, Talca, Maule, Linares, Chillán, Concepción y la Frontera. Los revolucionarios emplearon como táctica militar la guerrilla rural en la zona central y sur, la guerrilla urbana en Valparaíso, San Felipe y Talca, y la guerra móvil y de posiciones en el Norte Chico, única zona donde la oposición logró formar un ejército regular. La guerra civil se prolongó desde comienzos de enero hasta mayo de 1859. En la zona de la Frontera, la rebelión mapuche se mantuvo durante todo el año 1859 y parte de 1860.

El Norte Chico fue una zona liberada políticamente desde enero hasta fines de abril de 1859. La burguesía minera, que había logrado el respaldo de los obreros, campesinos y artesanos, estableció una especie de Estado dentro del Estado, llegando a tener moneda propia. El ejército regular, financiado por la burguesía liberal minera, después de haber logrado algunos triunfos, como el de los Loros, fue finalmente derrotado en la batalla de Cerro Grande el 29 de abril.

En la provincia de Aconcagua, los artesanos de la ciudad de San Felipe, que habían pertenecido a la Sociedad de la Igualdad expropiaron las armas del cuartel. En San Felipe, no hubo, como en otras regiones, intervención tuvo allí un contenido popular y un respaldo masivo de las capas explotadas. La primera medida del Comité Revolucionario que se apoderó de la ciudad fue construir trincheras en previsión de un ataque gubernamental. Resistieron durante 14 días el sitio del ejército enemigo, dando pruebas de un heroísmo increíble, según la narración de varios testigos, como el escritor Ramón Lara.

En Valparaíso, Pedro Pascual Luján y el peluquero Valenzuela se pusieron al frente del movimiento, haciendo contactos con cabos y sargentos y organizando a los obreros y artesanos. El 28 de febrero, un grupo de jornaleros de los cerros Barón y San Francisco, encabezados por Horacio Manterola, inició la insurrección tratando de apoderarse de la Comisaría. Otro grupo de trabajadores, dirigidos por Bartolomé Riobó, atacó la Aduana, expropiando doscientos fusiles. Mientras tanto, los obreros fleteros peleaban con revólveres y puñales. Los insurrectos lograron prender fuego a la Independencia. El enfrentamiento armado no sólo se dio en las calles de Valparaíso sino también en los cerros, desde donde los trabajadores ofrecieron enconada resistencia al Ejército y a la Marinería, que había desembarcado para hacer frente a la insurrección. Al caer la tarde, el gobierno lograba doblegar la resistencia de los revolucionarios.

La rebelión de Valparaíso tuvo una sola jornada de lucha armada en la que sobresalieron los artesanos y los obreros fleteros y otros jornaleros. La ausencia de sectores burgueses liberales se explica porque el puerto era el asiento de una fuerte burguesía comercial y financiera que

respaldaba al gobierno conservador de Montt. Por otra parte, el gobierno contaba con el apoyo de las casa importadoras extranjeras, principalmente inglesas, ampliamente favorecidas con la política gubernamental.

En la zona central, desde Rancagua hasta Chillán hubo durante cuatro meses una guerra de guerrillas, apoyada en una base social compuesta por obreros agrícolas y pequeños propietarios. Los guerrilleros llegaron a apoderarse de ciudades, como Linares, Parral y Talca, donde con el apoyo de los artesanos lograron controlar la ciudad durante más de un mes.

Las guerrillas fueron encabezadas por José Miguel Carrera, hijo. Sus primeras incursiones fueron con obreros agrícolas y campesinos baqueanos de la zona de Peumo y Talagante. La guerrilla suburbana en Curicó, donde participaron artesanos, dirigidos por el periodista Manuel Méndez. La columna guerrillera, que a la sazón contaba con cuatrocientos hombres, incursionó sobre Teno, Rancagua y Rengo, pero fueron finalmente destrozados por Ejército en Pichigauo el 2 de mayo. José Miguel Carrera logró romper el cerco. Este notable guerrillero chileno, heredero de la tradición de lucha de su padre y de Manuel Rodríguez, que se batió en dos guerras civiles contra los conservadores, murió en Lima, olvidado por sus contemporáneos y casi ignorado después por los historiadores tradicionales. Su lucha junto a los artesanos y obreros mineros del Norte Chico, a los “libres” de Coquimbo y La Serena en 1851, y sus combates al lado de los campesinos en las guerrillas y montoneras de 1859, sólo podrán ser justificados en su verdadera dimensión en una nueva y fidedigna interpretación de nuestro pasado nacional.

En la ciudad de Talca, el obrero molinero Ramón Antonio Vallejos se puso al frente de un grupo de campesinos y artesanos, logrando apoderarse de la ciudad el 19 de enero de 1859, luego de tomar el cuartel cívico y policial. Un autor de la época señalaba: “Las fuerzas de Vallejos se componían de ciudadanos de todas las clases populares, de labradores, obreros, y artesanos, en número como de cien hombres. Momentos más tarde se aumentaron considerablemente con los voluntarios que corrieron a enrolarse en sus filas”.³²

Los empresarios molineros talquinos en un principio opositores al gobierno de Montt, pronto dejaron de apoyar al movimiento encabezado por Vallejos. La orientación revolucionaria de este caudillo, surgido en la lucha armada, y la composición social de su improvisado ejército, rebasaron los marcos de la mera oposición burguesa para transformarse en un embrión de poder popular. Según Encina, el líder Vallejos “hizo sentir su áspera dictadura a la altiva aristocracia talquina, sin distinción de bandos. Impulsó cupos de guerra al comercio y a los hacendados y se apoderó de cuanto necesitaba para organizar su ejército”.³³

El odio de clase contra el caudillo popular Vallejos respira por los poros de las añejas páginas de los periódicos burgueses de la época: “Los ciudadanos de una de la más importantes poblaciones de la República (Talca) están sometidos a la potencia omnimoda de un simple mayordomo de molino”.³⁴

Al europeo que escribió en la Revue des deux Mondes sobre los sucesos de Chile, tampoco se le escapó el alcance social y político del movimiento de Vallejos: “Con una ardiente actividad, los sublevados de Talca habían construido atrincheramientos y abiertos fosos. Eran mandados por Ramón Vallejos, quien había impuesto de la misma manera que a otras personas respetables por sus fortunas, onerosas subvenciones para los gastos de guerra. Nadie podía dejar la ciudad sin haber pagado antes una cantidad que variaba arbitrariamente según la posición de los que emigraban”.³⁵

El ejército gubernamental, al mando del general Manuel García, inició el sitio de Talca el 7 de febrero. Los revolucionarios resistieron hasta el 22 del mismo mes. El vilipendiado obrero molinero Vallejos murió en pleno campo de batalla a raíz de gangrena, provocada por una herida de bala en la pierna. Termina así, después de un mes y medio de lucha, una insurrección armada de

carácter inequívocamente popular que en el transcurso del combate fue generando un poder dual que cuestionó la propiedad privada y el orden capitalista. El gobierno burgués, consciente de este peligro, concretó poderosas fuerzas militares para arrancar de cuajo el nuevo poder popular insurgente. El movimiento revolucionario talquino de 1859 puede ser considerado como una de las más importantes insurrecciones populares armadas del siglo XIX.

En la zona de Concepción, los sectores liberales no eran tan fuertes como en 1851. No obstante, intentaron el asalto de dicha ciudad y de Talcahuano, dirigidos por el líder liberal Juan José Alemparte. También tuvo destacada participación la valiente periodista Rosario Ortiz “la monche”, que había vuelto a ocupar un puesto de combate, como en el proceso revolucionario de 1851. Ahora no sólo colaboraba con su pluma en el periódico “Amigo del Pueblo” sino que se le otorgó el grado de Capitán del ejército revolucionario, donde “instruía a los soldados como un aventajado veterano. Con las fuerzas revolucionarias de Juan Alemparte atacó Concepción y le cupo disparar el primer cañonazo contra las tropas del gobierno”.³⁶

Una diferencia entre el proceso revolucionario de 1851 y el de 1859 en la zona de Concepción fue la participación en este último del incipiente proletariado minero de Lota y Coronel. En febrero de 1859 se incorporaron 500 mineros del carbón al proceso revolucionario cuando la compañía de infantería sublevada en Arauco por el sargento José Carrosa entró a Coronel.

El gobernador de Lautaro, Pascual Ruiz, en comunicación al Intendente de Concepción destacaba los méritos de José Antonio Monsalves, vecino de Lota, por haber definido el orden en la revolución de 1859, “contribuyendo a desbaratar a las montoneras y la insurrección de los trabajadores de los minerales del carbón”.³⁷

El periódico penquista El Correo del Sur comentaba: “El motín de Lota no sólo es un hecho inconcebible y sin disculpa, ni antecedente alguno. Teniendo noticia que los peones del establecimiento de don Matías Cousiño se iban a insurreccionar para el último 18, se tomaron las prevenciones; el día 18 como 400 peones, armados de garrotes, se lanzaron, no pudiéndoles hacer frente asaltaron todas las casa comerciales, llevándose las cosas; al otro día pensaban en unión con los de Coronel y Playas Negras, saltar a los vecinos de ese pueblo”.³⁸

Paralelamente a estas rebeliones obreras, en una zona cercana a las minas del carbón operaba en 1859 la montonera de Patricio Silva, cuyo centro de operaciones era Arauco. En abril de 1859, El Correo del Sur señalaba que “los huasos de Arauco no quieren entrar en la senda tampoco. Robos hechos por vagos que han abandonado las pequeñas poblaciones para entregarse al socialismo y comunismo prácticos”.³⁹

En síntesis, durante las guerras civiles de 1851 y 1859 hubo una relevante participación del proletariado incipiente, en algunos casos apoyando a la burguesía liberal y en otros adoptando una independencia de clase que, junto a los artesanos, campesinos e intelectuales de izquierda, llegó a la toma transitoria del poder en Copiapó (1851) y Talca (1859), y a la ocupación de minas y fundos, cuestionando la propiedad privada capitalista y el orden burgués, por primera vez en la historia de Chile.

CAPITULO II

EL PERIODO DE CONSOLIDACION DEL PROLETARIADO MINERO

El estudio de la época denominada “República Liberal” –que nosotros preferimos denominar “Ascenso y Declinación de la burguesía minera”- muestra un sostenido crecimiento económico porque además del auge salitrero y del incremento de las explotaciones de cobre, la producción agropecuaria alcanzó niveles más altos que en los mejores años de la demanda californiana y australiana.

En este período (de 1860 a 1900) cambió la geografía y economía de Chile con la conquista de las provincias de Tarapacá y Antofagasta y con la incorporación a la producción de vastos territorios de la zona sur, luego de la derrota del último levantamiento araucano y de la colonización de la Frontera. Llanquihue y Magallanes. A partir de 1880, se aceleró el intercambio comercial entre el norte y la región centro-sur, alcanzándose por primera vez la integración económica nacional.

La población aumentó de 1.819.223 habitantes en 1865 a 2.527.320 en 1885. La población urbana creció de un 25% en 1865 a 42% en 1885.

Para evaluar la importancia de las nuevas zonas conquistadas, a raíz de la Guerra del Pacífico, basta señalar que el Norte Grande, con su producción salitrera, se convirtió en el principal sector de la economía, proporcionando por derechos de exportación más del 50% de las entradas del fisco. La región de la Araucanía se constituyó en el nuevo granero de Chile, mientras que en Magallanes comenzaba la explotación de la oveja en gran escala.

La explotación de las nuevas regiones integradas a la economía nacional se hizo signos inequívocamente capitalistas, determinó el surgimiento de un fuerte proletariado en el salitre y de importantes núcleos obreros agrícolas en Magallanes y en la Araucanía. Mientras tanto, en las zonas de lo que podríamos llamar el “Chile antiguo”, es decir, de Copiapó a Concepción, se habían generalizado capitalistas no sólo en las empresas mineras de cobre y plata, sino también en algunas haciendas de la zona central, en la industria molinera y en las nuevas explotaciones de viña.

Entre 1860 y 1900, el sector burgués más dinámico fue el minero, como resultado de la intensiva explotación del cobre, que convirtió a Chile en el primer productor mundial, y fundamentalmente del significativo crecimiento de la producción de salitre. La burguesía minera, en pleno proceso de expansión, promovió el desarrollo de la industria fundidora de cobre e invirtió cuantiosos capitales en las explotaciones salitreras.

La burguesía minera en ascenso exigió una mayor participación en el control del aparato del Estado. Sectores importantes de los partidos Liberal, Nacional y Radical, íntimamente ligados a los intereses de la burguesía minera, lograron contrarrestar la influencia decisiva que hasta 1860 tenían en el gobierno los conservadores. El papel preponderante de los terratenientes en el control del Estado hizo crisis en la segunda mitad del siglo pasado. A partir de la década 1860-70, los gobiernos representarán no sólo los intereses de los terratenientes sino también los de la burguesía minera, comercial y financiera.

Este ascenso de la burguesía minera al gobierno no significa el triunfo de la burguesía sobre la aristocracia “feudal”, sino el resultado de un acuerdo entre fracciones de la clase dominante para evitar nuevas guerras civiles, como las de 1851 y 1859.

Algunos autores, como Hernán Ramírez Necochea y José Cademártori, partiendo del supuesto de que el capitalismo chileno surgió recién en la segunda mitad del siglo XIX, han sacado

la conclusión de que a partir de esta época se inaugura el régimen burgués, como producto, suponemos de una trasnochada toma del poder por la burguesía. Estos autores confunden el desarrollo capitalista de la segunda mitad del siglo pasado con el origen del capitalismo chileno, que a nuestro modo de entender se remonta al último siglo de la colonia.

El ascenso de la burguesía minera al poder no produjo cambios sustanciales en la política económica. Se continuó fomentando la economía de exportación y libre cambio, reforzándose los lazos de dependencia respecto de las metrópolis. Los gobiernos liberales distribuyeron los ingresos fiscales en obras de infraestructura que favorecieron tanto a los empresarios mineros como a los terratenientes. El excedente económico y los crecientes ingresos fiscales, provenientes del salitre, permitieron satisfacer los intereses de los distintos sectores de la clase dominante.

Las leyes de los gobiernos liberales sobre matrimonio civil, cementerios laicos, ampliación del derecho a sufragio y otras libertades públicas, tuvieron un carácter progresivo y significaron una modernización del Estado burgués; pero limitadas al plano superestructural político y religioso no produjeron cambios significativos en la estructura socio-económica de la nación.

El proceso de expansión del capitalismo nacional agro-minero exportador estaba limitado por la dependencia respecto de las metrópolis europeas y por la incapacidad de la burguesía criolla para acelerar el proceso de reproducción ampliada del capital. En lugar de reinvertir la renta minera y agraria en el desarrollo de la industria nacional, la burguesía se llevó gran parte de los capitales a Europa, invirtiéndolos en actividades especulativas. Antes que realizar un plan de inversiones propias para una capitalización autosostenida de sus empresas, las fracciones de la clase dominante prefirieron centrar sus esfuerzos en la pugna por el reparto de las entradas fiscales, en la disputa por el control del aparato del Estado para lograr una redistribución de los ingresos del fisco en beneficio de sus estrechos intereses de clase.

El proceso de acumulación de capital, que hasta 1880 era de carácter nacional, experimentó un cambio cualitativo con la penetración del capital financiero extranjero en los prolegómenos de la era imperialista. La inversión de capital foráneo en el salitre durante la década 1880-90 significó el inicio de la declinación de la burguesía minera. Las riquezas nacionales comenzaron a pasar a manos de los empresarios extranjeros, especialmente ingleses, acelerándose el proceso de semicolonización de Chile. La derrota del proyecto político nacionalista del presidente Balmaceda en la guerra civil de 1891 produjo una acentuación del proceso de conversión de Chile en semicolonía inglesa.

LAS SOCIEDADES MUTUALES

Durante la segunda mitad del siglo XIX hubo un desarrollo masivo del artesanado como consecuencia del crecimiento de las ciudades. Los requerimientos de la población urbana determinaron el surgimiento de numerosas sastrerías, zapaterías, talabarterías, herrerías, panaderías, etc...

El Censo de 1875 registró 50.114 artesanos y el de 1885 más de 320.000. Los artesanos se organizaron en Sociedades Mutuales. Se ha considerado a la Unión de Tipógrafos, fundada en 1851, como la primera sociedad de artesanos. Sin embargo, se sabe de la existencia de la Asociación de Artesanos de 1828 y la Sociedad de Artesanos de 1847. Durante la década de 1850 y 1860 se fundaron numerosas sociedades mutuales en Santiago, Valparaíso, Concepción, La Serena y otras ciudades. En 1879 había 60 sociedades mutuales.

Si bien cierto que en el siglo pasado existió una estrecha relación entre el proletariado y el artesanado, no debe identificarse, como han hecho algunos autores, la organización artesanal con la del movimiento obrero. En rigor, los artesanos, dueños de pequeños talleres, formaban parte de los sectores medios. Su ideología era pequeño burguesa. El mutualismo era un movimiento reformista, influenciado en parte por algunas ideas prouhdonianas. No planteaba el cambio del sistema sino mejoras dentro del sistema. Los artesanos únicamente trataban de defenderse del gran capital mediante el cooperativismo, el fenómeno del ahorro y las sociedades de socorros mutuos.

Los objetivos de las sociedades mutuales estaban limitados a dar beneficios en caso de enfermedad, jubilación y muerte, como consta en los Estatutos de la Unión de Tipógrafos y otros que hemos consultado.

El mutualismo contribuyó a agrupar a los trabajadores para discutir sobre problemas sociales e inculcarles los principios elementales de organización. Sin embargo, su ideología retardaba el pleno desarrollo de la conciencia de clase proletaria. A principios del siglo XX, el proletariado chileno logró superar los estrechos marcos del mutualismo al fundar organizaciones de clase, como las Mancomunales.

La ideología pequeño burguesa del mutualismo se refleja en las posiciones de su principal exponente: Fermín Vivaceta. Fundador de la Sociedad de Socorros Mutuos en 1862, se inició como ebanista y llegó a ser arquitecto. Promovió la creación de cooperativas de consumo y la formación de bibliotecas y escuelas vespertinas invitando en calidad de expositores a ideólogos de la burguesía liberal, como Vicuña Mackena, Lastarria, Francisco Valdés Vergara. Había una estrecha relación entre los dirigentes del mutualismo y los teóricos de los partidos liberal y radical. Un discurso pronunciado por Vivaceta en 1877 expresa inequívocamente la ideología reformista del principal líder del mutualismo: “El laborioso obrero, el honrado comerciante, el activo industrial y el acaudalado capitalista, todos encuentran en el sistema societario la fuente inagotable que derrama recursos para mejorar la condición del pobre y acrecentar la fortuna del rico. El espíritu de asociación establece relaciones entre todas las clases de la sociedad”.⁴⁰

Una de las principales preocupaciones de los artesanos fue impulsar leyes proteccionistas para la defensa de sus intereses profesionales. Ante la entrada indiscriminada de manufactura extranjera, que hacía competencia a ciertos productos nacionales elaborados en los talleres artesanales, el movimiento mutualista se puso a la cabeza de la lucha por el proteccionismo. Los artesanos organizaron en 1877 una gran concentración a la que asistieron más de 1.000 personas, donde pidieron la reforma de la Ordenanza de Aduanas en un sentido claramente proteccionista y nombraron “un Comité” que presente esas bases al gobierno y lo excite para que proteja la industria”.⁴¹

En el plano político, los principales dirigentes del mutualismo estaban conectados con las logias masónicas y eran miembros del Partido Radical o Liberal. Algunos líderes, como Juan Agustín Cornejo, contribuyeron en 1887 a la formación del Partido Democrático, cuyo programa expresó con mayor fidelidad la ideología reformista del mutualismo.

EL MOVIMIENTO OBRERO

Durante la segunda mitad del siglo XIX se produjo un significativo aumento del proletariado como consecuencia del desarrollo de las relaciones de producción capitalistas en diversas áreas de la economía. El hecho más relevante fue el afianzamiento del proletariado minero en las explotaciones de plata y cobre y, fundamentalmente, en el salitre. Hubo también un aumento del número de obreros ferroviarios y de trabajadores agrícolas. A fines del siglo, surgieron nuevas capas obreras en el campo, en la zona sur, a raíz de las explotaciones ganaderas de Magallanes y del desarrollo de los aserraderos en la región de la Frontera. Asimismo, entre 1870 y 1900 surgieron los primeros núcleos del proletariado industrial.

Aunque no existe una estadística completa, hemos logrado, a través de diversas fuentes, estipular que el número de obreros sobrepasaba los 100.000, entre los cuales se destacaban más de 30.000 obreros en las minas de plata y cobre, según Ignacio Domeyko en 1875. Enrique Concha y Toro, en su “Estudio sobre el carbón fósil”, en 1874, señalaba la existencia de 6.415 trabajadores del carbón. El proletariado salitrero aumentó de 2.848 en 1880 a 13.060 en 1890. Los obreros portuarios y marítimos, según “El Ferrocarril” del 25 de febrero de 1874, suman cerca de 10.000. El número de obreros fabriles de la pequeña y mediana industria fluctuaba entre 5.000 y 10.000 en 1890. Los ferroviarios, incluidos los carrillanos, que trabajaban en la construcción de vías férreas, eran más de 10.000.

Los salarios variaban entre 20 centavos y un peso diario. En las minas, los barreteros ganaban un poco más. Se trabajaba a destajo y por jornada. Los patrones demoraban, a veces, dos y tres meses fichas en el pago de los salarios, entregando fichas o vales solamente canjeables en las pulperías de las propias empresas.

La huelga –como arma de los trabajadores para enfrentar los abusos patronales, el mal trato y los bajos salarios- se generalizó en la segunda mitad del siglo pasado.

Es necesario distinguir entre las huelgas de los obreros y la huelgas promovidas por los dueños de los pequeños talleres artesanales. Hacemos esta diferenciación porque algunos investigadores han cometido el error de incluir en un mismo listado las huelgas de los artesanos propietarios con las del proletariado.

A la vanguardia del movimiento obrero durante las décadas de 1860 y 1870 estuvieron los obreros del cobre y, posteriormente, los del salitre, portuarios y obreros de la construcción. Los movimientos huelguísticos alcanzaron su apogeo entre 1884 y 1890.

Las principales luchas del proletariado salitrero se produjeron en Sierra Gorda (Antofagasta) y Mejillones en 1884, Santa Rosa de Huara (Iquique) en junio de 1888, Mina Paniso en 1889. Los obreros del cobre y la plata realizaron movimientos en Copiapó en marzo de 1888, mina Rodeito en febrero de 1889, y fundición de cobre de Guayacán, la más importante del país, en diciembre de 1889.

Los trabajadores del carbón efectuaron huelgas en septiembre de 1887 en Coronel y en septiembre de 1888 se rebelaron en Lota. El periódico “La Libertad Electoral” informaba que las turbas “asaltaron y tomaron el cuartel de policía que destrozaron y trataron de incendiar. No lo consiguieron sino en la parte destinada a caballerizas; atacaron las casa de comercio de Waldner y Copelli las que desvalijaron por completo”.⁴²

Las huelgas de los jornaleros de los puertos, especialmente del Norte, eran temidas por la burguesía porque dejaban paralizados los embarques de salitre. Hernán Ramírez⁴³ ha registrado las huelgas de los lancheros de Pisagua en septiembre de 1885, de los fleteros de Iquique en 1886, de los lancheros de Iquique en mayo de 1887, de los jornaleros de Pisagua en junio de 1887, de los jornaleros de Iquique en septiembre de 1887, de los fleteros de Arica en enero de 1888, de los

jornaleros de Pisagua en septiembre de 1889 y de los obreros de Playa Blanca (Antofagasta) en noviembre de 1889. Un diario burgués informaba sobre el movimiento de septiembre de 1887 en Iquique: “El gremio de jornaleros se declaró en huelga hoy negándose sus miembros a trabajar, mientras permanezca a su cabeza el comandante actual. La generalidad del pueblo simpatiza con los huelguistas. Movimiento en la aduana completamente paralizado y acusando grandes pérdidas a los comerciantes y productores de salitre”.⁴⁴

Los ferroviarios y carrilanos realizaron huelgas en Santiago en julio de 1888, en Caldera y Copiapó en enero de 1889, en Laraquete en marzo de 1889, en Talca y Constitución en abril de 1889, en Los Angeles en mayo de 1889, en Huasco en junio de 1889 y en Concepción en diciembre de 1889.

Los obreros de los talleres artesanales también realizaron huelgas importantes. Algunas, como las de los operarios de panaderías, se extendieron a varias provincias entre julio y agosto de 1888. “La Libertad Electoral” del 21 de julio y “El Herald” de la misma fecha comentaban: “Hoy termina el plazo dado por los trabajadores a los dueños de panaderías. Si no se les aumenta el salario siguen la moda de estos tiempos, se declaran en huelga”.⁴⁵

Los trabajadores de varios diarios de Santiago y Valparaíso realizaron combativas huelgas en julio de 1888. Los cajistas, a los cuales se les pagaba por el mil de letras, se pusieron a la cabeza del movimiento. “En la mañana de hoy –comentaba un periódico- los tipógrafos de esta imprenta se resistieron a trabajar. Para hacerlo pedían se les asegurara un jornal de treinta centavos por el mil de letras en lugar de veinticinco que se les pagaba. Igual cosa ha sucedido en otros diarios. Habían pedido en la semana pasada aumento de un 40% sobre sus salarios a los diarios de la mañana y 20% a los de la tarde”.⁴⁶ La huelga terminó cuando los patrones aceptaron pagar 27 centavos y medio por el mil de letras. A la semana siguiente, se declararon en huelga los “canillitas”, vendedores de “El Mercurio” de Valparaíso, exigiendo que se les vendiera el diario a tres centavos en vez de cuatro.

La “Revista Económica”, dirigida por el conservador Zorobabel Rodríguez, hizo un balance de las huelgas de 1888, caracterizándolas de comunistas y presentándolas como el “fenómeno del año: los optimistas, los satisfechos han declarado entre sonrisas que el malestar económico no existía en esta Arcadia que se llama Chile, y que las visiones lúgubres habrían desaparecido por completo, cediendo su puesto a graciosas nubes de oro azul. Otros ánimos han pensado, por el contrario, que el movimiento comunista no había desaparecido, sino simplemente abortado, y que si no se deseaba verlo en adelante viable y robusto, era menester reflexionar seriamente e impedir su nueva aparición”.⁴⁷

El movimiento huelguístico alcanzó su culminación en 1890. Marcelo Segall ha sido el primer investigador de este proceso huelguístico. El movimiento de 1890 puede caracterizarse como una huelga general escalonada que comenzó en el Norte y se extendió hasta la zona de Concepción. En rigor, no fue una huelga general simultánea en todo el país, sino una serie de huelgas ininterrumpidas por gremios y provincias.

Los motivos de la huelga fueron aumentos de salarios, supresión de la ficha salario, pago del salario en moneda de plata en lugar de papel moneda para contrarrestar la inflación y mejores condiciones de trabajo.

Los lancheros de Iquique iniciaron la lucha el 2 de julio de 1890 con una concentración de 5.000 personas. El 4 de julio de 1890, “El Mercurio” publicaba un telegrama recibido de Iquique: “Graves desórdenes en Iquique. Choque de la tropa y bomberos con el populacho, 38 heridos. La huelga de los lancheros y trabajadores toma proporciones inmensas. Grupos numerosísimos recorren las calles atajando los coches y vehículos impidiendo todo trabajo. El gremio de los jornaleros, que también toma parte en la huelga, exige el pago de sus sueldos en plata”.⁴⁸ La huelga

se extendió el 17 de julio a toda la provincia de Tarapacá, a las oficinas de San Donato, Ramirez, Tres Marías, Sacramento, San José, Peña Chica, Constancia, Mercedes, Rosario, etc, abarcando a unos 10.000 obreros de las salitreras y a los portuarios de Pisagua. Los obreros expropiaron las pulperías y cortaron las vías del ferrocarril de Iquique para impedir la llegada de tropas. Las fuerzas represivas mataron a varios trabajadores. El 16 de julio se plegaron los portuarios de Arica.

El 11 de julio estalló el paro en Antofagasta, encabezado por los ferroviarios. Las manifestaciones, que llegaron a contar con 3.000 huelguistas en esta ciudad, fueron reprimidas por el Ejército, registrándose numerosos muertos y heridos.

El 21 del mismo mes comenzó la huelga en Valparaíso. Los obreros de la Compañía Sudamericana de Vapores se pusieron al frente del movimiento, recibiendo de inmediato el apoyo de los portuarios y panaderos. En la tarde de ese día, casi todos los trabajadores de Viña del Mar y Valparaíso estaban en huelga. El ataque de las fuerzas represivas culminó en la masacre de 12 muertos y 500 heridos. El balmacedista Julio Bañados señalaba que los trabajadores “pretendían que se les pagara en plata o su equivalente en billetes y la supresión definitiva del 25% que se descuenta a los jornaleros por derecho a muellaje y el 12% para la Caja de Ahorros (...). Los huelguistas se derramaron por la ciudad en pequeños grupos y saquearon siete casas de prendas, treinta despachos, tres almacenes de provisiones, una tienda, una fábrica de fideos, una de galletas, una carnicería, una panadería, un café y una cigarrería. La policía y la tropa de línea, en defensa de la propiedad, se vio obligada a hacer uso de la fuerza, por cuya razón hubo 12 muertos y muchos heridos”.⁴⁹ A pesar de la represión, la huelga de los obreros lancheros, jornaleros, panaderos y mecánicos continuó varios días.

El movimiento huelguístico se extendió durante el mes de julio de 1890 a Santiago, Quillota, Talca Lota y Coronel. Según algunos autores, el presidente Balmaceda habría intentado frenar la represión siendo el motivo principal por el cual los trabajadores no lo respaldaron con ocasión de la guerra civil desencadenada por los reaccionarios y pro-imperialistas seis meses después del movimiento obrero de 1890, que se inscribe en la historia social de Chile –y quizá de América Latina- como la primera huelga de carácter general.

La huelga de 1890 fue netamente proletaria. Abarcó a miles de obreros que por primera vez lograron coordinar un movimiento huelguístico de alcance nacional. La experiencia de lucha adquirida por las nuevas capas obreras forjó una conciencia de clase que, a principios del siglo XX, se, traduciría en la creación de las Mancomunales, antesala de la FOCH (Federación Obrera de Chile).

Otra relevante expresión de combatividad de los explotados fue la lucha callejera desencadenada en Santiago, a raíz del mitin del 20 de abril de 1888, convocado por el recién fundado Partido Democrático para protestar por el alza de las tarifas tranviarias. La manifestación alcanzó a reunir unos 6.000 participantes. La intransigencia de la empresa, perteneciente a Eduardo Matte y Agustín Edwards, obligó a convocar a una nueva concentración en la Alameda el 29 de abril. Los trabajadores incendiaron varios tranvías y se apoderaron de las calles de Santiago hasta que el Ejército los hizo replegarse. La prensa burguesa comentaba: “Extraño aspecto presentaba la Alameda poco después de las 5. De trecho en trecho se veían hogueras apagadas, minas y espirales de humo. Las pobladas se habían reunido otra vez después de ejecutar sus hazañas (...). Toda la tropa se desplegó en guerrilla a lo largo de la Alameda para repeler a la gente que a medida que avanzaba la noche aumentaban en número”.⁵⁰

La mayoría de los periódicos burgueses acusó de demagogos a los dirigentes. Otros se dieron cuenta de que las protestas de los explotados obedecía a profundos problemas sociales; en este sentido, “El Estandarte Católico” comentaba: “Los violentos ataques contra la propiedad que ha presenciado la capital de la República suministran material abundante de reflexiones a los hombres

pensadores (...). En estas manifestaciones violentas de furor popular se ve algo más que un arrebato momentáneo: se ven los primeros síntomas del socialismo, que al presente hace estragos en casi todos los países europeos, y que hasta hoy había sido en Chile planta exótica que parecía no hallar aquí tierra en que arraigarse. Los sucesos de ayer son manifestaciones de descontento de la clase proletaria contra los dueños de la fortuna”.⁵¹

Esta manifestación de abril de 1888 puede caracterizarse como la primera expresión de lucha callejera moderna de las nuevas capas obreras de la ciudad. A partir de esa época, las luchas callejeras serán en la historia social de Chile una de las armas principales de combate de los explotados.

En estas luchas participaron los primeros núcleos del proletariado industrial. A mediados del siglo pasado comenzaron a crearse algunas industrias, que eran más que simples talleres artesanales. La fecha de fundación de las principales fundiciones fue la siguiente: Balfour Lyon y Cía. (1846), Klein (1851), Lever, Murphy y Cía (1860), San Miguel (1870), Libertad (1877). Las fábricas textiles de Bellavista Tomé y El Salto se crearon en 1865 y 1870 respectivamente. Durante las décadas de 1860 y 1870 se fundaron las principales fábricas de cerveza, fideos, imprentas, mueblerías, etc...

Durante la Guerra del Pacífico y bajo el gobierno de Balmaceda se crearon nuevas industrias. Algunas empresas, como Lever y Murphy empleaban cerca de 700 obreros. La fundición Balfour y Cía. Tenía 300 obreros. La carrocería Bower, Hardie y Cía. Daba trabajo para 180 operarios. En la fundición Klein trabajaban 200 obreros, en la cervecería Ebner 300 y en la de Gubler y Cousiño 400. En la fábrica textil Bellavista Tomé trabajaban 165 personas entre hombres y mujeres. En síntesis, durante el período 1860-1900 se produjo el surgimiento de las primeras industrias y la proliferación de talleres artesanales, proceso que dio lugar a la formación de una burguesía industrial embrionaria, de vastos sectores medios representados por los dueños de talleres artesanales y, fundamentalmente, de los primeros núcleos del proletariado industrial.⁵²

El proletariado rural, que había surgido a fines de la Colonia, se consolidó durante la segunda mitad del siglo XIX. Un cierto desarrollo de la burguesía agraria permitió consolidar relaciones de producción capitalistas en algunas regiones del país. A pesar de su crecimiento, el número de obreros agrícolas seguía siendo inferior al total de inquilinos, medieros y pequeños proletarios, que constituían la principal base del régimen de explotación agrario.

El desarrollo de las modernas empresas agrícolas facilitó un progresivo aumento del proletariado rural, especialmente en los fundos de la zona central, en la industria molinera, en la colonización de la Araucanía y en las empresas ganaderas de Magallanes. A los patrones les resultaba más conveniente contratar afuerinos para los períodos de siembra y cosecha que aumentar el número de inquilinos, porque además de ser una mano de obra barata y eventual se ahorran el trabajo de temporada, los afuerinos eran despedidos de los fundos. Los afuerinos constituían el ejército agrario de reserva de mano de obra del cual disponían los terratenientes. En un artículo escrito en 1884, Augusto Orrego Luco manifestaba: “Desde hace cuarenta o cincuenta años, principió a aparecer el peón forastero, esa masa nómada, sin familia, sin hogar propio, sin lazo social, que recorre las haciendas en busca de trabajo”.⁵³

Otro sector del proletariado rural estaba constituido por los obreros permanentes o estables. Su número era inferior al de los afuerinos. Trabajan especialmente en la industria molinera y en las haciendas de mayor desarrollo capitalista. En algunas empresas, como la de San Regis en Aconcagua, había 120 obreros permanentes de un total de 200 trabajadores. En la hacienda Viluco trabajaban “doscientos peones sedentarios”.⁵⁴

En el “Manual del Hacendado Chileno” Manuel José Balmaceda recomendaba en 1875 a sus colegas terratenientes la forma más adecuada para explotar a los peones o gañanes: “el peón que salga al trabajo después de salido el sol, o no se admite aquel día o se le castiga rebajándose la tercera o cuarta parte del jornal según la hora a que haya llegado (...). A los peones que trabajan por día se les dará media hora para comer; a los que trabajan por tarea una hora”.⁵⁵

Los salarios fluctuaban entre 0,25 y un peso diario. Los patrones se vieron obligados a aumentar los salarios a partir de la década de 1870 para retener la mano de obra que emigraba de los campos hacia las salitreras y otros centros mineros. Augusto Orrego calculaba en 1884 que la “corriente de emigración arrastra anualmente por lo menos 26.333 obreros de la zona central de la República. Esa enorme sustracción disminuye la oferta de trabajo y tiende a levantar el nivel de los salarios”.⁵⁶ El extraordinario plan de obras públicas emprendido por el gobierno de Balmaceda aceleró la corriente migratoria, agudizando la escasez de mano de obra agrícola.

Algunas fuentes de la época revelan la existencia de movimientos reivindicativos de los trabajadores agrícolas. En una carta dirigida al presidente de la Sociedad Nacional de Agricultura, el terrateniente Francisco Echaurren manifestaba en 1870 que los peones agrícolas son “los que fijan con sus exigencias y movimientos en todas las provincias el salario que se les abona”.⁵⁷

En 1880, el Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura recomendaba mejorar las condiciones de vida del campesino “para contarrestar con ejemplos irrecusables la propaganda socialista”.⁵⁸ Es sugerente también una observación de Luis Sada, encargado de redactar un proyecto de Código Rural en 1853: “Aunque las coaliciones de los proletarios para conseguir forzosamente la reducción en los salarios de los trabajadores, es caso que no puede suceder sino raras veces en Chile adonde faltan brazos, sin embargo las leyes deben prever dicho caso, principalmente por lo que respecta a la coalición de los trabajadores hacia el proletario para conseguir forzosamente aumento de salario. Dicha coalición, llamada ordinariamente leona, que viene a interrumpir con mucho perjuicio nuestras operaciones agrícolas merece ser reprimida con severas disposiciones”.⁵⁹

Aunque estos datos aislados no permiten sacar conclusiones más concretas sobre la dinámica de las luchas campesinas de la segunda mitad del siglo XIX, constituyen indicadores de un cierto proceso de movilización de los trabajadores agrícolas por sus reivindicaciones más inmediatas.

EL PENSAMIENTO SOCIAL Y LAS PRIMERAS ORGANIZACIONES OBRERAS

El Partido Democrático, fundado por Malaquías Concha en 1887, fue el primer partido pequeño burgués reformista, que expresaba los intereses del artesanado, de algunos estratos medios y, en forma distorsionada, las aspiraciones del proletariado. Existían, asimismo, instituciones de carácter reformista, como la Sociedad Unión Republicana del Pueblo, fundada en Santiago a fines de 1864 por Ambrosio Larracheda, antiguo igualitario; la Sociedad Republicana “Francisco Bilbao”, fundada en Valparaíso en 1873; el Club Obrero creado en 1873 en Santiago. Estos organismos abrieron bibliotecas populares, cooperativas y centros culturales, a los cuales concurrían artesanos y obreros. Algunos investigadores tienen la tendencia a otorgar un carácter socialista a estas instituciones, así como han magnificado las ideas de los pensadores sociales de la época. Se ha llegado a caracterizar a Martín Palma y Jenaro Absolo de socialistas utópicos, cuando en realidad expresaban pensamientos reformistas. Ramón Picarte estuvo más cerca del socialismo utópico al preconizar en 1866 la creación de un falansterio en Chillán, inspirado en las ideas de Fourier.

La Iglesia Católica y el Partido Conservador, rivalizando con la masonería, que tenía influencia en el artesanado, trataron de desviar a los trabajadores de la lucha social revolucionaria, organizando “círculos obreros”. El 7 de mayo de 1878, el Arzobispado de Santiago aprobó los Estatutos de la Asociación Católica de Obreros. La posición antisocialista de la Iglesia fue crudamente expuesta por el Arzobispo Mariana Casanova en mayo de 1891: “Hace ya tiempo que se notan en Chile manifestaciones socialistas que revelan la existencia de gérmenes malsanos en el seno de nuestro pueblo (...). Hemos visto con dolor y profunda extrañeza que se han estado propagando por la prensa diaria doctrinas socialistas y empleando como recurso político el azuzamiento del pueblo contra los ricos (...). Procuraremos contrarrestar y extirpar de nuestro pueblo los gérmenes que hayan sembrado en él manos temerarias y corruptores, poniendo en práctica los consejos que se contienen en la Encíclica del Papa León XIII”.⁶⁰

El primer núcleo marxista de Chile fue organizado por adherentes a la Primera Internacional. Marcelo Segall, apelando al testimonio de José Ingenieros, sostiene que un grupo de revolucionarios llegados de Europa creó en Chile una seccional de la Primera Internacional: “en 1881 un núcleo reducido de militantes fue a Chile y poco tiempo después comunicaron a la Federación del Uruguay la organización de dos seccionales en Valparaíso y Santiago”.⁶¹

Hacia fines del siglo pasado, algunos sectores de vanguardia conocían ciertos fundamentos del marxismo. En 1892, un manifiesto de la Sociedad Marítima de Socorros Mutuos de Valparaíso señalaba: “No olvidéis las palabras del gran socialista Karl Marx: la gente de trabajo en todas partes del mundo debe ser hermana. Ellas deben hacer causa común con los demás. Ellas tienen un mundo que ganar o sólo las cadenas de la esclavitud que perder”.⁶²

Alejandro Escobar Carvallo, uno de los más destacados dirigentes del movimiento obrero, citaba a Marx en un artículo de “El Proletariado” del 10 de octubre de 1897: “La conquista del poder no se hará por la guerra de cada explotado, sino por la científica aplicación combinada de las leyes naturales de Carlos Darwin con las leyes económicas de Carlos Marx”.⁶³

A fines del siglo XIX estaban ya constituidas las primeras organizaciones socialistas proletarias. En 1896, se fusionaron la Agrupación Fraternal Obrera y el Centro Social Obrero, que publicaba el periódico “El Grito del Pueblo”, dando nacimiento a la Unión Socialista que luego adoptó el nombre de Partido Socialista de Chile, de efímera existencia. En 1899 se fundó el Partido Obrero Socialista Francisco Bilbao. Algunos de sus dirigentes se pasaron a las filas anarquistas, movimiento que ya hacía oír su voz a través de los periódicos “El Pueblo” y “El Jornal”, en los que colaboraron el poeta Carlos Pezoa Véliz y otros luchadores sociales de la época.

Uno de los primeros periódicos obreros, “El Proletario”, en un artículo firmado por A. Araya M., condensaba las aspiraciones de los revolucionarios chilenos del siglo pasado: “Sí, Revolución Social, es la que todos los pueblos persiguen, porque es una necesidad que se impone a toda otra para atacar de frente al monstruo absorbente de la burguesía (...). Unámonos todos como un solo hombre para rechazar esta sociedad explotadora. Viva el Socialismo! Viva la Revolución Social!”.⁶⁴ Lenta, pero firmemente, la conciencia política de clase comenzaba a expresarse en estos primeros embriones de la vanguardia obrera chilena.

CAPITULO III **LA ERA DE LA INDEPENDENCIA DE CLASE**

De 1900 a 1938 se acentuó el proceso de semicolonización del país. Las riquezas nacionales, en poder de la burguesía criolla durante el siglo XIX, pasaron a manos del capital

financiero extranjero . El imperialismo inglés, primero, y el norteamericano, después, se apropiaron del salitre y del cobre, las principales riquezas de Chile.

A nuestro juicio, este período de enajenación de la economía nacional debe de nominarse “la semicolonía inglesa a semicolonía norteamericana”. Esta calificación, que expresa con mayor rigurosidad el nuevo carácter de la dependencia, nos permite definir con precisión los alcances de la transformación de Chile en un país semocolonial.

El imperialismo inglés se apropió del enclave salitrero, que proporcionaba el 81% del total de las exportaciones, convirtiendo al Norte Grande en una cuasi factoría. El excedente económico de esta “era del salitre” fue en gran medida apropiado por las empresas extranjeras. La parte restante quedó en manos del Estado y de la burguesía criolla, que se beneficiaron de los altos ingresos fiscales provenientes de los derechos de exportación del salitre.

Las inversiones del imperialismo en el área de las materias primas básicas consolidaron el modo de producción capitalistas y acentuaron el tipo de economía primaria exportadora.

El período de semicolonía inglesa –que dura hasta la década de 1930, época en la que el imperialismo norteamericano desplaza al británico- se caracterizó no sólo por la entrega de las riquezas nacionales sino también por la dependencia comercial de Chile respecto de Inglaterra.

Los ingleses también invirtieron capitales en las tierras magallánicas comprando cientos de miles de hectáreas que destinaron a la explotación del ganado lanar. Asimismo, eran dueños de los ferrocarriles del Norte Grande. Valdés Vergara sostenía en 1913 que por concepto de ganancias en los ferrocarriles de Antofagasta, Tarapacá y otras empresas administradas por los ingleses “anualmente salen del país 2.000.000 de libras esterlina”.⁶⁵ Es probable que esta cifra fuera superior pues solamente en concepto de utilidades las compañías de ferrocarriles enviaban a Londres más de un millón de libras esterlinas. Los capitales ingleses invertidos en el salitre ascendían a 10.700.000 libras esterlinas en 1909, cifra que se elevó considerablemente años después, consolidando el tipo de economía de enclave minero.

Esta “era del salitre” produjo hondas repercusiones en el país: migración de los trabajadores del campo de la zona centro-sur a las minas del Norte Grande; incremento de la actividad especulativa y financiera, alentada por el propio Estado burgués que repartía la renta salitrera entre los conspicuos miembros de la clase dominante; desarrollo del sector llamado “terciario” y de la burocracia funcionaria. Todo giraba en torno al reparto del excedente económico que provenía de los derechos de exportación del salitre, amortiguando las crisis políticas.

Para garantizar el reparto de la renta salitrera, se eligieron gobiernos comprometidos en no alterar las bases de la alianza entre el imperialismo inglés y la burguesía agrominera y comercial. Esta alianza no significaba la eliminación de los tradicionales roces entre los diferentes sectores de la burguesía. Los frecuentes cambios ministeriales provocados por el Parlamento expresaban en el fondo la pugna interburguesa por la redistribución del ingreso fiscal. La importancia que adquirió el Parlamento en el período 1890-1920 refleja las aspiraciones burguesas por participar activamente en la redistribución de la renta salitrera. Este período ha sido denominado “República Parlamentaria” por la historia tradicional. El mecanismo parlamentario permitía a los partidos políticos, que reflejaban los intereses de las distintas capas burguesas, un mayor control del reparto de los ingresos fiscales.

En esta fase hubo una intensa lucha de clases en la que se enfrentaron por primera vez de una manera frontal en nuestra historia las clases fundamentales de una sociedad capitalista: la burguesía y el proletariado. Durante las primeras décadas del presente siglo, se configuró

definitivamente el proletariado nacional, creciendo no solamente en número sino también en capacidad para organizarse sindical y políticamente.

Las primeras organizaciones sindicales, estructuradas por las Mancomunales, las Sociedades en Resistencia y la Federación Obrera de Chile (FOCH) fueron generando una conciencia de clase que se consolidó con la formación del primer partido proletario chileno, el Partido Obrero Socialista (POS), liderado por Luis Emilio Recabarren, el fundador del movimiento obrero chileno organizado.

La respuesta obrera a la redoblada explotación elevó el grado de enfrentamiento social a niveles jamás alcanzados hasta entonces en la historia de Chile. La burguesía vio por primera vez amenazado su régimen de dominación. Para preservarlo, recurrió a una masiva represión, expresada en las frecuentes matanzas de los obreros pampinos y los trabajadores de Santiago, Valparaíso y otras ciudades. Las características masivas que tuvieron en Chile las masacres de principios de siglo, cometidas por el Ejército, tienen pocos puntos de comparación en América Latina.

En esta etapa se produjeron cambios en la estructura de la clase dominante. El hecho más notorio fue la crisis de la burguesía minera del país, que en un breve lapso casi se extinguió del panorama social, luego de haber ocupado decisivas posiciones de poder en la segunda mitad del siglo pasado. Ante la agresiva penetración imperialista en las explotaciones de cobre y salitre, la burguesía minera chilena prefirió vender al mejor postor sus posesiones e invertir en otras áreas de la economía.

Otra modificación en la estructura de la clase dominante fue la paulatina transformación de un sector de terratenientes en burguesía agraria. La generalización de las relaciones de producción capitalistas promovieron la consolidación de la burguesía agraria, especialmente en las estancias ganaderas y en los fundos de la zona central y sur. Sin embargo, siguieron subsistiendo numerosos latifundistas que persistían en la utilización de formas precapitalistas de producción. Esta incapacidad de los terratenientes les hizo perder influencia política. Las luchas políticas y los roces interburgueses de la década de 1920—30 serán una clara expresión de la “crisis de la vieja oligarquía”. En realidad, fue un proceso en el que la fracción terrateniente perdió influencia en el bloque de la clase dominante, aunque mantuvo fuerzas como para entrar en alianza con otras fracciones de la burguesía en el control de los principales organismos del aparato del Estado.

Paralelamente a este fenómeno de crisis de ciertos sectores de la clase dominante, se fueron generando nuevas capas burguesas. Lo más relevante fue la emergencia de la burguesía industrial, que va a entrar por primera vez en una alianza política ganadora del poder con la elección de Arturo Alessandri Palma en 1920.

En este período se produjo también la emergencia de la pequeña burguesía y de las capas medias, que van a empezar a jugar un importante papel político.

ESTRUCTURA DE LA CLASE OBRERA

En esta fase hubo un crecimiento del proletariado minero, agrícola e industrial además del que trabajaba en los tranvías ferrocarriles, puertos y, en general, en las actividades terciarias.

El sector más fuerte era el proletariado minero del salitre. Su número aumentó de 13.060 en 1890 a 45.000 en 1912. El enclave salitrero fue la principal fuente de acumulación de capital de las empresas imperialistas pero, al mismo tiempo, esta superexplotación generó el sector más combativo del proletariado.

Los obreros del cobre sufrieron el mismo tipo de explotación que sus hermanos del salitre. Las empresas norteamericanas de Chuquicamata, El Teniente y El Salvador pagaban también en fichas y obtenían una alta tasa de plusvalía absoluta, prolongando hasta doce horas la jornada de trabajo.

Los obreros del enclave carbonífero del golfo de Arauco sumaban 15.000 en 1920. En Lota y Coronel trabajaban más de 12 horas diarias, bajo un régimen de explotación tan brutal como el que soportaron los mineros ingleses en la fase de acumulación originaria de capital. Los obreros del carbón trabajaban a trato, es decir, se les pagaba de acuerdo con la cantidad de mineral que extraían. A los trabajadores no sólo se les cobraban multas sino que también les descontaban arbitrariamente las carretillas que supuestamente tenían más tosca que carbón.

El proletariado de las ciudades, tanto el industrial como el que trabajaba en el sector del comercio, transporte, comunicaciones, servicios estatales, etc, vivía en condiciones miserables, hacinados en sórdidos conventillos.

ORGANIZACIÓN Y LUCHAS DEL MOVIMIENTO OBRERO

El movimiento obrero se estructura orgánicamente hacia 1900. La influencia del movimiento obrero mundial, en especial los anarquistas, socialistas y, posteriormente comunistas, contribuyó la gestación de las primeras organizaciones de clase del proletariado chileno.

Las Sociedades en Resistencia, inspiradas por el movimiento anarquista, pueden ser consideradas como las primeras organizaciones sindicales chilenas. En 1898, año en que se realizó por primera vez en Chile un acto en recordación del día de los mártires de Chicago, los obreros de la maestranza de ferrocarriles formaron la primera Sociedad en Resistencia. Organismos similares crearon luego los carpinteros, panificadores, tranviarios, zapateros, mueblistas, gráficos y obreros del carbón. El mecánico Magno Espinoza fue uno de los militantes que más contribuyó a la creación y al fortalecimiento de las Sociedades en Resistencia. Junto a él actuaron Luís Olea y el dirigente anarquista Alejandro Escobar Carvallo en la fundación en 1902 de las Sociedades en Resistencia de los marítimos, carpinteros y Estucadores. Orientaron, asimismo, la huelga de los obreros de imprentas en septiembre de 1902. El periódico "El Faro" manifestaba: "La huelga tipográfica llevada a cabo por la Sociedad en Resistencia 'Federación de Obreros de Imprenta' es una prueba elocuente de lo que puede el espíritu de rebeldía de los hombres convencidos de sus derechos para los demás gremios del país, que hasta el presente han permanecido apáticos por la conquista de la emancipación humana, esperando de los gobernantes o de las momias mutualistas (sociedades de socorros mutuos) en las cuales eternamente han vegetado sin provecho práctico alguno, el mejoramiento económico y moral que les corresponde como elaboradoras de toda clase de riqueza; social"⁶⁶

Estas primeras organizaciones de la clase obrera, que habían logrado superar los estrechos marcos del mutualismo, tuvieron que entrar en polémica con las viejas sociedades mutuales, contrarias a la creación de las Sociedades en Resistencia.

En 1906, las Sociedades en Resistencia trataron sin éxito de formar una Federación de Trabajadores de Chile. Muchas de ellas ingresaron, posteriormente a las Mancomunales.

Las Mancomunales, al igual que las Sociedades en Resistencia, fueron las primeras organizaciones sindicales. Se estructuraron por gremio, por provincias y, finalmente a nacional. Según los Estatutos, sus miembros debían pertenecer a la clase obrera, tener 16 años como mínimo,

asistir a reuniones, dar una cuota del 5% del salario mensual para ahorro y pagar una cuota de 20 centavos mensuales. Los dirigentes debían ser “trabajadores en servicio”. Eran organismos combativos que aplicaban la táctica de acción directa.

El 1º de mayo de 1900 se formó la primera, Mancomunal con los obreros portuarios de Iquique. Dos años después agrupaba a 6.000 afiliados, extendiendo su influencia a todo el Norte Grande. Sus principales dirigentes fueron Abdón Díaz y Luis Varela, editores del periódico "El Trabajo". En 1902, la Mancomunal dirigió una huelga que paralizó durante 60 días el puerto de Iquique. A raíz de esta huelga, Luis Emilio Recabarren, en ese entonces secretario general del Partido Democrático, dirigió una carta a Abdón Díaz el 14 de febrero de 1902 en la que manifestaba: "La huelga General en Iquique se impone como una, necesidad imperiosa y su realización debe ser la más rápida posible. La jornada de trabajo debe ser reducida a ocho horas y el pago debe hacerse en moneda corriente (...). La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos, como ha dicho el sociólogo alemán Carlos Marx. La huelga iniciada allí es el primer paso, ya no es posible retroceder, la marcha está emprendida, debe llegarse hasta el fin de la jornada(...). Prosigan impertérritos en la guerra cruda a los capitalistas. Son ellos nuestros verdugos y nuestros enemigos, hay que darles en la cabeza duramente".⁶⁷

En la respuesta, Abdón Díaz comentaba alborozado el triunfo de la huelga: “el término de la huelga de los salitreros se selló la semana pasada bajo las mejores condiciones para nosotros, después de sesenta días de resistencia tenaz por parte del trabajo. Hemos sentado la primera piedra del templo de la Emancipación Social del obrero en Chile, mediante la unión y el compañerismo luchando sin contemporizaciones”.⁶⁸

En 1903 se fundaron las Mancomunales de Antofagasta, Copiapó, Lota y Coronel, donde estalló una de las primeras huelgas de los trabajadores del carbón, que se prolongó 43 días.

El proceso de organización del proletariado se consolidó con la realización en Santiago de la Primera Convención Nacional de las Mancomunales, a la que asistieron el 15 de mayo de 1904 unas 15 organizaciones en representación de 20.000 afiliados. Humberto Valenzuela, uno de los mejores dirigentes que ha dado la clase obrera chilena en los últimos cincuenta años, sostiene en su trabajo póstumo sobre la Historia del Movimiento Obrero Chileno, que esta asamblea de las Mancomunales debe ser estimada como el Primer Congreso Nacional del proletariado chileno y el primer intento de crear una central sindical de carácter nacional.

Durante las sesiones de la Convención se retiraron dos Sociedades en Resistencia por estar en desacuerdo con la resolución de presentar un pliego de peticiones al gobierno. La Convención resolvió, asimismo, impulsar la publicación de periódicos y unificar las prestaciones de socorros mutuos. Se hizo una protesta por la detención de Luis Emilio Recabarren “miembro de esta institución arbitrariamente encarcelado por orden del juez letrado de Toco, don Joaquín Elizalde, por supuesto delito de sedición”.⁶⁹

Después de esta Convención, las Mancomunales lograron notorios avances en la organización nacional por gremios.

La agudización de la lucha de clases obligó a la burguesía a discutir públicamente, en el Parlamento y los periódicos, la llamada “cuestión social”.

Uno de los principales movimientos fue el de Valparaíso en 1903. El 3 de mayo los portuarios iniciaron una huelga por mejores condiciones de vida. Esta lucha se transformó en una huelga general de Valparaíso. En respuesta a la represión gubernamental, los trabajadores prendieron fuego a la Compañía Sudamericana de Vapores. El Ejército y la Marina hicieron una feroz represión, matando a cerca de 100 trabajadores e hiriendo a varios centenares. Asimismo,

desde el edificio de “El Mercurio” se disparó matando a más de 10 obreros. La fuerza represiva tuvo cuarenta heridos. Un periodista obrero de la época, señalaba el significado de estos acontecimientos: “Desde la revolución de 1891 ningún suceso de carácter puramente social ha producido una conmoción más honda en el país que el movimiento obrero de Valparaíso (...). Ha sucedido esta vez lo de siempre. Han sido precisos cien o más muertos y cerca de mil heridos, un malecón y un Palacio incendiados, medio centenar de casa saqueadas, meetings ardientes, destituciones y toda una conmoción nacional, para que la voz de una de las clases sociales que más sufre con el régimen de desgobierno y de favoritismo que nos rige, se haya hecho oír del país y sus gobernantes”.⁷⁰

Durante el gobierno de Riesco se produjo en Santiago, del 22 al 24 de octubre de 1905, un combativo movimiento, calificado de “levantamiento popular” por la prensa burguesa. Para protestar por el alza del costo de la vida, los trabajadores convocaron a un gran mitin el 22 de octubre. El Mercurio” reconoció que “puede calcularse entre 25.000 y 30.000 el total de personas congregadas allí al momento de ponerse en marcha la columna (...). Ayer a la hora señalada para el meeting, se reunieron en la Alameda todas las sociedades obreras de Santiago, llevando sus estandartes e insignias. Acudieron también las asociaciones análogas establecidas en las comunas rurales y pueblos circunvecinos”.⁷¹ Se nombró una Comisión para que presentara al Presidente de la República las peticiones y conclusiones del comicio. Ante la negativa presidencial de recibir la comisión “el pueblo se enfureció –dice Carlos Vicuña Fuentes- y pretendió penetrar al Palacio de la Moneda por la fuerza (...). El pueblo se retiró de la Moneda, pero se desparramó iracundo por las calles, rompiendo faroles y vidrios y gritando desaforadamente. La policía cargó varias veces contra los manifestantes, que respondieron a pedradas. La sangre de los heridos empezó a correr en uno y otro bando (...). La policía, entonces escasa, era manifestamente impotente: el pueblo destrozaba los escaños de los paseos, los vidrios de los edificios públicos y los focos y faroles del alumbrado. Hacia la noche, la Alameda presentaba un aspecto fantástico: los grandes mecheros de gas habían sido rotos en sus bases e incendiados allí (...). El día lunes 23 por la mañana la exasperación popular seguía a pesar de la fatiga”.⁷²

Los trabajadores lograron apoderarse de las calles de Santiago durante 48 horas. Desfilaron desde sus barricadas hacia el centro de la ciudad, amenazando con entrar a la Moneda y la Tesorería Fiscal. El gobierno, viendo que la policía no era capaz doblegar la combatividad de los trabajadores, llamó urgentemente a varios regimientos que estaban de maniobras en Quechereguas, a 200 Km. de la capital. Llegaron al mediodía del martes 24, comenzando de inmediato una matanza, que alcanzó según algunos, a 200 personas y, según otros, a 500. En la masacre participó un numeroso grupo de jóvenes armados de la burguesía. Estas “guardias blancas”, que habían empezado a organizarse en varias ciudades y centros mineros, actuaron con presteza en defensa del Estado burgués y de sus intereses de clase. “El Mercurio” comentaba el día 24: “La noticia del levantamiento popular trascendió rápidamente a todos los hogares de Santiago, cuya juventud, inspirada en generosos propósitos de orden, se dio cita inmediatamente en el local del Club de la Unión donde se procedió a organizar la guardia formada por esa misma juventud para secundar la vigilancia de la policía (...). Se procedió así a la organización de la Guardia del Orden compuesta en su totalidad por 300 jóvenes de las altas clases sociales”.⁷³ Estos sucesos eran analizados desde otro ángulo por el periódico obrero “El Alba”: “El pueblo ha sido asesinado con toda saña y alevosía por la cosaquería y por la horda joven de la burguesía. Han sido asesinados cobarde y vilmente más de 500 ciudadanos y más de 1.5000 heridos. El obrero pedía alimentación barata; se le contestó con la metralla y el sable; pidió después justicia y castigo de la matanza; se le contestó con la bala que la burguesía armada con las mismas armas que el pueblo costeó para la defensa de la patria, disparaba a mansalva”.⁷⁴

En esta rebelión popular, los trabajadores santiaguinos utilizaron la táctica de lucha callejera que habían probado con éxito en 1888. El movimiento de 1905 fue más combativo porque los trabajadores demostraron que eran capaces de adueñarse de las calles durante más de un día.

Este hecho, producido en el mismo año 1905 en que los trabajadores rusos formaban los primeros Soviets, ha pasado a la historia chilena con el nombre de la “semana roja de Santiago”.

El Norte Grande se constituyó en el principal foco de insurgencia obrera. Los trabajadores del enclave salitrero, los portuarios y ferroviarios fueron la vanguardia de esta “etapa heroica” del proletariado. En febrero de 1906, los trabajadores del ferrocarril de Antofagasta a Bolivia iniciaron una huelga como respuesta al rechazo de su petición de un 20% de aumento en los salarios y de un descanso de hora y media para almorzar. El Ejército y la Armada consumaron una nueva represión junto con una “guardia blanca” organizada por la burguesía nortina. Durante la huelga de los ferroviarios “las masas atacaron violentamente a varios de ellos. El crucero Blanco Encalada disparó sobre la ciudad y desembarcó marinería. Fueron muertos y heridos innumerables obreros”.⁷⁵

Uno de los movimientos más importantes del proletariado chileno de principios de siglo fue el de los salitreros que culminó en la masacre de Santa María de Iquique. Los obreros pampinos habían exigido que sus salarios fuesen pagados mensualmente en oro, en lugar de fichas o del despreciado papel moneda. Solicitaron, además, seguridad en las labores mineras y atención médica. En un análisis de los orígenes de este movimiento, Recabarren señalaba: “Los obreros del salitre hicieron ver a sus patrones que su salario, en billetes chilenos, había bajado casi a la mitad tomando en cuenta la elevación del precio de la vida. El obrero que ganaba cinco pesos al día con el cambio de 16 peniques en 1904 y que en 1907 ganaba los mismos cinco pesos con un cambio casi ya de 8 peniques, indudablemente su salario estaba rebajado en la mitad y más aún”.⁷⁶ La brusca baja de la moneda era el resultado de la repercusión en Chile de la crisis mundial de 1907, una de las tantas crisis cíclicas del capitalismo de comienzos de siglo.

Ante la intransigencia patronal, los mineros iniciaron la huelga en la oficina San Lorenzo. El movimiento huelguístico se propagó rápidamente por la pampa salitrera hasta abarcar 30 oficinas con cerca de 15.000 obreros. La concentración, efectuada el 10 de diciembre de 1907 en el Alto de San Antonio, tomó la resolución de marchar hacia Iquique, declarando la huelga general en la provincia de Tarapacá. Los miles de trabajadores que llegaron al puerto fueron ubicados en la Escuela Santa María. Se organizaron piquetes para evitar las provocaciones e impedir la venta y el consumo de vino. “Los líderes –dice Vicuña Fuentes- organizaron el abastecimiento racional y disciplinaron la gente. Los Comités de los obreros en huelga comenzaron a controlar la ciudad y a reglamentar el tránsito público”.⁷⁷

El Comité de huelga estaba presidido por José Brigg, de tendencia anarquista. “Mientras tanto –señalaba Humberto Valenzuela- en la pampa, en el Cantón de Negreiros, se había producido el primer choque entre los huelguistas y el regimiento Carampangue; la noticia llegó al puerto junto con los heridos; esto creó un clima de efervescencias entre los huelguistas”.⁷⁸

El gobierno de Pedro Montt envió barcos de guerra con varios regimientos y designó jefe de plaza al general Silva Renard, quien decretó el Estado de Sitio el 20 de diciembre, dando un plazo de 24 horas a los huelguistas para abandonar la Escuela de Santa María. Dejamos al propio Silva Renard contar la forma en que consumó la masacre, en el parte que envió al gobierno el 21 de diciembre: “En la plaza rebosaba una turba de huelguistas que no cabían en el interior de la Escuela. Adentro habría cinco mil individuos y afuera dos mil. Como V.S. comprende los oradores no hacían otra cosa que repetir aquellas frases comunes de guerra contra el capital y el orden social existente(...). Comisioné al coronel Ledesma para que se acercase al Comité que presidía el movimiento y les comunicase la orden de V.S. de evacuar la Escuela y la plaza y que se dirigiera al Club Hípico con la gente. A los cinco minutos volvió el coronel diciéndome que el comité se negaba a cumplir dicha orden(...). En vista de esto tomé nuevas disposiciones y traté de imponer a los huelguistas el respeto y la sumisión. Hice avanzar dos ametralladoras del crucero Esmeralda y las coloqué frente a la Escuela con puntería fija a la azotea en donde estaba reunido el comité directivo de los huelguistas(...). Reuní a los jefes que me acompañaban y estudié con ellos la

posibilidad de obtener la sumisión con las armas blancas atacando la infantería don bayoneta armada(...) .Estudiado el plan se comprobó que no daría resultado(...). Ví, por lo tanto, que no había más recurso que el empleo de las armas de fuego(...). Antes que terminase el día, ordené a las 5,45 p.m. una descarga por un piquete del regimiento O'Higgins hacia la, azotea ya mencionada y por un piquete de marinería situado en la calle Latorre hacia la puerta de la escuela, donde estaban los huelguistas más rebeldes. A esta descarga se respondió con tiros de revólver y aún de rifles que hirieron a tres soldados y dos marineros, matando dos caballos de los ganaderos. Entonces ordené dos descargas más y fuego a las ametralladoras(...) .Hechas las descargas y ante el fuego de las ametralladoras, que no duraría sino treinta segundos, la muchedumbre se rindió(...). Esta es la relación exacta de los luctuosos sucesos ocurridos ayer, en los cuales han perdido sus vidas y salido heridos cerca de ciento cuarenta ciudadanos”.⁷⁹

Obviamente, el general Silva Renard omite muchos aspectos del combate y de muertos. El escritor Nicolas Palacios fue testigo de la masacre, relata que luego de la muerte de los dirigentes del Comité de Huelga el fuego graneado “fue tan vivo como el de una gran batalla, las ametralladoras producían un ruido de trueno ensordecedor y continuado (..). La fusilería, entre tanto, disparaba sobre el pueblo asilado en las carpas de la plaza y a los que huían desalentados del centro del combate(...). Callaron las ametralladoras y los fusiles para dar lugar a que la infantería penetrarse por las puertas laterales de la escuela, descargando sus armas sobre los grupos de hombres y mujeres que huían en todas direcciones”.⁸⁰

Sobre el número de muertos, varios autores estiman que llegaron a una cifra aproximada a los dos mil. Julio César Jobet ha señalado: "En mi ensayo crítico del desarrollo económico y social de Chile he recordado el testimonio de mi padre, Armando Jobet Angevin, suboficial del regimiento Carampangue, a quien le correspondió el primer turno de entrega de cadáveres, y recogió 900, calculando una, cifra mayor para los otros turnos. La cantidad de 2.000 a 2.500 muertos le parecía ajustada a la realidad".⁸¹La matanza no terminó en Iquique, sino que continuó en la pampa salitrera. Humberto Valenzuela ha recogido en el terreno de los sucesos informaciones en el sentido que la matanza continuó fuera de la ciudad, especialmente en los trenes que colocó el gobierno para obligar a retornar a la pampa salitrera a los obreros, a sus esposas e hijos. Valenzuela anota: "La mayor parte de los carros que se pusieron fueron los llamados carros planos, sin barandas, en los que se cargaban los sacos de salitre; allí iban hacinados hombres, mujeres y niños. La "pajería" del puerto, 'los hijos de su papá,' habían organizado una milicia armada para ayudar a mantener el 'orden'; cuando el tren iba saliendo del puerto rumbo a la pampa, 'los pijes' atrincherados en las calicheras abandonadas dispararon a mansalva sobre los obreros y sus familiares. A este nuevo crimen, 'los pijes' 10 llamaron 'palomear rotos'".⁸²

La masacre de Iquique abrió un período transitorio de retroceso, en la lucha proletaria. Varios investigadores estiman que esta fase se prolonga hasta 1915. Sin embargo, la agudización de la lucha de clases dos años después de la matanza demuestra que la reanimación del movimiento obrero fue más rápida. En 1908 la burguesía agraria estaba preocupada "por las huelgas de estos últimos tiempos, que renacen apenas apaciguadas, que abarcan los más variados gremios de operarios... El eminente profesor de ciencias políticas y sociales de la Universidad de Pensylvania, Mr. Leo S. Rowe que nos visitó recientemente ha sintetizado en pocas palabras nuestro estado social, con rara sagacidad y exactitud. En un discurso pronunciado en la Universidad de Winconsin, acerca de las Repúblicas SudaAmericanas, Mr. Rowe ha dicho: 'Chile es aun, bajo muchos aspectos, una aristocracia política, que entra en las primeras fases de una revolución social provocada por el conocimiento que las clases trabajadoras empiezan a adquirir gradualmente de su poder'".⁸³

La capacidad de recuperación del proletariado chileno -luego de la masacre de Iquique- se puso de manifiesto en 1909 con 29 huelgas que abarcaron a cerca de 200.000 trabajadores.

El periódico "El Despertar" en un artículo sobre "El resultado de las luchas obreras en el país" en 1911 . señalaba: "Según las estadísticas hechas por la oficina del Trabajo, durante el año de 1911 han habido 10 huelgas en el país, de las cuales han terminado 8 con éxito más o menos completo para los obreros, una con fracaso total y otra se ignora el resultado por carecer de datos".⁸⁴

En 1912 estallaron nuevas huelgas de los ferroviarios, tranviarios de Santiago (marzo), portuarios de Antofagasta (abril) lancheros de Valparaíso (junio), portuarios de Iquique y Corral (agosto), repartidores de leche de Valparaíso(octubre), ferroviarios de Coquimbo (noviembre), lancheros de mejillones (noviembre) y obreros de El Teniente (octubre). En 1913 continuó la oleada de huelgas, siendo la más importante la huelga general de Valparaíso, respaldada por un paro general de solidaridad de los trabajadores de Santiago.

Fundación de la POCH

El 18 de septiembre de 1909 se creó la Federación Obrera de Chile, más conocida con el nombre de "la Gran FOCH", aunque de grande tenía poco, desde un punto de vista clasista. Era una organización de colaboración de clases., orientada por el reformista Martín Pinuer. El periódico "El Despertar de los Trabajadores" denunciaba los objetivos de esta FOCH: "El clericalismo mañosamente está introduciéndose al seno mismo de los trabajadores. Con la habilidad que nunca le falta ha organizado un buen número de los trabajadores de los ferrocarriles y con el nombre pomposo de Gran Federación Obrera de Chile ha organizado secciones en todos los pueblos donde hay maestranzas de ferrocarriles".⁸⁵

En el seno de la FOCH se generó una corriente de izquierda, encabezada por los militantes del Partido Obrero Socialista (POS), fundado el 6 de junio de 1912 por Luis Emilio Recabarren. Esta tendencia fue adquiriendo fuerzas hasta conquistar la dirección de la FOCH en la III Convención Nacional realizada en Concepción entre los días 25 y 30 de diciembre de 1919. La Declaración de Principios aprobada en esa ocasión significó un vuelco cualitativo en los objetivos programáticos de la FOCH, al señalar claramente que le central obrera lucha por "conquistar la libertad efectiva, económica y moral, política y social de la clase trabajadora (obrerros y empleados de ambos sexos), aboliendo el régimen capitalista (...). Abolido el sistema capitalista, será reemplazado por la Federación Obrera, que se hará cargo de la administración de la producción industrial y de sus consecuencias".

De este modo, la FOCH dejaba de ser una central sindical "apolítica". Su objetivo no era ponerles parches al régimen capitalista sino derribarlo. No se detenía solamente en la mera formulación de deseos sino que precisaba que la FOCH tomaría el poder una vez abolido el régimen capitalista.

La Declaración de Principios de la POCH de 1919 sintetizó una etapa clasista y revolucionaria del movimiento obrero chileno.

Clausurada la Convención, Recabarren redactó un artículo en el que sostenía: "La labor más importante ha sido la confección de la Declaración de Principios de la Federación, que le da un carácter perfecto de clase, pues la organización obrera se ha dado cuenta que necesita tener como meta la socialización de los medios de producción y de cambio, ya que de otra manera la acción por el mejoramiento de las condiciones de vida resultarán una lucha eterna y estéril".⁸⁶

La transformación de la FOCH en un órgano clasista se dio en un contexto de ascenso general del movimiento obrero chileno influenciado por el triunfo de la Revolución Rusa de 1917 y el proceso de la Revolución Mexicana cuya repercusión sobre la vanguardia obrera latinoamericana no ha sido aún debidamente valorizada.

Los momentos culminantes de este ascenso del proletariado chileno fueron la huelga general de los obreros portuarios que duró dos meses a, partir del 24 de julio de 1917, la huelga del carbón de 1919 que prolongó 83 días, la toma de Puerto Natales por los trabajadores magallánicos en enero de 1919 y la huelga general de Santiago del 3 y 4 de diciembre de 1919 convocada por la Asamblea Obrera de la Alimentación.

La toma del poder local en Puerto Natales

Los sucesos de Puerto Natales merecen especial consideración porque los trabajadores fueron capaces de tomar el poder local durante varios días. La lucha se inició en enero de 1919 con una huelga de los obreros del Frigorífico de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego.

Según Vicuña Fuentes “pronto hubo diez mil obreros en huelga. Los administradores abandonaron el establecimiento y cerraron la pulpería. Los obreros se vieron amenazados por el hambre. Espontáneamente se sublevaron y cometieron algunos desmanes. Del vecino puerto de Bories les llegaron algunos refuerzos. La policía y los carabineros recibieron a tiros a los que venían de Bories. Ya el día antes, en otra descarga, numerosos obreros habían sido heridos. Esta vez los obreros contestaron el fuego, y como su superioridad numérica era aplastante, pues toda la población es allí proletaria, carabineros y policías huyeron despavoridos a refugiarse a sus cuarteles. Los obreros los sitiaron en ellos y lograron tomarse el de la policía. El de carabineros, al mando del cabo Fritz, resistió denodadamente, reducido a la impotencia, pero sin entregar las armas. Los obreros quedaron dueños de la población. Como tenían numerosas bajas y serios problemas por delante -el hambre, la huelga indefinida, un incendio de vastas proporciones, que había prendido a causa de los tiros- decidieron organizar una administración provisional. La Federación Obrera se hizo cargo de esta difícil función”.⁸⁷

Varios días después, las tropas llegadas de Punta Arenas, masacraron al pueblo y se ensañaron con los trabajadores de vanguardia.

La matanza continuó en Punta Arenas el 27 de agosto de 1920. Los militares prendieron fuego al local de la Federación Obrera donde se celebra una fiesta de beneficencia.

La versión más fidedigna de estos hechos ha sido proporcionada por Gregorio Iriarte, redactor de “El Magallanes”, quien envió desde el lugar de los acontecimientos un carta al diputado Guillermo Bañados en la que manifestaba: "El 27, el pueblo fue despertado por un nutrido fuego de fusilaría y tiros de pistola y revólver, que duró cerca de tres cuartos de hora, terminando las descargas con el incendio del local de la Federación Obrera. Las bombas acudieron con la presteza acostumbrada, pero se encontraron que no había agua (...). Los obreros se defendieron y se generalizó el tiroteo. Se calcula que quemaron alrededor de dos mil tiros. Muertos parte de los defensores y heridos 12 y 2 de los otros, los asaltantes prendieron fuego a la casa. De entre los escombros se extrajeron 3 cadáveres carbonizados; dos cadáveres más se recogieron en la calle, uno de ellos es el estadístico de la policía; el teniente de ametralladoras Guerratti salió herido en una pierna. Se habla de que algunos cadáveres que corresponden a individuos de tropa del piquete de carabineros han sido sepultados secretamente".⁸⁸ Las bajas de la policía demuestran que los obreros se defendieron heroicamente ante la represión.

La Asamblea Obrera de la Alimentación

La Asamblea Obrera de la Alimentación, creada el 15 de octubre de 1918, realizó manifestaciones de protesta por el alza del costo de la vida. Estas concentraciones, llamadas “mitines de hambre”, llegaron a reunir más de cien mil personas.

“Durante el Ministerio del señor Claro Solar –señala Manuel Rivas- se organizó una gran manifestación obrera a fin de pedir la intervención del gobierno en la fijación de los precios para evitar los abusos de la especulación(...). Admitidos los artesanos, pertenecientes a congregaciones religiosas, en el seno de la Asamblea de la Alimentación Nacional se mostraron luego más descontentos con la situación que los más exaltados elementos. La clase obrera se organizó en grupos de oficios. Los carrillanos se agrupaban en el N°1; los empleados de tranvías urbano en el número 2, etc(..). Las huelgas estallaban casi diariamente y a veces en forma violenta. No se trataba ya sólo de adoptar determinadas medidas; la revolución social hervía en los hogares de los pobres, en las fábricas y talleres y en las asambleas populares”.⁸⁹ La lucha alcanzó su apogeo con el estallido de la huelga general de Santiago del 3 y 4 de diciembre de 1919.

La Asamblea Obrera de la Alimentación puede ser considerada como el primer Frente Único Proletario de Chile, donde actuaron junto a los obreros organizados en sindicato o asociaciones, los trabajadores inorganizados, los universitarios de la FECH (Federación de Estudiantes de Chile) que comenzaban a integrarse a las luchas populares, los socialistas de la FOCH y del POS y los anarquistas de la I.W.W.

La influencia del anarquismo

El movimiento anarquista de Chile ejerció una influencia importante en el movimiento obrero chileno de fines del siglo pasado y en las primeras décadas del presente. Organizaron las Sociedades en Resistencia, que fueron los primeros sindicatos del país.

Posteriormente, en 1917, crearon una filial de la IWW (Industrial Workers of World o Trabajadores Industriales del Mundo). Los anarquistas, trataron de aplicar las enseñanzas de su maestro Bakunin. Su objetivo era derribar el régimen capitalista a través de la huelga general. El principal método de lucha era la acción directa. Estaban en contra de la formación de partidos en el seno de la clase obrera. Solamente reconocían como organizaciones de la clase explotada a los sindicatos y Sociedades en Resistencia.

Si bien es cierto que estas! concepciones no eran las más acertadas para derrocar al Estado burgués, no se puede desconocer que los anarquistas contribuyeron a fortalecer la independencia de clase, a formar las primeras organizaciones clasistas y a crear una conciencia anti-capitalista, que luego fue canalizada por los partidos obreros.

Los anarquistas chilenos no lograron tener tanta fuerza como sus compañeros argentinos que llegaron a nuclear más de medio millón de afiliados en la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), la organización anarquista más poderosa de América Latina.

No se puede comprender la historia del movimiento obrero si no se analiza la incidencia del anarquismo en el proceso de la lucha de clases. Las corrientes sedicentemente marxistas, que han pretendido ignorar o descalificar al anarquismo, no hacen más que tergiversar el desarrollo real de nuestro movimiento obrero.

El anarquismo, cuya fuerza radicaba en los trabajadores de los talleres artesanales, entró en crisis en la década de 1930 por su incapacidad para penetrar ideológica y organizativamente en el moderno proletariado de la industria manufacturera.

Recabarren y el POS

Luis Emilio Recabarren, nacido en Valparaíso en 1876, era obrero tipógrafo a los 14 años. En 1894 ingresó al Partido Demócrata, donde rápidamente formó un ala izquierda. Fue elegido diputado por Antofagasta en marzo de 1906, pero se le despoja del cargo porque se negó a jurar por Dios; superado este asunto, le negaron sus derechos por agitador de ideas de disolución social”.

Ese mismo año rompió con el Partido Democrático Doctrinario. Fue condenado a 541 días por un proceso contra la Mancomunal de Tocopilla, pero logró fugarse hacia la Argentina, donde militó en el Partido Socialista. En 1908 viajó a Europa. Allí conoció los líderes socialistas más importantes, empapándose de las principales polémicas que comenzaron en la II Internacional. Aprovecho su estadía en Europa, para afianzar sus conocimientos de marxismo.

Regresó a Chile en 1909. Publicó al año siguiente el folleto “Rico y pobres a través de un siglo de vida republicana”, que constituye uno de los primeros análisis sociológicos de Chile. Posteriormente editó "El Socialismo", "Patria y Patriotismo", "Lo que da el gremialismo" "La materia eterna e inteligente", "Que es lo que queremos federados y socialistas y para qué", "La mujer y su educación", "Los albores de la Revolución Social", "El Sembrador de odios", "La Rusia Obrera y Campesina” y numerosos artículos en las decenas, de periódicos que fundó.

Recabarren no solamente fundó el Partido Obrero Socialista en Chile sino que su espíritu internacionalista lo condujo a colaborar con los partidos socialistas de Argentina y Uruguay y, posteriormente, contribuyó a la fundación de los PC en esos países.

En 1922 viajó a Rusia, definiéndose a favor de la Revolución soviética y de la III Internacional.

En su folleto "Rusia obrera y campesina" destacó las figuras de Lenin y de Trotsky, a quien cita elogiosamente en su trabajo.

La figura de Recabarren influyó decisivamente en el desarrollo del marxismo chileno. Formado en el seno de las luchas proletarias, fue uno de los pocos líderes de la izquierda latinoamericana que de aplicar el marxismo a la realidad nacional. Mientras otros dirigentes de nuestro continente copiaban el esquema político de la izquierda europea, Recabarren adaptaba el programa del movimiento obrero internacional a las luchas concretas del proletariado chileno. Recabarren no solamente fue un agitador y organizador del movimiento obrero sino también un precursor del pensamiento marxista latinoamericano, anterior a Ponce y Mariátegui.

El Partido Obrero Socialista (POS)

Fue fundado el 6 de junio de 1912, constituyéndose rápidamente en uno de escasos partidos marxistas latinoamericanos con influencia de masas en aquella época. Su objetivo era instaurar el régimen socialista en Chile. Aspira, según su programa de fundación,, a transformar la sociedad actual por otra más justa e igualitaria, aboliendo las diferencias de clases y convirtiendo a todos los ciudadanos en trabajadores dueños del fruto de su trabajo, libres e iguales a través de un régimen de producción en el cual se substituya la propiedad individual por la propiedad colectiva o común. "El socialismo usará para realizarse como armas de combate: la educación doctrinaria y moral del pueblo por medio del libro, del folleto del periódico, del diario, de la tribuna, de la conferencia, del teatro, del arte; la organización de toda clase de asociaciones que concurran al mismo fin; la acción política para la conquista de los poderes públicos; de la acción gremial para la lucha de clases".

En cuanto a organización, su base era la agrupación seccional con siete miembros como mínimo, en cada pueblo o faena. Cada seccional elegía su directiva que designaba un delegado para constituir el Consejo Federal.

En 1913, el POS eligió a Manuel Hidalgo como su primer regidor por la Municipalidad de Santiago. El Primer Congreso del POS se realizó en Santiago en 1915. Una de las principales resoluciones fue votar en blanco en las elecciones presidenciales de ese año. Ramón Sepúlveda Leal fue elegido Secretario General.

En esta época, el POS tenía seccionales en todo el Norte Grande y Chico, en Santiago, Valparaíso, Concepción y Punta Arenas. Publicaba el diario "El Despertar" en Iquique y unos seis semanarios en otras ciudades. El POS jugó un papel decisivo en el proceso huelguístico del país.

El Segundo Congreso del POS, realizado el 1° y 2° de enero de 1920, resolvió levantar la candidatura presidencial de Luis Emilio Recabarren. Era la primera vez en la historia de Chile que se presentaba una candidatura obrera a la presidencia de la República.

El Tercer Congreso del POS se efectuó el 25 de diciembre de 1920. Al año siguiente, el POS logró elegir diputado a Luis Emilio Recabarren. El Cuarto Congreso del POS, realizado el 1° y 2° de enero de 1922, acordó en transformarse en Partido Comunista.

Las luchas del proletariado rural

El proletariado rural se desarrolló en las haciendas trigueras, viñateras y molineras de la zona central, en las estancias ganaderas del centro, en el nuevo "granero" del país (de Bío-Bío a Cautín) y en las explotaciones de ovejas de las estancias magallánicas.

Los salarios variaban entre uno y dos pesos, según la zona, el tipo de trabajo y la temporada, de siembra o cosecha. La superexplotación, los bajos salarios, los despidos arbitrarios y los abusos cometidos por los terratenientes fueron los factores que impulsaron a los trabajadores agrícolas a crear las primeras organizaciones sindicales. Este proceso se dio en el contexto general de un vigoroso ascenso del movimiento obrero minero y urbano. La propaganda proletaria y la consecuente labor de organización desplegada por los militantes anarquistas y socialistas contribuyeron a generar una vanguardia en el sector de trabajadores agrícolas de la zona central y sur.

En las estancias magallánicas había surgido un fuerte proletariado, que trabajaba no solamente en las tareas agropecuarias sino también en los frigoríficos que crearon las grandes empresas capitalistas.

La organización de los trabajadores magallánicos estuvo relacionada con el temprano surgimiento de sectores politizados de izquierda. En 1897, se creó la "Unión Obrera dirigida por José Contardi, organización que al año siguiente adoptó el nombre de Partido Socialista de Punta Arenas. Esta tradición política facilitó la creación de una filial de la FOCH en 1911 en Punta Arenas, compuesta en su mayoría de obreros agrícolas.

El abuso de los estancieros condujo a la Federación Obrera de Magallanes "a firmar el primer convenio colectivo del país y a declarar en distintos años huelgas generales en la región".⁹⁰

En diciembre de 1912, estallaba en Magallanes la primera huelga de los trabajadores agrícolas. Su órgano de prensa manifestaba: "La huelga de los trabajadores del campo ha dado tanto que pensar a los estancieros y autoridades que día a día va tomando mayores proporciones en todo

el territorio; es algo que desde hace tiempo venía preparándose calladamente. Los obreros del campo, que forman la inmensa mayoría productora del territorio, son los que están más mal remunerados si se toma en cuenta los pocos meses de trabajo que tienen durante el año".⁹¹

La huelga duró más de quince días y se extendió a otros gremios de la provincia. El apoyo solidario de unos 3.000 trabajadores de la zona permitió conquistar la mayoría de las peticiones. El periódico de la FOCH comunicaba el 21 de diciembre: "Con mucha razón se puede decir que la huelga ha sido el triunfo más colosal que registran los anales de la lucha del proletariado".⁹²

Este triunfo de los obreros agrícolas, fortaleció la FOCH de Magallanes y sirvió como antecedente para la creación en 1927 del "Sindicato Profesional de la Industria Ganadera y Frigorífica de Magallanes", el primer sindicato agrícola legal chileno.

En la zona central, las protestas de los obreros agrícolas y de los inquilinos comenzaron a inquietar seriamente a los latifundistas, según consta en los Boletines de la Sociedad Nacional de Agricultura. Este movimiento de protesta contó con el apoyo de los activistas de la FOCH y del POS que recorrían los campos para ayudar a sus hermanos de clase a organizarse.

Esta tesonera labor alcanzó expresión orgánica al constituirse en 1919 las primeras federaciones de inquilinos y obreros agrícolas en las provincias de Santiago y Aconcagua. En la sesión del 19 de noviembre de la Sociedad Nacional de Agricultura "el socio José Ignacio Huidobro expresó que había creído necesario informar al Directorio de la grave situación que se estaba creando en los fundos de la región de Catemu. Se refiere a que se habrían formado federaciones entre los inquilinos, que al parecer tuvieron su origen en delegaciones de las federaciones establecidas en las minas".⁹³ A los intentos de organizar una Federación de inquilinos en el Valle de Aconcagua, siguieron otras experiencias similares en 1919.⁹⁴

Al año siguiente, empezó la organización de los Consejos Federales o Comités de Trabajadores agrícolas que darán motivo a la protesta presentada por los terratenientes al presidente Arturo Alessandri. La colaboración del Proletariado minero y urbano con los trabajadores agrícolas, cuya organización era alentada por Recabarren, fue forjando los primeros embriones de la unidad obrero-campesina.

La participación de la mujer

Durante las primeras décadas del presente siglo, la situación de la mujer no experimentó cambios sustanciales. Seguía sometida al régimen patriarcal y considerada un ser inferior cuya misión era procrear hijos. La mayoría estaba constreñida al hogar.

Sin embargo, un sector había logrado incorporarse a la producción, especialmente a los talleres artesanales y fábricas textiles. El desarrollo de las actividades terciarias amplió, asimismo, el campo de empleo de la mujer. Las modistas y costureras realizaban trabajo a domicilio, encargado por las empresas artesanales y fabriles. La mujer campesina laboraba en la pequeña propiedad de su marido o como obrera asalariada en las temporadas de siembra o cosecha.

El movimiento feminista chileno, influenciado por las acciones de las mujeres europeas y norteamericanas, comenzó a desarrollarse hacia 1910, con la fundación de la Federación Femenina Panamericana impulsada por María Espíndola Nuñez. Varias mujeres escribían en periódicos y revistas artículos sobre la liberación de la mujer, reclamando derechos igualitarios a los del hombre. Hemos encontrado una carta muy militante de una mujer obrera, Ursula Bello de Larrechea, publicada por "El Proletario" del 10 de octubre de 1897: "Se acerca el momento de levantar la

azotada cerviz ante los explotadores de nuestra labor. Nosotras, antes de ver a nuestros hijos morir de hambre, alzamos la voz para infundir valor a nuestros hermanos que luchan y para maldecir a los que, por medio del capital, nos arrebatan el pan de nuestros hijos".⁹⁵

La formación de los primeros organismos de la clase obrera, como las Sociedades en Resistencia, las Mancomunales y la FOCH abrieron nuevos cauces para que la mujer chilena se incorporara a la vida sindical y política. Una de las mujeres que tuvo una actuación destacada en la organización de las Sociedades en Resistencia fue Angela Muñoz Arancibia.

El fundador del movimiento obrero organizado, Luis Emilio Recabarren, fue el más decidido propulsor de la participación de la mujer obrera en las luchas sindicales y políticas. Trataba de mejorar el nivel cultural de la mujer proletaria, alentándola a actuar en los grupos de teatro que fue creando desde la pampa salitrera hasta Punta Arenas. En esta ciudad, el 8 de julio de 1916 dictó una conferencia titulada: "La Mujer y su Educación", publicada ese mismo año por la Imprenta Socialista de Punta Arenas.

En un relato autobiográfico, González Vera recuerda las representaciones que se hacían hacia 1920 en el teatro obrero del centro "Francisco Ferrer", de tendencia anarquista. A ese local, llegó un día una mujer: "una joven profesora que vestía sencillamente. Era la primera mujer que hablara ante nosotros. Las demás, muy pocas, que acompañaban a sus maridos, toleraban nuestras ideas más por ser cónyuge de libertarios que por nacerles. La joven habló de la emancipación femenina".⁹⁶

La luchas del proletariado bajo el gobierno de Alessandri

El gobierno de Arturo Alessandri Palma (1920-1925) fue el primer gobierno "populista" de Chile.

Los sectores más avisados de la burguesía chilena se dieron cuenta que el problema fundamental era frenar el ascenso del movimiento obrero. Para dichas corrientes burguesas, que buscaban una diferenciación con la política tradicional de los partidos conservador y liberal, se trataba de levantar un programa capaz de canalizar el descontento popular mediante promesas de legislación social, jornada de ocho horas de trabajo, mejoramiento del nivel de vida, atención médica, derecho a sindicalización y otras medidas de carácter democrático y popular. Hablar contra la oligarquía terrateniente y prometer la solución de los problemas sociales comenzaron a ser temas agitados demagógicamente por los nuevos líderes políticos. Así se fue generando una corriente anti-oligárquica, cuyos fuegos iban dirigidos contra el Partido Conservador.

La dirección del movimiento "populista" era inequívocamente burguesa. La Alianza Liberal era un frente del Partido Radical, sectores liberales y balmacedistas. Su base popular estaba constituida por el Partido Demócrata, por las modernas capas medias, los artesanos y vastos contingentes de trabajadores mineros y urbanos.

Arturo Alessandri fue el hombre escogido por la Alianza Liberal para encabezar el movimiento "populista". Sus demagógicos discursos en contra de la "canalla dorada", al son del "Cielito Lindo", encandilaron a las masas. El "león de Tarapacá" en su euforia electorera llegó hasta amenazar con la destrucción del régimen capitalista.

El Partido Obrero Socialista (POS) trató de evitar que las masas fueran canalizadas por la demagogia "populista", levantando la candidatura obrera de Luis Emilio Recabarren en su Congreso Nacional de 1920. En este Congreso, realizado en Antofagasta, se aprobó una declaración pública en la que se manifestaba una posición de independencia de clase: "es conveniente que la clase trabajadora sepa que la candidatura de la Unión Nacional representa para el pueblo la perpetuación del régimen despótico actual y que la candidatura de la Alianza Liberal no es como se ha pretendido hacer creer al pueblo la encarnación, de una nueva tendencia política que ha de encarar desde el gobierno los problemas que agitan a nuestro país en la forma científica y racional con que en el mundo se resuelven los problemas sociales, sino la ascensión al poder de una nueva oligarquía que alucinando al pueblo trabajador con falsas promesas de un falso evolucionismo pretende por este camino conseguir el apoyo de las clases trabajadoras".⁹⁷

El encarcelamiento de Recabarren en Tocopilla, el "proceso a los subversivos incoado contra los dirigentes socialistas, y la destrucción de varios periódicos obreros impidieron al POS desplegar una activa campaña electoral.

La votación del 25 de junio de 1920 favoreció a Alessandri por un estrechísimo margen. Ante la eventualidad de que la oligarquía terrateniente desconociera el resultado de las elecciones, Alessandri llamó a la movilización popular. Las masas se volcaron a las calles; el comercio cerró y los vehículos desaparecieron de la circulación. El movimiento "populista" presionó a la Derecha con la consigna: "Alessandri o la Revolución".⁹⁸ Y Alessandri subió al poder.

El gobierno de Alessandri significó el comienzo de la crisis de la alianza entre el imperialismo inglés y la burguesía criolla de la nueva alianza estaba la preponderancia que había adquirido el imperialismo norteamericano sobre el inglés.

Con el gobierno de Alessandri comenzó también la pérdida de influencia de la vieja oligarquía terrateniente. Algunos autores han llegado a sostener que con Alessandri la "clase media" entró a compartir el poder. A nuestro juicio, se ha confundido irrupción política de las capas medias con participación en el poder. Alessandri gobernó en nombre de importantes fracciones de la burguesía, manipulando el respaldo de las capas medias emergentes. Trató de consolidar este clientelismo electoral otorgando empleos en la administración pública a ciertos estratos medios. Formar parte de la burocracia funcionaria no significa entrar a compartir el poder. De todos modos, las elecciones de 1920 mostraron la importancia política que habían adquirido las capas medias.

Tampoco es cierta la afirmación de varios investigadores de que con Alessandri despertó la clase obrera. La combatividad obrera, analizada en páginas precedentes, sus huelgas, sus acciones directas y la estructuración de una central sindical (la FOCH) y de un partido marxista (el POS) y de un fuerte movimiento anarquista, fueron signos elocuentes de que el despertar de los trabajadores fue anterior al gobierno de Alessandri. Ese despertar era tan notorio que el papel de Alessandri fue precisamente tratar de desviar al proletariado de sus objetivos revolucionarios, canalizándolo en una perspectiva "populista" burguesa.

Otra falacia es que Alessandri inició la revolución democrático-burguesa. El análisis de su gestión gubernamental muestra que no hubo ninguna medida nacional antiimperialista ni menos el comienzo de una reforma agraria, premisas fundamentales de la revolución democrático-burguesa en un país semicolonial.

Antes de cumplir un año, el gobierno de Alessandri mostró su verdadero rostro. El 4 de febrero de 1921 se produjo la masacre de San Gregorio. Los trabajadores del salitre exigían el pago de 15 días de desahucio, petición que fue rechazada por la empresa británica. "El jueves -escribía el periódico obrero El Despertar- amaneció tropa armada en la oficina. Al saber esto, los obreros de otras oficinas, La Valparaíso, Eugenia, Pepita y otras, se dirigieron apresuradamente a San Gregorio

con el fin de ayudar a sus compañeros del terrible trance en que se les iba a colocar, obligándoles por la fuerza a que abandonaran la oficina, sin el desahucio y humillados como perros a quienes se corre a patadas. Fueron llegando de todas las oficinas grandes grupos, hasta que en la tarde había ya concentrados en San Gregorio una cantidad no inferior a 1.500 hombres. Como a las 5,30 se dirigieron a la administración a hacer su reclamo. Estaban en el corredor esperando el señor Daniel Johnes, administrador de la oficina, el teniente Argandoña y veinte hombres del regimiento, el teniente Gainza y ocho carabineros montados. Al llegar frente a la casa administración iban delante el directorio, atrás las mujeres y más atrás el grueso de los obreros(...). El teniente Gainza sacando su revólver apuntó al grupo, disparando. Antes que el desorden se introdujese en los obreros, algunos repelieron. El teniente Argandoña mandó entonces a la tropa hacer fuego contra los obreros(...). En ese momento, se vio que el teniente Argandoña se desplomaba. La tercera descarga de los soldados del Esmeralda produjo muchos muertos. Fue una espantosa masacre(...). El resultado de la tragedia fue el siguiente: 65 obreros muertos, 34 heridos, de los cuales tres murieron antes de llegar al puerto. Militares: muertos el teniente Argandoña, un sargento y un cabo del Esmeralda, además del administrador de la oficina".⁹⁹

Durante el gobierno de Alessandri, el movimiento obrero organizado mantuvo su independencia de clase, organizando combates de protestas contra la cesantía y el alza del costo de la vida. Una de las huelgas más importantes fue la del carbón en marzo de 1922, que duró varias semanas y obligó a evacuar a mil niños de la zona de Lota y Coronel.

La mayoría de las huelgas era dirigida por la FOCH, organización que entre el 24 y 30 de diciembre de 1921 realizó en Rancagua la IV Convención Nacional a la que asistieron 102 Consejos Federales en representación de 60.000 afiliados. En esa Convención se resolvió la adhesión a la Internacional Sindical Roja y la publicación de un manifiesto en el que se señalaba: "La FOCH, adherida a la Internacional Sindical Roja tiene por finalidad la supresión total de la explotación del hombre por el hombre aboliendo la causa fundamental que la genera; es decir, la propiedad privada. En consecuencia, su lucha tenderá siempre a conseguir la socialización de los medios de producción y de cambio".

La Fundación del Partido Comunista

La definición de la FOCH y del POS en favor de la Revolución Rusa y de la III Internacional preparó el camino para la fundación del Partido Comunista. Su primera declaración de principios manifestaba: "El Partido Comunista de Chile, reunido en Congreso en la ciudad de Rancagua el 1º de enero de 1922, además de ratificar su adhesión a la Internacional Comunista con sede en Moscú, y considerando: que la sociedad capitalista por lo mismo que se divide en clases, cimienta su estructura jurídica, política y económica sobre la explotación del hombre por el hombre; que en este proceso se ha llegado al grado máximo de desarrollo razón por la cual la lucha de clases se hace más intensa; que en virtud de este hecho comprobado en todo el mundo sujeto a la dominación del capitalismo, las clases son cada vez más irreconciliables; que los componentes de esas clases no sólo se manifiestan en defensa de sus intereses aisladamente, sino que, por el contrario, tienden a agruparse con directivas propias constituyendo organismos con funciones definidas; a fin de que la clase trabajadora pueda encaminarse ventajosamente a la consecución de sus ideales, que propague la supresión de la explotación del hombre por el hombre, instaurando en su defecto una sociedad comunista, es indispensable organizar sus fuerzas capacitándose para la implantación de su dictadura en el período de transición; que para conseguir ese resultado se requiere la constitución de un organismo revolucionario de vanguardia, con propósitos claros, directivas precisas, que no puede ser otro que el Partido Comunista; por lo tanto, resuelve: 1º Constituirse en sección chilena de la Internacional Comunista, aceptando sus tesis y luchando por el triunfo de su causa, que es la causa de la clase proletaria. 2º Llamar al proletariado de todo el país

que forma el nervio de las distintas regiones: carbonífera, salitrera, minera, agrícola, industrial, etc., para que, en completo acuerdo con los fines anteriormente explicados, se incorpore a sus filas, y 3º Desenvolverse paralelamente, en perfecta inteligencia, con la organización sindical revolucionaria, a fin de constituir un lazo indestructible en la lucha final contra el capitalismo”. Además, se adoptaron las siguientes medidas: 1º Se fijó la ciudad de Viña del Mar como sede del Comité Ejecutivo Nacional. 2º Se dispuso la publicación de un periódico que sería el órgano del Comité Ejecutivo Nacional y 3º Se designa un Comité Ejecutivo Nacional integrado por: Juan Espinoza, Carlos Flores, Onofre González, Alfredo Guerrero, Isaías Iriarte, Manuel Leiva, Carlos Olivares, Benjamín Rojas y Ramón Sepulveda Leal; este último fue designado Secretario General”.¹⁰⁰

El PC tuvo una posición clasista revolucionaria frente al “populismo” de Alessandri, procurando mantener la independencia de clase del movimiento obrero. Contribuyó asimismo, a organizar no sólo al proletariado sino también al campesinado, especialmente a los inquilinos y obreros agrícolas. Precisamente, el Segundo Congreso del PC, realizado en 1923, redactó un programa para el movimiento campesino. Hernán Ramírez, historiador del PC, sostiene que el trabajo de penetración campesina “fue particularmente fructífero entre los años 1922 y 1924; entonces se establecieron varios núcleos comunistas en las áreas rurales y se fundaron sindicatos de trabajadores agrícolas(...). En Chile -informaba Recabarren el 13 de octubre de 1923- tenemos cerca de veinte sindicatos campesinos, de incipiente culturas pero dirigidos por comunistas”.¹⁰¹

El movimiento anarquista tuvo un desarrollo desigual. Mientras por un lado, ampliaba su influencia en la Federación de Estudiantes (FECH), por otro, comenzaba a perder fuerza en el movimiento obrero. Había una profunda división entre las dos organizaciones sindicales anarquistas más importantes: la Federación Obrera Regional y la IWW. La IWW participó en 1924 en el Congreso Latinoamericano anarcosindicalista realizado en Buenos Aires y en el Congreso mundial de la Asociación Internacional de Trabajadores, que era el nombre de la Internacional anarquista. La crisis del anarquismo se agravó durante la década de 1930 por su incapacidad para penetrar en los sindicatos legales y en el moderno proletariado industrial.

Durante el gobierno de Alessandri surgieron las primeras organizaciones de trabajadores agrícolas de la zona central. El movimiento obrero minero y urbano dio pleno respaldo a sus hermanos campesinos. A raíz de la represión a los campesinos, la FOCH llegó a preparar una huelga general en 1921. A pesar de que esta acción no alcanzó a concretarse, fue la primera vez en la historia del movimiento obrero chileno que una central sindical adoptó la resolución de preparar una huelga general de solidaridad con el campesinado, como una expresión de la alianza obreoro-campesina.

Una de las medidas “populistas” de Alessandri fue el proyecto de Código del Trabajo presentado al Parlamento en 1921. A través de esta legislación social, la fracción burguesa liderada por Alessandri intentaba someter la lucha de los trabajadores a una reglamentación impuesta por el Estado. Se trataba de crear una legislación que obligara a las organizaciones sindicales a institucionalizarse con el fin de establecer una discriminación entre huelgas “legales e ilegales”. Un objetivo fundamental era provocar la atomización sindical, prohibiendo por medio de la nueva ley la existencia de Centrales Obreras y de Federaciones a escala nacional.

Años antes, la burguesía se había visto obligada a dictar medidas de carácter social, como las leyes sobre “Habitaciones Obreras” (1906), descanso dominical (1907), protección a la infancia, que reglamentaba el trabajo de los niños (1912), ley de “la silla” (1914) que obligaba a los comerciantes a colocar asientos para los empleados, y la ley de Accidentes del Trabajo en 1917.

Alessandri condensó estas disposiciones, agregando una reglamentación sindical, en el proyecto de “Código del Trabajo y de la Previsión Social” presentado al Congreso el 8 de julio de 1921. Después de una larga tramitación fue aprobado el 8 de septiembre de 1924.

Coincidió con Humberto Valenzuela en señalar dos grandes períodos en la historia del movimiento sindical: uno, que denominamos sindicalismo independiente, no institucionalizado, y otro, que calificamos de sindicalismo legal. El primero, ya lo hemos analizado, señalando que los trabajadores llevaban adelante sus luchas sin importarles que la burguesía las calificara de ilegales. El método de lucha no era la negociación con los organismos del Estado, sino la acción directa para lograr sus aspiraciones inmediatas. Otra característica era la ausencia de aparatos burocráticos consolidados en el movimiento sindical.

Con la aprobación del Código del Trabajo en 1925, comienza el período del sindicalismo legal. La FOCH y los anarquistas resistieron durante varios años el proceso de institucionalización de los sindicatos. Sin embargo, en la década de 1930 el sindicalismo legal había logrado imponerse en casi todos los gremios.

La clase obrera bajo la dictadura militar de Ibáñez

La participación de los militares en la vida política nacional se expresó en los golpes de septiembre de 1924 y enero de 1925. Estos golpes se produjeron en una fase de crisis de conducción política burguesa. El proceso de transformación del país de semicolonias inglesa a semicolonias norteamericana, obligaba a una redefinición de la alianza de la burguesía criolla con la metrópoli imperialista. El gobierno de Alessandri había significado el comienzo de la crisis de la tradicional alianza con el imperialismo inglés, abriendo un proceso de lucha interburguesa entre las fracciones pro-inglesas y pro-norteamericanas.

El golpe del 5 de septiembre de 1924, dirigido por el almirante Nef y el general Luis Altamirano, fue un intento del sector pro-inglés para restaurar las bases de la antigua alianza, alteradas por el alessandrismo. Sin embargo, el movimiento militar no era homogéneo. En su interior se fue gestando un ala anti-oligárquica, acaudillada por Marmaduque Grove y Carlos Ibáñez del Campo líderes de la joven oficialidad, quienes dieron un nuevo golpe militar el 23 de enero de 1925. Estos militares permitieron el retorno de Alessandri para que completara su período de gobierno con la condición de que el coronel Ibáñez fuera designado Ministro del Interior.

Poco antes de terminar su gestión el gobierno de Alessandri consumó una nueva masacre en La Coruña el 3 de junio de 1925. Los obreros del salitre estaban en huelga porque los empresarios extranjeros no cumplían con los convenios. "Desde mediados del mes de mayo -relataba el periódico "El Arrendatario"- estaban llegando fuerzas de línea a Tarapacá y Antofagasta(...). Estas maquinaciones provocaron una huelga de 24 horas en las oficinas de Coruña, Argentina, Barrechea, San Enrique(...). Las fuerzas represivas dispararon. En estas refriegas los partes del gobierno dijeron primero que sólo hubo 30 muertos, después el general de la Guardia manifestó que había encontrado 59. Y eso que se bombardeó con artillería las oficinas. Un testigo dice que no deben bajar de dos mil los que perecieron en esta masacre".¹⁰²

Estas medidas represivas no lograron amedrentar al pujante movimiento obrero. En 1925 existían 214 sindicatos que agrupaban a 204.000 trabajadores, en su mayoría afiliados a la FOCH. Los organismos más importantes eran los sindicatos salitreros con 40.000 afiliados, los 50 sindicatos de diversas industrias y oficios que agrupaban 60.000 asociados, los sindicatos de obreros de Imprenta y otros que totalizaban 40.000 afiliados, los 15 sindicatos metalúrgicos con 16.000 socios, los 30 sindicatos de la Federación Ferroviaria que agrupaban a 15.000 afiliados, los 12 sindicatos del carbón con 10.000 socios, los 30 sindicatos de trabajadores marítimos con 11.000 afiliados.

Este poderoso movimiento obrero era en gran parte la herencia que dejaba Luis Emilio Recabarren al morir el 19 de diciembre de 1924. El proletariado perdía no sólo al propagandista y agitador de la FOCH, al fundador del POS y del PC, sino también al precursor del pensamiento marxista latinoamericano.

Un año después del suicidio de Recabarren, los trabajadores mostraron su fuerza política al promover un candidato presidencial, José Santos Salas, para enfrentar la postulación burguesa de Emiliano Figueroa. Estas elecciones de 1925, convocadas para elegir al sucesor de Alessandri, se constituyeron en una forma de enfrentamiento de clase contra clase. Por un lado, Emiliano Figueroa apoyado por todos los partidos de la burguesía y, por otro, José Santos Salas, respaldado por el proletariado, el PC, el P. Democrático y la USRACH (Unión Social Republicana de Asalariados de Chile), creada en 1925. El resultado fue una sorpresa: 186.187 para Figueroa y 74.091 para Salas. Era la primera vez en la historia de Chile que una candidatura apoyada casi exclusivamente por la clase obrera obtenía esta altísima votación.

Enfervorizados por el apoyo popular, los dirigentes del comando de la candidatura de Salas desconocieron el resultado de las elecciones, calificándolas de fraudulentas. Veinte mil personas invadieron las calles de Santiago: "Las Comisiones del PC y de los Asalariados de Salas daban orden perentoria al comercio y los bancos de cerrar, so pena de ser saqueados".¹⁰³

El 26 de octubre estalló el paro general. Masas armadas de garrotes, de hachas, de cuchillos, recorrieron las calles de Santiago durante tres días. La burguesía organizó 'guardias blancas' que encabezaron una manifestación armada el 28 de octubre para desalojar a los trabajadores del centro de la ciudad y del Parque Cousiño.

Ibáñez, que en un comienzo había alentado la candidatura de Salas temió el desbordamiento social. Hizo entrega del gobierno a Figueroa. Un año y medio después forzaba a Figueroa a renunciar. La burguesía necesitaba un "hombre fuerte" que parara en seco el impulso revolucionario de los trabajadores. Carlos Ibáñez declaraba en noviembre de 1926: "O esperamos con los brazos cruzados el advenimiento del Soviet o se organiza un Ministerio de orden apolítico, enérgico y fuerte".¹⁰⁴ Ante esa disyuntiva las diferentes fracciones de la burguesía levantaron a Ibáñez como único candidato.

Bajo el gobierno de Ibáñez se dieron amplias facilidades al capital monopólico norteamericano, especialmente a la empresa Guggenheim, que se apoderó de importantes yacimientos salitreros, a través de los convenios de la COSACH (Corporación del Salitre Chileno).

El general Ibáñez utilizó una táctica bifronte en relación al movimiento de masas.

Por un lado, desencadenó una represión selectiva en contra de la vanguardia del movimiento obrero encarcelando, persiguiendo y desterrando a los militantes más destacados de la FOCH, del PC y de la IWW. Comunistas y anarquistas fueron relegados a la Isla Más Afuera y otras regiones, en esta tentativa de descabezamiento de las organizaciones más combativas de la clase obrera.

Por otro lado, se puso en marcha un plan de estatización sindical, es decir, control de los sindicatos legales por intermedio de organismos estatales, como la Dirección General del Trabajo. En este sentido, Ibáñez puede ser considerado como uno de los primeros políticos burgueses de América Latina que aplicó la línea de estatización sindical, iniciada en Europa por el fascismo italiano.

El desarrollo del sindicalismo legal, a partir de la promulgación del Código del Trabajo en 1925, favoreció los planes de estatización sindical. De 1927 a 1931 se crearon numerosos

sindicatos de obreros y empleados. A la caída de Ibáñez, existían 250 sindicatos legales con 50.000 asociados.

Para llevar adelante los planes de control sindical, Ibáñez alentó la formación de la CRAC (Confederación Republicana de Acción Cívica). Mediante la política de estatización sindical y la promoción de la CRAC, Ibáñez procuraba crear una base de sustentación popular. Este apoyo controlado de masas era utilizado por Ibáñez para amenazar verbalmente a la vieja oligarquía. A su vez, el general se presentaba como el defensor más consecuente del Estado burgués encarcelando a los comunistas y anarquistas.

Este juego político consistente, por un lado, en apoyarse en la burguesía para perseguir a los trabajadores de vanguardia y, por otro, utilizar los sindicatos legales y la CRAC para enfrentar las críticas de las fracciones de la oligarquía, hacía aparecer a Ibáñez como un árbitro entre las clases. Por eso, podemos caracterizar la presidencia de Ibáñez como uno de los primeros gobiernos bonapartistas de la historia de Chile. Este bonapartismo impuso un gobierno dictatorial, respaldado por la mayoría del Ejército y las fracciones pro-norteamericanas de la burguesía. La dictadura canceló gran parte de las libertades democráticas, reforzando el aparato represivo con la creación del Cuerpo de Carabineros en 1927.

Las repercusiones de la crisis mundial de 1929 prepararon las condiciones para la caída de Ibáñez en 1931.

La República “Socialista”

La caída de Ibáñez abrió un período de crisis política que no pudo superar la Junta Cívica presidida por Juan Esteban Montero. La crisis agudizó las fricciones interburguesas, alcanzando las filas de las Fuerzas Armadas.

En septiembre de 1931 estalló la rebelión de la Marina. El vicepresidente Manuel Trucco, que había reemplazado a Montero, pretendió tomar medidas anticrisis reduciendo en un 30% los sueldos del sector público y en un 10% los de las Fuerzas Armadas. Los marineros, especialmente los suboficiales, manifestaron públicamente su protesta.

El 1º de septiembre de 1931 se inició la rebelión de 5.000 marineros. Los tripulantes del acorazado "Almirante Latorre", surto en la bahía de Coquímbo, tomaron prisioneros a los altos oficiales. Pocas horas después la marinera de Talcahuano, donde estaba la mayor parte de la escuadra se plegó al movimiento. Hubo enfrentamientos en los que murieron 20 personas. Los barcos que estaban en Talcahuano salieron rumbo a Coquimbo. En el trayecto fueron bombardeados por la Aviación. Los rebeldes se rindieron el 8 de septiembre.

El levantamiento tuvo al comienzo un carácter economicista: impedir la rebaja de los sueldos. Pero, a medida que se agudizaba el enfrentamiento las demandas adquirieron un tono político. Los marineros comenzaron a confraternizar con los obreros. Sin embargo, el comando de la rebelión no pudo o no quiso concretar ningún acuerdo con las organizaciones obreras más importantes. Este error fundamental de los insurrectos condujo al aislamiento y la pronta derrota. A su vez, los dirigentes del movimiento obrero no supieron aquilatar la importancia de la rebelión de la marina. Salvo algunos gremios de Santiago y Valparaíso, como los de la construcción y gráficos, que llamaron a la huelga general, la mayoría de los dirigentes se mantuvieron a la expectativa, desperdiciando una coyuntura excepcional para agudizar el proceso revolucionario.

A fines de 1931, en la noche de Pascua, militantes de la FOCH y del PC planearon el asalto de los cuarteles de Vallenar y Copiapó. Fueron sorprendidos y masacrados, luego de un tiroteo de

tres horas. Esta acción, conocida con el nombre de "Pascua Trágica", tuvo un carácter putchista, sin apoyo del movimiento de masas.

La burguesía tarató de superar la crisis eligiendo presidente a Juan Esteban Montero.

El 4 de junio de 1932, Montero fue derribado por un golpe de Estado, encabezado por un sector nacionalista de las Fuerzas Armadas y un grupo de civiles de orientación socialdemócrata. Se formó una Junta de Gobierno integrada por Eugenio Matte Hurtado, Carlos Dávila y el general Arturo Puga. Su principal apoyo militar provenía del Director de la Escuela de Aviación, Marmaduke Grove.

Este gobierno -mal llamado "República Socialista"- levantó un programa anti-oligárquico y antiimperialista. La desembozada entrega de las riquezas mineras había provocado una reacción nacionalista en importantes capas medias y proletarias, generando el primer movimiento antiimperialista de masas de la historia de Chile.

La Junta propuso la expropiación de los depósitos de moneda extranjera, la liquidación o reorganización de la COSACH, el monopolio por el Estado del comercio exterior y revisión de los contratos con las compañías extranjeras.

Se plantearon, asimismo, una serie de medidas anti-oligárquicas, como la modificación del sistema tributario y el impuesto extraordinario y progresivo a las fortunas superiores a un millón de pesos.

También tuvo amplio respaldo el decreto que ordenaba a la Caja de Crédito Popular devolver los artículos, como máquinas de coser, prendas de vestir y herramientas, que se habían visto obligados a empeñar los sectores más empobrecidos. Se trató, asimismo, de ganar el apoyo de la pequeña burguesía, especialmente de los comerciantes minoristas al decretar la moratoria de sus deudas.

La burguesía y el imperialismo sabían que sus intereses estaban amenazados no tanto por las declaraciones de la Junta sino por el proceso de ascenso de las luchas obreras. Durante los doce días que duró la llamada "República Socialista" se vivió un período revolucionario, caracterizado por el surgimiento de embriones de poder popular que reclamaban armas a la Junta. Los sectores más combativos del movimiento obrero ocuparon los lugares de trabajo, creando Consejos o Comités Revolucionarios.

La Junta hizo de inmediato declaraciones anticomunistas. Grove declaró: "estamos resueltos a proceder con mano dura contra los comunistas".¹⁰⁵

Los trabajadores no sólo planteaban la lucha antiimperialista sino que también exigían la expropiación de las empresas y la convocatoria a una Asamblea Constituyente. En un comicio, organizado por los obreros de Tomé, se adoptaron las siguientes resoluciones: " a) Solicitar que dentro de un plazo posible se constituya el gobierno Socialista de la República, previa convocatoria a una Asamblea Constituyente; b) pedir la inmediata socialización de las industrias que elaboran artículos de primera necesidad".¹⁰⁶

Los sindicatos y asociaciones populares se agruparon en nuevos organismos denominados Comités Revolucionarios, Frente Unico Proletario y Alianza Revolucionaria. En Concepción se formó el 13 de junio un "Consejo Revolucionario" integrado por la FOCH, el grupo universitario "Avance", el PC, las Federaciones de maestros, empleados y ferroviarios.

Como expresión de la conciencia socialista emergente, el Sindicato Profesional de Molineros de Santiago pidió al gobierno "la socialización inmediata de la industria molinera, por considerar que es la primera industria que el Estado Socialista debe tener en sus manos por ser el primer alimento del pueblo".¹⁰⁷

Ante las medidas de boicot promovidas por la burguesía para sabotear el proceso revolucionario, los organismos populares resolvieron exigir "la socialización de toda industria que se encuentre en receso o que pretenda paralizar sus actividades".¹⁰⁸ El sabotaje patronal fue creando las condiciones para el golpe de Estado.

El movimiento estudiantil, recuperado del profundo retroceso sufrido bajo la dictadura de Ibáñez, trató de ligar las luchas universitarias con el proceso revolucionario que vivía el país. Se planteó una nueva Reforma Universitaria, logrando que el gobierno dictara la ley de autonomía universitaria el 15 de junio.

Influenciados por el ascenso popular, los empleados y obreros del poderoso diario "El Mercurio" enfrentaron por primera vez a los patrones, planteando la socialización de la empresa. Los Edwards trataron de contener estas aspiraciones, prometiendo el reparto de utilidades y el nombramiento de representantes de los trabajadores en el Consejo Directivo de la empresa.

La situación revolucionaria repercutió en las Fuerzas Armadas, como lo testimonia un artículo del diario "El Sur" titulado "Por la Escuela Naval Unica con base socialista": "Se ha organizado el frente único de la Armada Nacional, tropa del ejército y aviación, compuesto por todos los expulsados y condenados a raíz de los acontecimientos de septiembre. Esta organización tendrá sedes en Valparaíso y Talcahuano y Santiago y tiene por finalidad la de obtener del actual gobierno la reorganización de la Marina, instituyendo una escuela única a base socialista".¹⁰⁹ Esta resolución socializante de un sector de la marinería era una de las formas de expresión de la crisis que atravesaban las Fuerzas Armadas.

El proceso de politización de los militares, agudizado desde el golpe de 1924 alcanzó su máxima polarización en junio de 1932, en que se enfrentaron los oficiales más derechistas con los sectores nacionalistas y anti-oligárquicos, encabezados por el aviador Marmaduke Grove. El imperialismo y la burguesía no estaban dispuestos a tolerar por más tiempo esta crisis al interior de las Fuerzas Armadas, que podía reproducir en forma ampliada la rebelión de la Marina en 1931. Los generales y almirantes, coludidos con un miembro renunciado de la Junta, Carlos Dávila, fueron los peones movidos por la burguesía para asestar el golpe contrarrevolucionario el 16 de junio de 1932.

Doce días solamente duró la "República Socialista", respaldada por un movimiento anti-imperialista y anti-oligárquico de profundo contenido nacionalista y popular, como no se había registrado hasta entonces en Chile. El PC planteó la necesidad de formar de inmediato Soviet de obreros, campesinos, soldados y marineros. La Izquierda Comunista, organización escindida del PC en 1930, trató de expresar las aspiraciones de los sectores de vanguardia a través del siguiente programa: "1) La Junta Revolucionaria debe armar a los trabajadores reconociendo sus Comités y entregándoles armas para formar la Guardia Revolucionaria. 2) Formación de Comités de obreros y campesinos, de fábricas, minas, salitreras, transporte, y su reconocimiento para el control de la producción y su reparto; 3) Entrega del control de las fuerzas a las clases, lo que se ejecutará por medio de asambleas de soldados y marineros; 4) Entrega de las Municipalidades a los trabajadores y municipalización de las viviendas con el control de los cesantes sobre su alimentación y aprovisionamiento. 5) Socialización de los medios de producción, expropiándolos sin indemnización, y entrega de la tierra a quienes la trabajan".¹¹⁰

La movilización obrera había desbordado los límites fijados por la dirección nacionalista pequeño-burguesa, generando una situación revolucionaria. Aunque el programa de la Junta era difuso porque no proponía medidas anti-imperialistas concretas y una reforma agraria definida, la dinámica del proceso revolucionario cuestionaba el régimen burgués. El imperialismo y la burguesía desencadenaron rápidamente el contragolpe. El gobierno de los "doce días" cayó sin combate porque no se atrevió a entregarles armas que reclamaban los trabajadores. La huelga general de los días 16 y 17 de junio fue aplastada por los militares que encumbraron en el poder a Carlos Dávila, embajador de Chile en Estados Unidos.

El movimiento obrero durante el segundo gobierno de Alessandri

Durante el gobierno de Alessandri, la rivalidad interimperialista por el control de la economía chilena se definió a favor del capital monopólico norteamericano, consolidando la conversión de Chile en semicolonias norteamericana.

Alessandri impuso un gobierno autoritario. Promulgó en 1936 la ley de Seguridad Interior, incorporando nuevas disposiciones represivas. Con el visto bueno del gobierno, los conservadores y liberales promovieron cuerpos para-militares, como las "milicias republicanas", en un intento de aplastar las organizaciones de los trabajadores. Asimismo, emergió el Movimiento Nacional Socialista, liderado por el fascista Jorge González von Marées, cuyas bandas atacaban a los militantes de la vanguardia obrera y peleaban en las calles con los partidos de izquierda. Alessandri, que los había tolerado al principio, ordenó su exterminio en la masacre del edificio del Seguro Obrero en septiembre de 1938.

A pesar del autoritarismo gubernamental, durante la década de 1930 hubo una consolidación del sindicalismo legal. En relación a este proceso, el PC y la FOCH tuvieron un período sectario en el cual se pretendió establecer una cuasi identidad entre partido y sindicato; esta política de los "sindicatos rojos" condujo al aislamiento de PC y a la desintegración de la FOCH. En 1934, los militantes de PC comenzaron a ingresar a los sindicatos legales.

En este período hubo un rápido proceso de unificación sindical. En noviembre de 1931 se formó la Confederación de Sindicatos Industriales de Santiago, a base de los sindicatos legales. En 1932 fue creada la Federación Nacional Sindical y la Organización del Trabajo de Chile, las que se fusionaron el 21 de mayo de 1934 en la Confederación Nacional Sindical.

La CTCH

El proceso de unificación sindical culminó en 1936 con la creación de la segunda central obrera de la historia chilena, la CTCH (Confederación de Trabajadores de Chile). Su Congreso de Fundación, reunido desde el 24 hasta el 2 de diciembre, tuvo un predominio de delegados comunistas y Socialistas. Los anarquistas se retiraron reafirmando su posición crítica al sindicalismo legal e institucionalizado.

La CTCH aprobó una declaración de principios de carácter reformista, apartándose de la tradición revolucionaria a la de la FOCH. Omitía toda referencia a la necesidad de luchar por el derrocamiento del sistema capitalista y su reemplazo por una sociedad socialista. Hipotecaba la independencia de clase al llamar a la burguesía "progresista" a formar un frente con el proletariado y sembraba ilusiones en el "perfeccionamiento de la democracia". La CTCH se incorporó al Frente Popular en 1937, llevando a la práctica su política de colaboración de clases.

El movimiento proletario se expresó combativamente no sólo a través de huelgas sino también de la organización de milicias obreras o "milicias socialistas" que luchaban contra los fascistas en las calles de las principales ciudades del país. Los partidos de izquierda tenían grupos de militantes especialmente entrenados para la lucha antifascista, capaces de enfrentar con las armas a los enemigos de la clase obrera.

Una de las huelgas más importantes fue la de los ferroviarios en 1936. El gobierno de Alessandri calificó de subversivo el movimiento, implantando el estado de sitio y entregando a las Fuerzas Armadas la administración de los ferrocarriles. Los trabajadores mostraron una vez más su solidaridad, respaldando con una combativa huelga la lucha de los ferroviarios.

El movimiento campesino prosiguió el proceso de ascenso iniciado en la década anterior. Los obreros agrícolas de las viñas de la zona central organizaron en 1932 y 1933 los sindicatos de Viña Casablanca, de Molina, Viña Lontué, Viña San Pedro y otros. También se organizaron los inquilinos de Barrancas, Pudahuel, Lo Prado y otros de los alrededores de Santiago.

Las mujeres campesinas hijas de inquilinos en su gran mayoría, se incorporaron a la lucha, integrándose a los nuevos sindicatos agrícolas. Trabajaban preferentemente como lechadoras u ordeñadoras, cobrando 40 centavos el decálitro de leche. En los pliegos de peticiones, especialmente en las huelgas de 1934, exigían que se les pagara por vaca ordeñada. Eran obreras permanentes. En cambio, las plantadoras de cebollas u otros almácigos y las recolectoras de frutas trabajan a trato solamente en la temporada de siembra y cosecha.

Los medieros y pequeños propietarios se unieron con los inquilinos y obreros agrícolas para fundar en 1935 la Liga Nacional de Defensa de los Campesinos Pobres. Sus principales luchas se produjeron en la zona central, orientadas por Emilio Zapata.

El viraje de P. Comunista

En este período se produjo el cambio de orientación del Partido Comunista. Desde su fundación había sostenido la necesidad de luchar por la Revolución Socialista, rechazando toda política de colaboración de clases con los partidos de la burguesía. El PC combatió tanto el populismo de Alessandri como el bonapartismo de Ibáñez. Durante los doce días de la República "Socialista" agitó la consigna de todo el poder a los Comités Revolucionarios de obreros, campesinos, soldados y marineros.

Esta estrategia política fue cambiada por otra que planteaba la revolución por etapas, es decir, luchar primero por la revolución democrático-burguesa; una vez cumplida esta etapa, se plantearía la caída del régimen capitalista y la ulterior instauración del socialismo. Esta concepción etapista de la revolución fue impuesta a los partidos comunistas por el jefe de la III Internacional, José Stalin, quien la aplicó por primera vez en China presionando al PC para que llegara a un acuerdo con el Kuomintang de Chiang-Kai-Scheck. A pesar de que esta burguesía "nacionalista" y "progresista" terminó masacrando en 1926 a los militantes comunistas en Shangai y Cantón, el stalinismo siguió empeñado en su estrategia gradualista de la revolución.

La política de colaboración de clases adquirió nuevos matices en Europa a través de los Frente Populares. Su teórico, Jorge Dimitroy, encontró su justificación en la necesidad de ampliar las alianzas para luchar contra el fascismo. Los PC de Europa, que habían tenido una praxis sectaria con la socialdemocracia al calificarla de social-fascista, no solamente plantearon una alianza con ella -lo que era correcto como expresión de un Frente Unico Proletario- sino que se subordinaron a

los partidos burgueses que se decían antifascistas. El resultado fue trágico: la derrota de la Revolución Española de 1936, la primera gran revolución de la Europa Occidental.

El PC chileno comenzó a revisar su estrategia en la conferencia de 1933, como lo prueba uno de sus libros oficiales: "En julio de 1933, el Partido realizó una importante Conferencia Nacional a la cual concurrió Fonseca. En esta Conferencia el Partido planteó por primera vez que en Chile corresponde realizar la revolución democrático-burguesa(...)creando las bases materiales para el desarrollo del capitalismo nacional, la democratización de la República y la lucha ulterior por el socialismo. Con anterioridad, el Partido venía planteando la revolución social en términos generales, o la revolución socialista, sin tomar debidamente en cuenta el carácter semicolonial y semifeudal del país y el hecho de que, para llegar al socialismo, no se puede saltar etapas".¹¹¹ De esta premisa teórica, se deduciría rápidamente la estrategia del Frente Popular con los sectores "progresistas", dispuestos a impulsar el "desarrollo del capitalismo nacional".

La Izquierda Comunista

La Izquierda Comunista se gestó como tendencia en el interior del PC. Sus divergencias se iniciaron en torno a la aplicación de la estrategia nacional y al funcionamiento de la democracia interna. Pronto, se elevaron a los problemas internacionales, al papel del stalinismo y al proceso de burocratización de la Unión Soviética, definiéndose la Izquierda Comunista a favor de las posiciones de Trotsky. El Buró Sudamericano de la II Internacional, dirigido por Codovila, desde Argentina, ordenó la expulsión del sector trotskista de las figuras del PC, en 1931. Un actor de estos sucesos manifiesta que "la fracción Lafetista, en un congreso realizado entre gallos y media noche, sin permitir la participación de la Oposición, procedió a expulsarla. A partir de ese momento, el rompimiento se hizo público y empezaron a actuar dos partidos comunistas que disputaban ser Sección Chilena de la Tercera Internacional".¹¹²

La izquierda Comunista –que fue el nombre adoptado poco después- dirigida por Humberto Mendoza (Jorge Norte), Manuel Hidalgo, Pablo López, Oscar Waiss, Humilde Figueroa, una de las mujeres más combativas de esa época, junto a otros destacados cuatro marxistas, se constituyó cuadros marxistas, se constituyó en 1931 en un partido casi tan fuerte como el PC. Sus principales fuerzas estaban en el sector de los obreros de la construcción. Sus militantes del Sindicato Unico de la Construcción dirigieron en 1932, en la edificación del Policlínico N°1 del Seguro Obrero, una de las primeras experiencias de autogestión obrera realizada en Chile. Valenzuela, que era dirigente de ese Sindicato, comenta que "la organización obrera desplazó a los contratistas en la construcción de dicha obra, y los obreros construían bajo su propia dirección".¹¹³

La Izquierda Comunista tuvo dirigentes obreros de gran relevancia como Pablo López, uno de los mejores oradores y agitadores sindicales, y Emilio Zapata, organizador de los sindicatos agrícolas de la zona central y primer diputado campesino de Chile. Junto a ellos lucharon Marcos Contreras, líder de los habitantes de los conventillos de Quinta Normal y Humberto Valenzuela, dirigente del Sindicato único de la Construcción y organizador de los sindicatos campesinos de Maipú.

La izquierda Comunista jugó un papel destacado en la organización de los sindicatos campesinos de la provincia de Santiago. De su seno, surgió Emilio Zapata, el principal activista campesino de la época, hecho ocultado por algunos escritores e ignorado por otros. Emilio Zapata, nacido en Santiago en 1896, era un obrero que militó en el PC hasta que se produjo la escisión que dio origen a la Izquierda Comunista. Fue el primer diputado campesino al ser elegido en los comicios de 1932. Estuvo al frente de numerosas huelgas de los trabajadores agrícolas, siendo detenido en varias ocasiones.

La Izquierda Comunista también obtuvo representación parlamentaria en las elecciones de 1932: el senador Manuel Hidalgo y el diputado Zapata ya mencionado.

El primer Congreso Nacional de la Izquierda Comunista se realizó el 19 de marzo de 1933. Las revoluciones, publicadas en el libro En defensa de la Revolución, constituyen uno de los aportes más serios al pensamiento marxista chileno, en especial la tesis agraria. La Izquierda Comunista fue una de las primeras organizaciones revolucionarias en tomar conciencia del problema nacional, formulando un claro programa de lucha antiimperialista. También aplicó consecuentemente la estrategia de Frente Unico. Llevó a la práctica el Frente Unico Antiimperialista con ocasión del gobierno nacionalista surgido el 4 de junio de 1932, apoyando las medidas contra el capital extranjero, sin capitular ante las corrientes pequeño burguesas; exigió la entrega de armas al proletariado para enfrentar a la oligarquía y profundizar el proceso revolucionario. Poco después, planteó la política del Frente Unico Proletario, contribuyendo a la formación del Block de Izquierda junto al PC con el fin de impedir la política de colaboración de clases auspiciada por el Frente Popular en germen.

Aunque la Izquierda Comunista fue una de las primeras organizaciones revolucionarias latinoamericanas simpatizante del trotskismo, se mostró vacilante en la hora de la convocatoria a la creación de la Cuarta Internacional. Terminó ingresando al PS en 1936, frustrando de este modo la posibilidad de crear un partido marxista revolucionario con influencia de masas. Un sector, encabezado por Enrique Sepúlveda, uno de los teóricos más destacados del país, rechazó esta orden de ingreso al PS, fundado en 1938 el Partido Obrero Revolucionario (POR), la primera sección chilena de la Cuarta Internacional. Los militantes del POR llevaron adelante una consecuente campaña de denuncia de la política de colaboración de clases del Frente Popular.

Fundación y desarrollo del Partido Socialista

La experiencia de la llamada República "Socialista" aceleró el proceso de unificación de varios grupos de izquierda: la NAP (Nueva Acción Pública), liderada por Eugenio Matte Hurtado, gran maestro de la masonería, la ARS (Acción Revolucionaria Socialista), dirigida por Eugenio González y Oscar Schnake, la Orden Socialista, el Partido Socialista Internacional, el Partido Socialista Marxista y el Partido Socialista Unificado.

De este proceso unitario nació el Partido Socialista el 19 de abril de 1933. Su posición antiimperialista y anti-oligarquía le permitieron ganar el respaldo de sectores medios y populares. El PS comenzó a disputar al PC el control del movimiento obrero organizado, hecho que se puso de manifiesto en el congreso de fundación de la CTCH. En menos de un lustro, el PS se transformó en un partido con mayor influencia que el PC, aunque con bases menos sólidas en el proletariado minero e industrial.

El PS arrastró desde su nacimiento una lucha de tendencias entre el sector socialdemócrata, de raigambre masónica, encabezado por Schnake, secretario general, y un ala revolucionaria que pugnaba por darle al partido una concepción marxista. Este sector logró un triunfo parcial con la formación del Block de Izquierda que hacía fuertes críticas a la alianza con sectores de la burguesía.

Para llevar adelante esta política, el ala izquierda se basaba en la declaración de principios aprobada en el Congreso de Fundación del PS: "El régimen de producción capitalista, basado en la propiedad privada de la tierra, de los instrumentos de producción, de cambio, de crédito y de transportes, debe necesariamente ser reemplazado por un régimen económico socialista, en que dicha propiedad privada se transforme en colectiva. Durante el proceso de transformación total del sistema es necesaria una dictadura de trabajadores organizados. La transformación evolutiva por

medio del sistema democrático no es posible, porque la clase dominante se ha organizado en cuerpos civiles armados y ha erigido su propia dictadura para mantener a los trabajadores en la miseria y en la ignorancia e impedir su emancipación”.¹¹⁴

El III Congreso del PS, realizado en febrero de 1936 en Concepción, estimaba al Frente Popular "como una combinación donde prevalecería la política del ala más conservadora, soporte del régimen capitalista, la del Partido Radical. Los partidos obreros, entonces, pasarían a ser instrumentos del radicalismo demoburgués y prisioneros del miedo a presentar el programa socialista para no herir o asustar los intereses de clase de sus aliados capitalistas. El Frente Popular unía a partidos políticos representantes de clases distintas y antagónicas, por lo cual era imposible concebir una acción armoniosa y vigorosa en defensa de las aspiraciones populares”.¹¹⁵

César Godoy Urrutia, entonces líder del ala izquierda socialista y defensor de las ideas de Trotsky, en una sesión de la Cámara de Diputados, planteó en la revista "Consigna": "La nueva táctica del Frente Popular que si en el fondo conduce a la unidad política de la clase trabajadora, envuelve el peligro de la alianza con sectores de la pequeña burguesía y, consecuentemente, el de la desviación ideológica".¹¹⁶

En momentos que se estaba fraguando la alianza del Frente Popular, los radicales dieron una nueva voltereta oportunista, ingresando con 3 ministros al gabinete de Alessandri. Los socialistas criticaron esta postura del PR, levantando la candidatura de Marmaduque Grove a la presidencia de la República en el IV Congreso del PS efectuado en Talca el 9 de mayo de 1937.

El diario "Frente Popular" del PC, se pronunció en contra de esta resolución: "Por un lado aprobó la consolidación del Frente Popular, mientras, por otro, se proclamó en forma intransigente la candidatura de Marmaduque Grove Vallejos a la presidencia colocando un escollo difícil de sortear en la trayectoria de ese organismo".¹¹⁷

El PC quería a toda costa llegar a un acuerdo con el PR. Por eso, consideraba la candidatura de Grove, levantada por el PS, como un obstáculo para concretar el Frente Popular. La intervención del dirigente comunista, José Vega, en la Cámara de Diputados el 2 de septiembre de 1936, había claramente establecido que "el Frente Popular en el orden económico no contempla la abolición de la propiedad privada, el principio fundamental del socialismo; contempla el desarrollo de la producción capitalista; y en el orden político no pretende la instauración de un régimen soviético, pretende la defensa del régimen republicano".

En las elecciones municipales de abril de 1938, los radicales obtuvieron 300 regidores, los socialistas 81 y los comunistas 48. Estas cifras sirvieron de base para establecer la proporción de delegados de la Convención Presidencial del Frente Popular: 400 radicales, 300 socialistas, 160 comunistas, 120 democráticos y 120 de la CTCH. Esta escuálida representación de la CTCH no representaba su fuerza real, que era mayor, sino que fue una manera disimulada de aumentar la representación de determinados partidos políticos. Como ninguno de los candidatos a presidente obtuvo los dos tercios requeridos, Marmaduque Groye renunció a su postulación por el PS, siendo proclamado Pedro Aguirre Cerda como candidato del Frente Popular.

De este modo, terminaba la era de la independencia de clase y se inauguraba la etapa de la colaboración de clases, impuesta por las direcciones reformistas del movimiento obrero.

Notas

- ¹ MARCELO CARMAGNANI: **“El salario minero en Chile Colonial”**, p. 53 y 91, Ed. Universitaria, Santiago, 1963.
- ² Representación de José A. Becerra a don Ambrosio O’Higgins, en la Revista Chilena de Historia y Geografía, N° 112, julio-diciembre de 1948, p. 383, Santiago.
- ³ MARCELO SEGALL: **“Las huelgas de clases en las primeras décadas de la República de Chile”**, p.4, Separata de Anales de la Universidad, N° 125, Santiago, 1962.
- ⁴ M. CARMAGNANI: op. Cit., p. 66
- ⁵ Ibid., p. 68.
- ⁶ Ibid., p. 98.
- ⁷ AMBROSIO VALDES C. : **“La Revolución Chilena y campañas de la Independencia”**, p. V, 2da. Edición, Santiago, 1888.
- ⁸ Sesiones de los Cuerpos Legislativos, 1811 a 1845, Tomo I, p. 357 a 359.
- ⁹ MARCELO SEGALL: **Las luchas de clases...** op. Cit., p. 19.
- ¹⁰ Ibid., p. 19
- ¹¹ CARLOS M. SAYGO: **“Historia de Copiapó”**, p. 372, Imprenta de Atacama, Copiapó, 1874.
- ¹² DOMINGO F. SARMIENTO: **“Chile, descripciones, viajes, episodios, costumbres”**, p. 23, Eudeba, Buenos Aires, 1961.
- ¹³ SERGIO SEPULVEDA G.: **“El trigo chileno en le mercado mundial”**, p. 44, Ed. Universitaria, Santiago, 1959.
- ¹⁴ CLAUDIO GAY: **“Historia Física y Política de Chile. Agricultura”**. T. I, p. 178 y 198, París, 1865.
- ¹⁵ Ibid, p. 202.
- ¹⁶ Citado por HORACIO ARANGUIZ D. : **“La situación de los trabajadores agrícolas en el siglo XIX”**. EN Estudios de **“Hist. De las Inst. Polít.”** y Soc., p. 13 Fac. de Ciencias Jurídicas de la U. De Chile, Santiago, 1968.
- ¹⁷ PEDRO FERNANDEZ NIÑO: **“Cartilla de campo, escrita para uso de loa agricultores”**, 2da. Ed, Stgo., 1857, cit por Ibid, p. 16.
- ¹⁸ BARROS ARANA: **“Un decenio de la Historia de Chile”**, T. II, p. 88, Santiago, 1913.
- ¹⁹ M. SEGALL: op. Cit. P. 42.
- ²⁰ ARMANDO DONOSO: **“Bilbao y su tiempo”**, p. 38, Santiago, 1913.
- ²¹ JOSE ZAPIOLA: **“La Sociedad de la Igualdad y sus enemigos”**, p. 7, Imp. Del Progreso, Santiago, marzo de 1851.
- ²² Reproduc. Por GABRIEL SANHUEZA: **“Santiago Arcos”**, p. 207, Ed. del Pacífico, Santiago, 1956.
- ²³ Citado por JULIO CESAR JOBET: **“Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad”**, p. 126-127, Santiago, 1942.
- ²⁴ Carta de Arcos a Bilbao, 29 de octubre de 1852, reproducida por Gabriel Sanhueza: op. Cit., 197 a 232.
- ²⁵ BENJAMIN VICUÑA MACKENA: **“Historia de los Diez años de la Administración de M. Montt. Levantamiento y Sitio de La Serena”**, p. 50, Santiago, 1862.
- ²⁶ A. EDWARDS: **“Cuatro Presidentes de Chile”**, T. I, p. 121, Valparaíso, 1932.
- ²⁷ Archivo Nacional. Archivo Vicuña Mackena, Vol. 30, pieza 4
- ²⁸ El Diario de los Libros, 30/12/1851.
- ²⁹ C.O SCHNEIDER y F. ZAPATA: **“Libro de oro de la Historia de Concepción”**, p. 268, Concepción, 1950.
- ³⁰ PEDRO PABLO FIGUEROA: **“Historia de la Revolución Constituyente”**, 1858-1859, p. 318, Santiago, 1889.
- ³¹ El Correo del Sur, N° 1072, 3 de marzo de 1859, Concepción.
- ³² PEDRO PABLO FIGUEROA: op. Cit., p. 521.
- ³³ FRANCISCO ENCINA: **Historia de Chile**, Tomo XIII, p. 316.
- ³⁴ El Correo del Sur, N° 1067, 19 de febrero de 1859.
- ³⁵ A. COCHUT: Chile en 1959, art. Publicado en la **“Revue des deux Mondes”** y reproducido en Chile por la Imprenta Nacional en 1860, p. 42.
- ³⁶ C.O. SCHNEIDER y F. ZAPATA: op. Cit., p. 268.
- ³⁷ Archivo Nacional. Intendencia de Concepción, Vol. 477, oficio N° 105, fechado en Santa Juana, 7/11/1859.
- ³⁸ El Correo del Sur, N° 1158 del 22 de septiembre de 1859.
- ³⁹ Ibid., N° 1092, 19n de abril de 1859.
- ⁴⁰ ARTURO BLANCO: **“Vida y Obra de Fermín Vivaceta”**, p. 23, Stgo., 1924.

-
- ⁴¹ MARCIAL GONZALEZ: **“Los obreros chilenos ante la protección y el libre cambio”**, con pseudónimo Ignotus en **“Estudios Económicos”**, Stgo., 1889.
- ⁴² La Libertad Electoral, 4/IX/1888.
- ⁴³ HERNAN RAMIREZ N.: **“Historia del Movimiento Obrero. Siglo XIX”**, p. 282-284, Santiago, 1955
- ⁴⁴ La Libertad Electoral, 21 de julio de 1888.
- ⁴⁵ La Libertad Electoral, 21/VII/1888.
- ⁴⁶ Ibid., 16 de julio de 1888.
- ⁴⁷ Revista Económica, Año II, Tomo III, p. 437, artículo de J.J Larraín Z., Santiago, 1888
- ⁴⁸ El MERCURIO, de Valparaíso, 4 de julio de 1890.
- ⁴⁹ JULIO BAÑADOS E. : **“Balmaceda. Su gobierno y la Revolución de 1891”**, T. I, p 517, París, 1894.
- ⁵⁰ La Libertad Electoral, 30/IV/1888.
- ⁵¹ El Estandarte Católico, 30 de abril de 1888.
- ⁵² Los datos sobre fábricas y número de operarios los obtuvimos de los libros: J. PEREZ CANTO: **“La industria nacional”**, Stgo. 1891; R. TORNERO: Chile Ilustrado, Valparaíso, 1872; R. ESPECH, R. LAGOS y otros.
- ⁵³ A. ORREGO L.: **“La cuestión social”**, en “La Patria”, Valparaíso, 1884.
- ⁵⁴ HORACIO ARANGUIZ: **“La situación de los trabajadores agrícolas en el s. XIX”**, en Est. De Hist. De las Inst. Pol. Y soc., N° 2, p.25, 1967.
- ⁵⁵ MANUEL JOSE BALMACEDA: **“Manual del Hacendado Chileno”**, p. 528, Santiago, 1875.
- ⁵⁶ AUGUSTO ORREGO L.: op. cit.
- ⁵⁷ Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura, N° 2, 1870.
- ⁵⁸ Ibid., Vol. 11, p. 376, julio de 1880.
- ⁵⁹ LUIS SADA: **“Proyecto de Organización de un Código Rural”**, en “El Mensajero de la Agricultura”, N°6, p. 214, marzo 1858.
- ⁶⁰ ABDON CIFUENTES: **“Memorias”**, Tomo II, P. 249, Santiago, 1936.
- ⁶¹ MARCELO SEGALL: **“La Comuna y los excomunards en un siglo de América Latina”**, Boletín de la U. De Chile, N° 109-110, abril-mayo 1971, p. 24.
- ⁶² Citado por PEDRO IÑIGUEZ: **“Notas sobre el desarrollo del pensamiento social en Chile”**, p.29, Stgo., 1968.
- ⁶³ Citado por HERNAN RAMIREZ N. Op. cit., p. 241.
- ⁶⁴ El Proletario, 10 de octubre de 1897, citado por HERNAN RAMIREZ: OP. CIT., P. 231-232.
- ⁶⁵ FRANCISCO VALDES VERGARA: **“Problemas económicos de Chile”**, p. 102, Valparaíso, 1913.
- ⁶⁶ El Faro, septiembre de 1902.
- ⁶⁷ El Trabajo, Iquique, 23/II/1902.
- ⁶⁸ Ibid.
- ⁶⁹ El Trabajo, 28 de marzo de 1904.
- ⁷⁰ El Trabajo, 13 de junio de 1903.
- ⁷¹ El Mercurio, 23 de octubre de 1905.
- ⁷² CARLOS VICUÑA FUENTES: **“La Tiranía en Chile”**, T. I, p. 39, Stgo., 1938.
- ⁷³ El Mercurio, 24 de octubre 1905.
- ⁷⁴ El Alba, 2da. Quincena octubre 1905.
- ⁷⁵ JULIO CESAR JOBET: **“Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chileno”**, PLA, Stgo., 1955.
- ⁷⁶ LUIS EMILIO RECABARREN: **“La huelga de Iquique y la teoría de la Igualdad, en Obras Selectas”**, p. 68, Ed. Quimantú, Santiago, 1971.
- ⁷⁷ CARLOS VICUÑA FUENTES: op. cit. P. 42.
- ⁷⁸ HUMBERTO VALENZUELA. **“Historia del Movimiento Obrero Chileno”**, p. 21, Ed. Verlag, Frankfurt, 1978.
- ⁷⁹ Reproducido por L.E RECABARREN: OP. CIT., P. 72 A 76.
- ⁸⁰ Cit. Por J.C JOBET : El pensamiento político de Recabarren, en Obras Selectas de Recabarren, op. cit., p. 26.
- ⁸¹ Ibid., p. 25.
- ⁸² HUMBERTO VALENZUELA: op. cit., p. 22.
- ⁸³ SOCIEDAD NACIONAL DE AGRICULTURA: Boletín, enero 1908, p.8 y 9.
- ⁸⁴ El Despertar, 11 de junio de 1912.
- ⁸⁵ El Despertar de los Trabajadores, 27 de mayo de 1913.
- ⁸⁶ Periódico “Adelante” de Talcahuano, N° 536, del 29/enero/1920.
- ⁸⁷ C. VICUÑA FUENTES: op. cit. T.I, p. 51.

- ⁸⁸ GUILLERMO BAÑADOS: “**El crimen de Magallanes**”, p. 8 y 9, Stgo., 1920.
- ⁸⁹ MANUEL RIVAS VICUÑA: “**Historia Política y Parlamentaria de Chile**”, T. II, p. 135, Santiago, 1964.
- ⁹⁰ JORGE BARRIA S.: “**El movimiento campesino chileno**”. En Temas Laborales, p.9, INSORA, Santiago, 1969.
- ⁹¹ El Trabajo, 14/Dic./1912, Punta Arenas.
- ⁹² Ibid., 21 de Diciembre de 1912.
- ⁹³ E. REIMAN y F. RIVAS: “**La lucha por la tierra**”, p. 56 . ED. Quimantú, Stgo, 1971.
- ⁹⁴ HERNAN RAMIREZ N.: “**Origen y Formación del PC**”, p. 104, Ed. Austral, Santiago, 1965.
- ⁹⁵ El Proletariado, N°2, 10/X/1897, periódico de la Unión Socialista.
- ⁹⁶ JOSE SANTOS GONZALEZ VERA: “**Cuando era muchacho**”, p. 146, Stgo., 1969.
- ⁹⁷ Reprod. Por JORGE BARRIA S.: “**Los movimientos sociales en Chile**” (1910 hasta 1926), p. 388, Stgo., 1960.
- ⁹⁸ RICARDO DONOSO: “**Alessandri, agitador y demoledor**”, p. 252, FCE, México, 1950.
- ⁹⁹ El Despertar, 10 de febrero de 1921.
- ¹⁰⁰ Reprodu. Por JULIO C. JOBET: “**El pensamiento político de Recabarren**”, en Obras Selectas, p. 47 y 48, Ed. Quimantu, Santiago, 1971.
- ¹⁰¹ HERNAN RAMIREZ N.: “**Origen y formación del PC de Chile**”, p. 216-217, Santiago, 1965.
- ¹⁰² El Arrendatario, 20/junio/1925.
- ¹⁰³ C. VICUÑA FUENTES: op. cit., T. II, p. 84.
- ¹⁰⁴ El Mercurio, 16/noviembre/1926.
- ¹⁰⁵ El Sur, 10 de junio de 1930.
- ¹⁰⁶ Ibid., 14 de junio de 1932.
- ¹⁰⁷ Ibid, 16 de junio de 1932.
- ¹⁰⁸ Ibid., 13 de junio de 1932.
- ¹⁰⁹ Ibid., 16 de junio de 1932.
- ¹¹⁰ IZQUIERDA COMUNISTA: “**En defensa de la Revolución**”, Stgo., 1933.
- ¹¹¹ PARTIDO COMUNISTA: “**Ricardo Fonseca**”, p. 74, obra elaborada bajo la dirección del Secretariado del PC por la Comisión de Estudios Históricos, anexa al C.C, Santiago, 1952.
- ¹¹² HUMBERTO VALENZUELA M.: “**Historia del movimiento obrero chileno**”, p. 83, Ed. Verlag, Frankfurt, 1977.
- ¹¹³ Ibid., p. 93.
- ¹¹⁴ JULIO CESAR JOBET: “**El Socialismo Chileno y sus Congresos**”, Ed. PLA, Santiago, 1969.
- ¹¹⁵ Ibid., p. 33 y 34.
- ¹¹⁶ CONSIGNA, revista del PS, 9 de mayo de 1936.
- ¹¹⁷ Frente Popular, 10/mayo/1937.

BIBLIOGRAFIA

De los libros consultados y citados en el texto, hemos seleccionado para esta bibliografía solamente aquellos que tienen relación directa con el movimiento obrero chileno.

ARIAS E. OSVALDO

La Prensa Obrera en Chile, Ed. PLA, Stgo.9 1970.

BARRIA S.JORGE

Los movimientos sociales en Chile(1210-1926), Stgo.,1960.

El movimiento obrero en Chile, Stgo., 1971.

El movimiento campesino chileno, Stgo., 1969.

Chile siglo XX, Ed. PLA, Stgo.,1973

CHELEN ROJAS A.

Trayectoria del socialismo chileno, Ed.Astral,bs.As.1966.

JOBET JULIO CESAR

Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y del socialismo, Ed. PLA, Stgo., 1956.

El socialismo visto a través de sus congresos Ed. PLA, Stgo., 1965.

El Partido Socialista Ed. PLA, Stgo., 1971.

POBLETE TRONCOSO MOISES

La organización sindical en Chile, Santiago, 1929.

RAMIREZ NECOCHEA HERNAN

Historia, del Movimiento obrero. Siglo XX, Santiago, 1955.

Origen y Formación del Partido Comunista de Chile, Ed. Austral, Santiago, 1965.

RECABARREN LUIS EMILIO

Obras Selectas, Ed. Quimantú, Recopilación y presentación de J.C. Jobet, J. Barría y L. Vitale, Stgo., 1971.

SEGALL, MARCELO

Derarrollo del capitalismo en Chile, Santiago, 1953.

Las luchas de clase en las primeras décadas de la República, Anales de la U. de Chile, N°125, San-tiago, 1962.

Biografía de la Ficha Salario, Rev. Mapocho, T. II, N°2, 1964.

VALENZUELA M. HUMBERTO

Historia del Movimiento obrera chileno, Ed. Verlag, Frankfurt, 1977.

VICUÑA FUENTES CARLOS

La Tiranía en Chile, Santiago, 1938.

VITALE LUIS

Historia del Movimiento Obrero chileno, Ed. POR, Stgo., 1962.

Los orígenes del movimiento obrero chileno, Concepción, Inst. de Sociología, 1971.

El movimiento campesino en las primeras décadas del siglo XX., Inst. de Sociología de la U. de Concepción, 1972.

Interpretación Marxista de la Historia de Chile, Tomos II al IV. Ed. PLA, Stgo.

WAISS OSCAR

El drama Socialista, Imp. Victoria, Santiago, 1945.

ZAÑARTU PRIETO ENRIQUE

Manuel A. Zañartu o historia y causas del pauperismo en Chile, Santiago, 1940.

ZUÑIGA LUIS

El PS en la política chilena, Imp. Cóndor, Santiago, 1938.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.